

LOS SECRETOS DEL VIENTO

Àngels Fernández Martí



Las secretas del viento

ÀNGELS FERNÁNDEZ MARTÍ



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2019

ISBN: 978-84-1338-073-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Àngels Fernández Martí

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Agradecimientos

Esta novela es muy especial para mí, y en ella hay mucho del amor que siento por la isla de Fuerteventura.

Tengo la suerte de estar rodeada de personas que me apoyan y me quieren.

Mi más sentido agradecimiento a Juan José, mi marido, que me ha apoyado y animado desde el principio, sin su ayuda en los momentos de duda, esta novela no habría sido posible. A mi hermana Lola, por sus consejos, apoyo y nuestras salidas especiales que me animan. A Angela, mi madre, por su amor y apoyo siempre, en todas las etapas de mi vida. A Aran, mi sobrino, por sus bromas y amor. A Michel, mi cuñado, por su cariño y comprar buenos quesos pensando en mí. A Rafael, mi padre, la luz que me guía, cuida y protege desde el cielo.

También quiero agradecer a mis amigas y compañeras de trabajo, a Sonia, por sus consejos y aguantar la tabarra que le he dado con la novela. A Laura, por la alegría que transmite y sus consejos de maquillaje, a Silvia, por su apoyo y consejos. Son tres excelentes personas.

Y por último al personal de Circulo Rojo, las editoras Desirée, Almudena. Personal de corrección, maquetación y diseño.

1943
Casa Winter
Klaus

Por fin estaba en la terraza mirando al mar, disfrutando de la brisa y el negro cielo tachonado de estrellas. Mientras se apoyaba en uno de los arcos recordó qué poco le gustó Fuerteventura cuando llegó la primera vez. Los pueblos y pequeñas ciudades estaban muy alejados entre sí y en medio, la nada, kilómetros y kilómetros de nada, ni bosques ni árboles... nada, solo rocas despedidas por los volcanes miles de años atrás. Tan diferente de la cosmopolita Berlín, o del verde Wansee, donde pasaba muchos veranos en la casa familiar. Estaba contento de volver a aquella isla en el archipiélago canario, la segunda más grande en extensión y, sin embargo, tan poco poblada, donde el viento es omnipresente y en ocasiones un tanto molesto.

Apareció por primera vez en la isla en 1941 y el contraste con Alemania fue mayúsculo. Llegó en invierno y pasó de un frío helador a un suave clima cálido, a bañarse en el mar y a ir en mangas de camisa. Y no solo por el clima; el mayor contraste que encontró fue en la gente, en su mayor parte de vida sencilla, sin dobleces ni falsedades y, aunque estaban inmersos en la dura posguerra civil, eran mucho más libres que los alemanes.

Solo hacía unos días que había vuelto de Alemania. Había estado celebrando la llegada del nuevo año en Berlín, en su casa, rodeado de personas que poco a poco estaban dejando de importar para él, escuchando sus risas, gritos y cantos, derramando el champán de sus copas, las caras rojas y sudorosas, sin querer ver lo que, inevitablemente, se les venía encima.

Alemania, la Gran Alemania, es una quimera. Pocos se atreven a decirlo en voz alta; algunos por miedo, no quieren ser acusados de traición; otros, porque no quieren admitir que han seguido una locura de sueño, que han hecho cosas deleznable, deshonorosas, y se han enriquecido con ello. Pero tendrán que pagar, al final todo se paga.

¿Cuánto va a costar el III Reich al pueblo alemán? Y a él, como agente de la Abwehr, ¿le iba a costar la vida? ¿Años de cárcel? Desde luego, una de las dos, seguro, a no ser que ideara un plan para poder quedarse en esta isla que ha llegado a amar.

La infraestructura casi está lista, la Casa Winter prácticamente está acabada, solo quedan los últimos retoques; las habitaciones con material médico ya están listas, ¿por qué no utilizarlas para él mismo?

María lo entendería, seguro que lo entendería...

CAPÍTULO 1

2007
Jandia
Klara

Sentada en el jardín de la casa de su madre, observando como el viento mecía la flor del paraíso, su flor preferida, Klara recordaba el día tan nefasto que había tenido; aunque todo empezó semanas atrás, realmente había sido hoy cuando había explotado. Su exmarido, que le había destrozado la vida, se vuelve a casar y tiene el descaro de invitarla a la boda; y, lo peor de todo, el diagnóstico definitivo de la enfermedad de su madre, tras lo cual le revela un secreto familiar que hubiera preferido no saber, aunque, quizá, y tal como le ha dicho ella con lágrimas en los ojos, «nos entenderás, a tu abuela y a mí».

Saber que tu madre tiene alzhéimer, que avanza muy rápido y que, además, eres nieta de un nazi, no es muy fácil de aceptar. A la mente de Klara vienen imágenes, vistas en televisión, de campos de concentración, de judíos famélicos, de hornos crematorios y, a la vez, imágenes producto de su imaginación, de señoras mayores perdidas sin saber volver a sus casas.

El lío en su cabeza es increíble. Su mente salta de una cosa a otra sin control y teme volverse loca; es incapaz de pensar en una sola cosa a la vez y siente que, para poder sobrevivir a todo, tiene que tomar las decisiones una a una, algo imposible, de momento.

Cierra los ojos e intenta poner la mente en blanco, solo sentir el viento en su piel, escuchar su susurro, calmándola. Siempre le ha funcionado y no ve por qué ahora no va a ser así. Toda su vida, sentada de cara al mar, le ha explicado todo al viento: sus primeros castigos cuando se portaba mal y su madre se enfadaba; los primeros chicos que le gustaban y no le hacían caso; cuando se enamoró perdidamente por primera vez; cuando ese primer amor no fructificó y ella creía que moriría; su temor cuando empezó a sospechar que su marido le era infiel. Siempre, siempre le había hablado al viento, contándole sus secretos.

Y ahora estaba allí y sentía que nada la podría ayudar. El viento no la calmaba, saber que su madre ya estaba tranquila y acostada, tampoco. quizá la copa que estaba preparando su amiga Conchi la ayudaría. De todos modos, habían quedado esta noche para salir y disfrutar, ¿por qué no hacerlo en casa?

El plan que tenía previsto para esta noche era hablar con Conchi del cerdo de su marido, ponerlo a caldo y después emborracharse, o, al menos, regresar a casa algo bebida. Ahora, simplemente se bebería un té y decidiría cuánto le contaría a Conchi, o si tan siquiera le explicaría algo. Seguramente hablarían de su madre y cuando ella supiera algo más sobre su familia, ya decidiría qué hacer.

Conchi sale al jardín con dos vasos de té helado y con su sonrisa habitual le dice:

—¡Anda, ten! No es una copa, pero al menos te refrescará. ¿Recuerdas cómo me has contestado al teléfono esta mañana? Casi me da un chungo, ¿sabes? Está muy bien que, desde que sabes que tu exmarido se va a volver a casar, hayas decidido que vas a ser rebelde, pero ¡oye! No me mates en el proceso —y dejó ir su risa cantarina.

—¡Conchi! Sabes que no lo dije en serio, ¿verdad? Aunque, quizá... si me lo pienso un poquito...

Conchi agradeció su intento de seguir la broma, así que le soltó, imitando su voz quizá algo exageradamente:

—Riiingg, riiingg, riiing, oye, Conchi, como me digas que esta noche no puedes salir porque tus hijos están resfriados y con los mocos colgando, te mato. —Así, ¡sin saludar ni nada!

—¡Venga ya! ¿He dicho eso? ¿Sabes que, por contestar al teléfono, he salido de la ducha a toda pastilla, con resbalón incluido, me he golpeado el dedo pequeño del pie, se me han caído las toallas mojadas y voy a pagar una pasta en la factura del agua porque me dejé el grifo abierto?

—Ooohh, ¿te golpeaste el dedo pequeño del pie?

—¡Con la mesita de noche!

—¡Ayyy! ¡Qué dolooooor! —Aunque la sonrisa de su cara lo desmentía. Se puso más seria al recordar el resto de la conversación.

«—Klara, no te llamo por eso, ¿recuerdas que la semana pasada te dije que tu madre me había confundido y que me llamaba por el nombre de mi madre?

»—Sí, ¿qué ha pasado? ¿Te ha vuelto a confundir? ¿Dónde estáis ahora? ¿Has tenido que volver a acompañarla a casa?

»—Klara, ¿puedes venir? Me ha vuelto a confundir con mi madre, me ha dicho: "Carmen, ¿dónde está mi casa? No sé ir, ¿dónde está la casa de Luisa?". Está muy nerviosa, Klara, he intentado coger las llaves de su bolso para entrar en casa y alejarla del sol, pero ha empezado a gritar diciendo que le estoy robando, que cómo me atrevo a tocar su bolso y un montón de cosas más, todas sin sentido. Está llorando desesperada, ven, Klara.

»—Conchi, llego en 25 minutos, media hora máximo, ¿estáis en la calle?

»—Sí, no la puedo mover de aquí. Un vecino la ha oído y ya nos ha traído agua y ha llamado a la ambulancia. Está muy agresiva, Klara.

»—La estoy escuchando, Conchi. De verdad que llego en 25 minutos. Si llega la ambulancia antes que yo, ¿la puedes acompañar tú, me llamas y le haces compañía mientras llego al hospital?

»—Por supuesto, ya sabes que sí. Los niños están en la playa con su padre, ya lo llamaré para que se encargue el de todo, así puedo acompañarte el tiempo que sea necesario.

»—Gracias, Conchi, ya estoy saliendo de casa, eres un cielo.

Klara, después de ver el cambio en su amiga, la abrazó y decidió hablar.

—Conchi, es muy duro. La primera vez que se desorientó fue hace unos meses, algo muy leve; le hicieron una analítica y el azúcar estaba un poco bajo, pero según ella, seguía su dieta y se pinchaba la insulina correctamente. Me dijeron que le harían pruebas neurológicas y que la vigilara. En realidad, no me preocupé, es muy joven para tener alzhéimer, o eso creo yo, pero hoy nos han dado el diagnóstico definitivo y, no sé, creo que va demasiado rápido y que no puedo hacer nada. ¿Cómo la ayudo? ¿Y si algún día no me reconoce? ¿Y si se hace daño? ¿Qué puedo hacer? Estoy tan confusa, Conchi.

—No sé, Klara; lo que está claro es que va a necesitar ayuda, vais a necesitar ayuda. Ahora está tranquila, pero ¿quién sabe? Quizá mañana vuelva a no reconocirme. Somos vecinas, conoce a mi madre de siempre, han ido juntas al colegio y, aun así, no recuerda que mi madre ya murió y me confunde con ella, pero no sé... ¿Cuánto hace desde la primera vez que se confundió? ¿Tres meses?

—Sí, casi cuatro ya, pero no estuvo mucho tiempo confundida, para cuando llegamos al ambulatorio ya estaba bien, reconoció el camino, reconoció a su médico y enfermera; estaba algo baja de tensión y azúcar, pero nada más. Nos derivaron al especialista, pero no volvió a tener ningún episodio más de desorientación, al menos, que yo sepa. Los días que no podía ir a verla, la llamaba tres o cuatro veces por teléfono y estaba bien, no le notaba nada raro. Esto va muy rápido, Conchi.

—¿Qué vas a hacer? Sabes que yo te ayudaré todo lo que pueda, somos vecinas y le puedo echar un ojo sin problemas.

—Voy a venir a vivir aquí, así la podré vigilar cuando no esté trabajando y buscaré a alguna persona que se pueda quedar con ella mientras yo estoy fuera. ¿Sabes qué, Conchi? Creo que es culpa mía. Mi madre está con sus problemas de corazón, diabetes y eso, pero de la cabeza estaba bien. Le dije que cambiaba de trabajo, que dejaba la gestoría y me iba a dedicar al turismo, a las excursiones, que estoy muy orgullosa de mi isla y quiero que los turistas conozcan algo más que las playas, que sepan algo de nuestra cultura, para eso estudié. Pero mi madre, una mujer que nunca ha gritado, que siempre intentaba pasar desapercibida, empezó a gritar, a decirme que estaba loca, que no quería que dejara la gestoría que mi marido me había cedido, que no quería que fuera a la Casa Winter, que es el mal, y muchas cosas más sobre esa casa. Le dije que no iba a dejarla, que Carlos era lo suficientemente inteligente para ponerlo al mando y que si el capullo de mi marido me la había cedido por sentirse culpable de dejarme, no iba a desaprovecharlo. Se quedó más tranquila, pero insistió en que no quería que fuera a la Casa Winter.

—Bueno, todos en esta isla conocemos los rumores sobre esa casa, pero hace mucho tiempo de eso, ¿por qué le preocupa?

—Aún no lo sé y me preocupa no llegar a saberlo. Cuando se ha recuperado me ha dicho algo, pero no sé qué pensar. Es tan increíble que probablemente solo sea algo que se le ha pasado por la cabeza cuando estaba desorientada. De todas maneras, creo que no es momento de hacerle más preguntas sobre ese tema. Ya te digo que es culpa mía, desde que le dije que me dedicaba al turismo no parece ella, algo ha cambiado en su cabeza. He pensado decirle que dejo el turismo y vuelvo a la gestoría; si así mejora, no es alzhéimer, sino algo, creo que de su pasado, que le duele profundamente y le causa esta locura.

—Klara, no te culpes. Me sabe mal decirte esto, pero los médicos no suelen equivocarse con estos diagnósticos. Tu madre no quiere que vayas a la Casa Winter, dile que no irás; quiere que vuelvas a la gestoría, dile que has vuelto, que se quede tranquila. Pero tiene alzhéimer, Klara, y has de aceptarlo —la abrazó y la dejó llorar todo lo que quiso y más.

—Gracias, Conchi, de verdad. Esta noche me quedo a dormir aquí. ¿Podrás vigilar a mi madre mañana por la mañana, mientras voy a casa a coger algo de ropa? ¿Sabes si la señora que cuidó de tu madre todavía trabaja?

—Sí y sí. ¿Quieres que llame a Rosario mañana y le diga que quieres hablar con ella?

—Claro. Ahora vete a casa, Conchi, has estado todo el día fuera sin hacer caso de tu marido ni de tus hijos, ya sabes, esos de los mocos colgando.

Se sonrieron y Conchi recogió los vasos vacíos y los dejó en la cocina de camino a la puerta delantera de la casa.

Klara se quedó aun un rato más en el jardín. Muy bajito, le explicó al viento cómo se sentía, el miedo que tenía de no poder con todo, su mundo estaba patas arriba y no sabía cómo arreglarlo.

¿Había tomado la mejor decisión al ir a vivir con su madre?

¿Había tomado la decisión correcta al decidir dedicarse al turismo?

¿Quería saber algo más sobre el pasado de su familia?

¿Y si ese conocimiento le llevaba a comprender mejor a su madre y abuela, e, incluso, a sí misma?

De todas las preguntas que se hacía, de la única que tenía clara la respuesta era de la primera. Sí, había tomado la mejor decisión. Cerraría su casa y vendría a vivir con su madre, podría

trabajar y cuidarla; además, estaría al lado de Conchi, que le echaría una mano cuando fuera necesario.

Estuvo un rato más en el jardín y a las once de la noche entró en casa. Fue hasta la habitación de su madre, se encontró la puerta cerrada, la abrió con cuidado de no despertarla y comprobó que dormía profundamente. Se fue a la cocina, bebió un vaso de agua y se dirigió a su antigua habitación, que daba al jardín.

Siempre le había gustado su habitación, era fresca y le permitía ver las plantas que su madre tenía en el jardín. La habitación, como toda la casa, era sencilla y pequeña, pero muy cómoda. Se componía de cocina-comedor, un baño, dos habitaciones pequeñas y otra más grande; en total, unos sesenta metros cuadrados. Tenía un pequeño jardín delantero y un patio trasero casi tan grande como la casa y al que ella, muy orgullosamente, llamaba el Jardín del Viento. Allí daba la ventana de su habitación.

Se acercó a la ventana esperando que los olores del jardín y el sonido del viento la tranquilizara; no fue así. Dejó la puerta de su habitación abierta para poder escuchar a su madre si se levantaba y se metió en la cama dispuesta a dar vueltas y vueltas hasta el amanecer.

Sin embargo, su mente cansada dijo basta y durmió tan profundamente que no escuchó como su madre se levantaba de la cama y revolvía en el armario de su habitación.

Al amanecer se despertó, preparó el desayuno y se lo tomó; mientras recogía los cacharros escuchó ruido en la habitación de su madre, fue a ver cómo estaba, entró y vio que estaba sentada en la cama con un camión azul de corte antiguo, como a ella le gustaban. Estaba seria, algo que no le extrañó para nada; su madre siempre había sido una mujer seria e introspectiva, muy callada y que prácticamente no se relacionaba con nadie. Solo con Carmen, su vecina y amiga de toda la vida. Siempre decía que no había por qué dar que hablar a la gente. Algo que ella nunca comprendió. ¿Qué tenía ella que ocultar? ¿Por qué iban a hablar de su madre?

—Mamá, ¿cómo estás? ¿Te sientes bien hoy? —Lo dijo con una sonrisa, intentando que no se le notara su desasosiego.

—Bien, hija. —Sus ojos oscuros le devolvieron una mirada limpia, sin signos de desorientación —. Mi madre también tenía esta enfermedad, solo que antes se decía «la abuela está chocheando». Ella empezó, poco a poco, a olvidar cosas, a decir palabras hirientes, a hablar con Klaus. Pero, al principio, cuando se dio cuenta de lo que le pasaba, hablamos, hablamos de verdad. Me explicó y me pidió perdón por no haberme dado una infancia al uso. Siempre la vi con un halo de tristeza, sé que me quería, pero me dolía ver que yo no era suficiente para ella, que le faltaba algo más.

—Mamá, creo que ahora es mejor que desayunes y más tarde hablamos, no quiero que te canses. ¿Has dormido bien?

—Sí, he dormido muy bien, Klara, quiero hablar ahora. ¿Y si esta enfermedad me lleva pronto, o lo más probable, y si en pocos meses ya no sé ni quién eres?

—De acuerdo, hablaremos, pero primero desayuna. Yo voy a llamar a Conchi, ella se quedará contigo mientras yo voy a mi casa a buscar algo de ropa. Me voy a venir a vivir contigo, ¿qué te parece?

—Me parece muy bien que te vengas a vivir conmigo, a veces me siento sola; pero quiero hablar, Klara, tendría que haberlo hecho hace muchos años, cuando murió la abuela, y por eso te pido perdón.

—No tienes que pedir perdón, mamá; lo hecho, hecho está. Seguro que no es para tanto lo que tienes que decirme. Venga, que te acompañe al lavabo.

Idaira se levantó con cuidado. Últimamente se cansaba mucho y, desde luego, con casi sesenta y

dos años era joven para eso, y para tener alzhéimer, o eso creía Klara. Su madre era una mujer bella, con bonitas facciones, de piel clara y cabello y ojos oscuros, algo regordeta y de estatura normal, uno sesenta y cinco, como mucho.

Cuando su madre salió del lavabo se sentó en la mesa a desayunar, preguntándole a ella si no quería desayunar también.

—Ya he desayunado, mamá. ¿Sabes? Me encanta tu nombre, ¿por qué no quisiste ponerme un nombre guanche como el tuyo? Es precioso y siempre había pensado que, si tenía hijos, les pondría nombres guanches, cortos, pero guanches —dijo sonriendo, haciendo alusión a la largura de algunos nombres.

—Te lo explicaré todo en cuanto estés lista, pero no puedo esperar mucho, no sé cuándo se me borrará la memoria. ¿Recuerdas lo que te dije de tu abuelo? No quiero que te preocupes, pero sí que sepas que no estaba chocheando.

—¿Quieres decir que es verdad? ¿Tengo un abuelo nazi? Mamá, ¿sabes cómo me hace sentir eso? Quiero y no quiero saber. De acuerdo, dame un día, déjame el día de hoy para pensar y mañana hablamos.

—Claro, hoy prepara todo para venir aquí conmigo y mañana hablamos, pero no quiero que tengas miedo o te preocupe lo que te voy a decir. Los hijos no son culpables de los errores de los padres, mucho menos de los abuelos. —Y le dedicó una gran sonrisa.

Ayer su madre sonrió mucho y hoy también le ha sonreído, como si se hubiera quitado un peso de encima y pudiera ser una mujer normal. Está bien, no se va a preocupar, no se va a preocupar, no se va a preocupar; quizá si se lo repite muchas veces lo acabará creyendo.

Mientras su madre acababa de desayunar, ella llamó a Conchi.

—Hola, ¿qué tal, Conchi?, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo has pasado la noche?

—Pues pensaba que no podría dormir, pero he dormido bastante bien, y mi madre también. Te llamo para saber cuándo puedes pasarte por aquí. Solo estaré fuera un par de horas, lo que tarde en preparar dos maletas y recoger mi piso.

—Veamos, son casi las ocho, mis niños aún están dormidos, pero no tardarán en levantarse. Joaquín tenía turno de tarde-noche ayer en el hotel y llegó a casa a las tres de la mañana, estará durmiendo aún un par de horas más. ¿Te parece que me pase por casa de tu madre a las once? Así, tú puedes ir y volver para la hora de comer.

—Claro, ¿y qué tal si comemos todos aquí?

—¿Crees que es buena idea, Klara? Ya sabes cómo son mis hijos, no paran quietos y siempre están peleándose entre ellos por cualquier tontería. Podrían alterar a tu madre.

—No creo, los conoce desde que nacieron, ya sabe cómo son y, en el caso de que mi madre se altere, marcháis, aunque creo que ver a tus hijos le hará bien. Tengo la impresión de que ha echado de menos el tener nietos.

—Si crees que es buena idea el que vayamos los cuatro a comer, lo haremos; le diré a Joaquín que no te pregunte por tu nuevo trabajo, podéis charlar de cualquier otra cosa. Del campeonato de *kite surf*, por ejemplo —dijo soltando la carcajada.

—¡Ja, ja, ja, qué graciosa! —Klara era un puro desastre en ese deporte—. Nos vemos a las once.

Le contó a su madre sus planes y ella estuvo de acuerdo; le encantaban los niños de Conchi, había cuidado de ellos muchas veces. Su madre empezó a planear la comida con entusiasmo.

Realmente, Klara nunca la había visto tan contenta y se alegró, pero también deseó que su madre siempre hubiera sido así.

—Klara, ¿qué te parece una ensalada de tomate de primero? Hace mucho calor y a los niños les encantará, ¿qué hacemos de segundo? ¿Pescado? ¿Con papas *arrugás*?

—La ensalada es una buena idea, mamá, pero ¿el pescado? No sé, creo que a los niños no les gusta demasiado, a ellos podríamos hacerles una tortilla.

—Bien, voy a hacer mi cama y a recoger esto —dijo refiriéndose a su vaso y plato del desayuno—; después me ducharé y me pondré bien guapa. Quiero comprar cremas, Klara, ya es hora de que me cuide; y ahora que pienso, también compraré maquillaje, tenemos que ir a Fund Grube.

¿Cremas, maquillaje? ¿Su madre? Tenía que preguntar esto al médico, ¿podía el alzhéimer cambiar completamente a una persona? Desde luego, el cambio de su madre es a mejor y, por supuesto, se alegraba de ello; pero a la vez le daba miedo, un miedo atroz. Temía que llegara el momento de que no reconociera a su madre, que se volviera una mujer completamente diferente a la que conocía y ella no supiera cómo actuar.

Intentado cambiar su expresión a una alegre, le dijo:

—Claro, mamá, ¿qué te quieres comprar? ¿Un tónico facial, un pintalabios?

—Hija, no seas antigua, ahora se llama labial, lo he leído en la peluquería.

—¡Oh, pues qué bien! Ahora mi madre es una supermodelo.

Idaira se levantó e hizo como si caminara por la pasarela, con giro incluido, y se rio a carcajadas.

Klara no tuvo más remedio que reírse también y aún recordaba esa risa mientras barría y fregaba el suelo de la casa, arreglaba el jardín y se tomaba un café.

Conchi llegó cuando aún no se había terminado la negra y caliente bebida. Con sus pantalones de corte pirata y su camiseta blanca estaba espectacular; los rizos que se escapaban en todas direcciones la volvían loca, pero a Klara le encantaban. Ella, de pelo rubio, largo y lacio, envidiaba el volumen del pelo de Conchi, aunque justo de eso se quejaba ella.

—Hola, ¿cómo va todo? —dijo Conchi mientras miraba hacia el jardín donde estaba sentada Idaira.

—Bien, ha dormido toda la noche, pero está rara; ahora me dice que quiere comprar cremas y maquillaje y que quiere ir a Fund Grube. Está muy cambiada, lo comentaré con el médico.

—Al menos le ha dado por eso... Déjala, si es feliz así, compra toda la crema y maquillaje que quiera, os lo podéis permitir. Además, pronto será su cumpleaños, ya sé qué comprarle. Anda, acábate el café y vete, yo voy a sentarme un rato con tu madre.

Y dicho esto, se fue hacia el jardín llamándola.

—Idaira, hola, ya estoy aquí, ¿qué te apetece que hagamos mientras Klara está fuera?

—Hola, Conchi, ¿qué hacen tus niños? ¿Se portan bien o te vuelven loca? —Conchi se alegró de que no la confundiera con su madre—. Tienes que tener paciencia con ellos, son pequeños y no saben muy bien lo que hacen, y también tienes que tener paciencia conmigo, soy vieja y tampoco sé lo que hago —dijo sonriendo.

—Bah, no eres vieja, Idaira, muchas mujeres más jóvenes querrían tener tu piel, lisa y casi sin arrugas, ¿cómo lo haces? ¿Usas alguna crema milagrosa? Cuenta, cuenta —le dijo con tono conspirativo.

—Ja, ja, ja, Conchi, eres una payasa; claro que no uso cremas, pero usaré.

—A ver, ¿me escucháis un momentito? Voy a casa y en un par de horas vuelvo, portaos bien. Conchi, dile a mi madre que te cuente sus planes para la comida, creo que el segundo plato puede

traer problemas —dijo subiendo y bajando las cejas varias veces.

—Vete tranquila, Klara, lo pasaremos muy bien, ¿verdad, Conchi?

—¡Pues claro! —Y siguiendo con su tono conspirativo, le dijo—: Tienes que contarme qué cremas usas, no me creo que tengas esa piel sin cuidarla.

Klara aún escuchaba sus risas cuando llegó a su coche. Se tomó un momento antes de arrancar, estaba completamente abatida, no se entendía a sí misma; tan pronto estaba bien como estaba mal. El médico le había dicho que los familiares de estos enfermos también sufrían mucho esta enfermedad. Los enfermos cambiaban y ya no eran los que los familiares conocían, no reconocían a sus nietos, se perdían en su propia casa, era algo difícil de llevar.

Para ella aún lo sería más. No tenía más familia, aparte de su madre, iba a tener que cargar con todo. Tenía a Conchi, pero no le parecía justo agobiarla a ella con todos sus problemas.

Arrancó y decidió que iría tomando las cosas como llegaran, poco más podía hacer. Por suerte, aunque era agosto y la isla estaba llena de turistas, no había demasiado tráfico en las carreteras que iban hacia el norte, lo que le permitía pensar y, sobre todo, no perder mucho tiempo antes de llegar a casa.

Mientras conducía su Toyota rojo pensaba en cómo podía ella tener un abuelo nazi. Era tan increíble que no se podía imaginar cómo era eso posible. Desde pequeña había escuchado todos los rumores que había sobre la presencia alemana en la isla, los espías, submarinos, orgías y, cómo no, la Casa Winter.

También había escuchado los chistes sobre alemanes. A su madre nunca le habían hecho gracia, pero a ella sí; es como los chistes sobre otras nacionalidades o sobre las distintas comunidades españolas. De los catalanes se hacían chistes sobre su tacañería; de los andaluces sobre que no les gustaba trabajar; los maños son testarudos y así con todos. ¿Por qué a su madre no le gustaban los chistes sobre alemanes? Ahora que lo pensaba, pocas cosas de ese país le gustaban: odiaba los anuncios de televisión cuando decían que el coche tal o el lavavajillas cual era alemán. «¿Qué pasa, que solo ellos saben de tecnología?», solía decir.

Decidió que dejaría hablar a su madre, que le explicara todo lo que quisiera explicarle; de todas maneras, a ella poco mal le podía hacer el pasado y a su madre le podía hacer mucho bien soltar lo que llevaba tiempo en su interior y nunca se había atrevido a sacar.

Sí, hablarían, ella podía soportarlo. Había sufrido muchas cosas en sus 39 años de vida: la muerte de su querido padre, la infidelidad de su marido, no tener hijos... Sí, podía con todo.

Casi sin darse cuenta llegó a su casa, aparcó y entró al pequeño recibidor, dejó el bolso y las llaves en un banco de madera que tenía justo a la entrada, al lado del espejo, abrió todas las ventanas y dejó que se aireara; mientras tanto, sacó dos maletas y empezó por guardar un par de uniformes de trabajo, pantalones verde militar y camiseta blanca con el logo de empresa, un par de vestidos con estampados de flores, faldas y blusas, bikinis y bañadores, *shorts* y camisetas, por si podía acercarse a la playa o escaparse un rato y llevar a los niños de Conchi a la piscina municipal.

Dejó las maletas en el recibidor y se puso a ordenar su casa. Realmente, siempre estaba ordenada. Vivía sola y antes de dormir solía dejar todo recogido, así que solo tuvo que pasar la mopa, sacar el polvo y darle un repaso al baño.

Pensó en prepararse un café con hielo y mientras se lo tomaba llamar a su madre. No le cogió el teléfono; no se preocupó y llamó a Conchi.

—Hola, Conchi, te ha costado contestar, ¿eh? Ya me estaba empezando a preocupar, ¿cómo va todo?

—Va fenomenal, no te preocupes, tu madre y yo estamos bien.

—Se escucha ruido y personas hablando, ¿dónde estáis? ¿En el hospital, en el ambulatorio? — Ahora sí que se empezaba a preocupar.

—Hemos ido a comprar, Klara, estamos en el súper y hasta aquí puedo hablar: tu madre me acaba de hacer el gesto de cerrar la boca con cremallera, así que ya sabes.

—¿En el súper? Conchi, ¡mi madre tiene el frigorífico lleno! ¿Qué necesitáis comprar? —Klara solo escuchaba cuchichear a su madre y a Conchi y, por más que lo intentaba, no conseguía saber qué estaban diciendo.

—Está bien, si te digo que estamos comprando leche, ¿te lo crees? —dijo Conchi intentado parecer seria.

—Pues no y, la verdad, creo que me vais a volver loca. En fin, te llamo para decirte que casi estoy lista y en una media hora estaré en casa de mi madre.

—De acuerdo, nosotras ya estaremos allí. Nos lo estamos pasando muy bien, ¿verdad, Idaira?

Su madre cogió el móvil de Conchi y contestó:

—Claro, estamos estupendas y ya no puedo hablar más.

—Uf, sois peores que un par de niñas pequeñas. Nos vemos luego, mamá.

Klara se acabó el café, se refrescó un poco y volvió a coger el coche de camino a casa de su madre. Siempre le había gustado la carretera larga y recta salpicada de rotondas; si miraba a la izquierda, veía el mar; y a la derecha, las montañas rojas, sin árboles, solo rocas, las nubes hacían contraste y se llegaban a ver con todos los tonos de rojos y naranjas. Para ella era hipnótico. Después, la llegada al pueblecito donde vivía su madre, con sus casitas blancas, las fachadas llenas de flores, aceras estrechas; era como encontrar un oasis en medio del desierto.

Hacia la una del mediodía llegó a casa de su madre, se bajó del coche y se miró la falda de lino *beige*, ¡ya se había arrugado! Le gustaba mucho esa falda, pero no había manera de mantenerla sin arrugas. Pensó que no se cambiaría, total, los invitados eran de confianza. De hecho, eran los únicos invitados que habían tenido siempre en su casa, la familia de Conchi. Con el resto de personas que vivían en el pueblo se saludaban y poca cosa más. Klara era consciente de que era provocado por su madre, pero nada podía hacer ella.

Nada más entrar en casa de su madre, la escuchó discutir con Conchi.

—¡No, no! ¡El Licor 43 se pone lo último! Te lo he dicho muchas veces, Conchi.

—Pero ¿lo último no era la fruta?

—Lo último de bebida, me refiero; una vez mezclado todo se pone la fruta en trocitos y a la nevera. ¡A este paso nunca vas a aprender a hacer sangría!

—¿Para qué? ¡Si tú la haces muy rica! Me encanta y lo sabes.

—Yo no voy a estar aquí siempre para hacértela, deberías aprender.

—Mamá, ¿no crees que quizá le deberías enseñar otras cosas en lugar de enseñarle a hacer bebidas alcohólicas? —dijo Klara con una sonrisa.

—No te quejes, hija, ¡que tú también te la bebes!

—¡Oh, oh, vaya, vaya con la modosita Klara!

—Bueno yo os dejo aquí discutiendo; me voy a sentar un rato en el jardín, estoy algo cansada.

—¿Estás bien, mamá? ¿Quieres que anulemos la comida? —Otra vez Klara empezaba a preocuparse, parecía que solo podía pasar cinco minutos tranquila.

—Claro que no, ¡y deja de preguntarme lo mismo cien veces! ¡No sé cuántas veces más vas a preguntarme si estoy bien! Es muy cansado para mí, pero, por lo visto, a ti te importa bien poco — y dicho esto se dio la vuelta y se dirigió al jardín.

Conchi y Klara se miraron estupefactas, su madre prácticamente no gritaba nunca. Conchi le pasó un brazo por los hombros y le dijo que se relajara, que esos cambios de humor son normales; difíciles de llevar, pero normales.

—Sí, me lo dijo el médico junto con otras cosas más. Mañana tengo una excursión que acaba a las seis de la tarde, desde Oasis Park iré directamente al hospital y hablaré con el doctor Álex Ferragut.

—¿Quieres que me quede con ella mañana, hasta que puedas hablar con Rosario?

—No, no creo que sea necesario que te quedes todo el día con ella, solo ven una vez con cualquier excusa a echar un vistazo. ¿Te he dicho alguna vez que eres un cielo?

—Últimamente, creo que bastante; y como soy un cielo, te paso el número de teléfono de Rosario. Ya he hablado con ella, dice que no hay problema en cuidar de tu madre, aunque de la limpieza de la casa va a hacer lo mínimo. Según ella, va a cuidar de que a tu madre no le pase nada, no se deje el gas abierto o se haga daño de cualquier otra manera; ella dice que es más una dama de compañía que otra cosa. Rosario es algo peculiar y bastante mandona, pero te aseguro que cuidará de tu madre como un dragón, no permitirá que se haga daño o dañe a los demás.

—¿Tú crees que mi madre puede llegar a eso?

—Klara, cariño, mi abuela pegó a mi tía al creer que era una ladrona, se llegó a encerrar por la noche en su habitación para que mi abuela no le hiciera daño mientras dormía. Por suerte, esa etapa no duró mucho, y a lo mejor tu madre no la sufre. Quizá sería otra pregunta a hacer al doctor Ferragut.

—Sí, dice que hay diferentes fases. Mi madre está bien y, de repente, te sorprende con una alegría y risas que no son normales en ella, para, a los cinco minutos, gritarte como nunca lo había hecho antes. Me cuesta, Conchi, me cuesta, pero sé que poco a poco lo iré asumiendo y tomaré el control. Dicen que el doctor Álex Ferragut es muy bueno, me será de gran ayuda. Creo que apuntaré todas mis dudas en una libreta y así no me olvidaré de ninguna, voy a llamar para asegurarme de que puede recibirme mañana.

—De acuerdo, yo voy a salir un rato al jardín y si tu madre no quiere que esté allí, me vuelvo dentro y ya está, sin problemas.

Conchi le dedicó un guiño a Klara y la dejó buscando el móvil en el bolso.

Klara, después de buscar y rebuscar en el bolso, recordó que había dejado el móvil en la encimera. Se dirigió a la cocina para llamar más tranquila al doctor Ferragut. Este le dijo que normalmente no se hacían así las cosas, no se podía llamar de un día para otro esperando que al interlocutor le fuera bien el día y la hora que ella proponía. Klara estaba ya a punto de perder la paciencia, no era una niña para que le regañaran.

—Escuche, doctor Ferragu...

—Es Ferragut, pero le vuelvo a repetir que...

—De verdad que no hace falta que me lo repita, ya me lo ha dicho la recepcionista un par de veces y usted otras tantas. Solo llamo porque no sé qué es lo que tengo que hacer, no sé si estoy haciendo las cosas bien con mi madre, no sé qué esperar de esta enfermedad. Tengo las dudas anotadas en una libreta, solo quiero hablar con usted mañana, porque creo que mi madre está empeorando por momentos y me parece que eso no es algo normal. Y con la información que me han dado, le repito que no sé qué hacer. Por eso le pido vernos mañana a las siete de la tarde, ¿puede o no puede ser?

—Mire, nos vemos mañana a las siete. Usted está muy preocupada, normal, pero eso no le hace bien ni a usted ni a su madre, y, si me lo permite, decirle también que si puede manejar esa

preocupación hasta las siete de la tarde porque tiene que trabajar, también puede manejarla hasta otro día y hora dentro de mi horario laboral.

Dicho esto, colgó el teléfono.

Klara se quedó mirando el móvil sin creer que le hubiera colgado y, menos aún, que le hubiera hablado de esa manera. ¿Cómo se atrevía a decir que le importaba más su trabajo que su madre? «Si me lo permite, si me lo permite», pensó Klara en tono de burla. No soportaba a las personas que se escudaban en palabras y expresiones educadas para sacar bilis por la boca. ¡Maleducado!

Intentó relajarse un poco antes de hacer la llamada a Rosario. Según Conchi, era un poco dragón, así que más le valía calmarse o sacaría veneno por la boca, sin palabras o expresiones educadas. Este pensamiento la hizo sonreír, se le deshizo el nudo en el estómago y, después de beber un poco de agua fresca, se sintió con fuerzas para hacer la siguiente llamada.

—Buenos días, ¿señora Rosario? Soy Klara, la hija de Idaira, creo que mi amiga Conchi le ha hablado de nosotras.

—Buenos días; sí, Conchi me ha hablado del tema.

«Uf, ¿y esta señora tan seca va a cuidar a mi madre? ¿Y si a mi madre no le gusta, o se aburre con ella? De acuerdo, no prejuizar, es la primera conversación que tenemos».

—Bueno, entonces, como ya sabrá, a mi madre le han diagnosticado alzhéimer. No tengo más familiares, por lo que necesito ayuda para cuidarla. Conchi me está ayudando mucho, pero necesito alguien que pueda estar con ella todo el día.

—¿Todo el día? ¿Se refiere a veinticuatro horas? —Por su tono, Klara no podía adivinar si le parecía bien o, por el contrario, le horripilaba.

—No, no, las veinticuatro horas no. Mire, yo trabajo de guía turística, cuatro días a la semana, el horario es bastante irregular. ¿Le parece si nos vemos pasado mañana y lo hablamos? —«Por favor, por favor, que diga que sí», pensaba Klara cruzando los dedos.

—De acuerdo, ¿le va bien vernos a las once de la mañana, en casa de su madre? Dígame la dirección.

«Algo autoritaria sí que es». Klara le facilitó la dirección con una sonrisa y, despidiéndose cortésmente, finalizó la llamada.

CAPÍTULO 2

2007
Jandia
Klara

Eran más o menos las seis de la tarde cuando Klara acabó de recoger y limpiar la cocina. La comida con Conchi y su familia había ido muy bien, se habían reído de las ocurrencias de los niños, su madre se encontraba bien y la comida, aunque sencilla, estaba deliciosa.

Quizá era hora de hablar con su madre. Después de comer se había quedado dormida en su sillón favorito, cerca de la puerta que daba al jardín y ni los gritos y peleas de los dos niños la habían despertado. Había comido, había tomado su medicación y había descansado. Ahora estaba despierta mirando tranquilamente hacia el jardín. Sí, era hora de hablar.

—Mamá, ¿te apetece una fruta? Son casi las seis y estaría bien comer algo antes de cenar.

—Pues una manzana me iría de perlas. ¿Te has divertido en la comida? Ha estado bien, ¿verdad?

Idaira miró a Klara con una leve sonrisa. Se había dado cuenta de que ya no podía ni quería postergar más el *asunto*, como decían todos cuando ella era pequeña refiriéndose a su historia familiar. Era hora de hablar.

Esperó a que Klara le trajera una manzana y, muy suavemente, le preguntó si estaba preparada. Klara, aún con un leve nudo en el estómago, asintió con la cabeza, sabiendo que ese nudo poco a poco se iría haciendo mayor conforme fuera escuchando a su madre.

—Primero, debes saber que a tu abuela le encantaba escribir. Desde muy pequeña escribía todo lo que le pasaba en pequeños trozos de papel, en libretas, ¡en lo que pillara, vamos! Cuando yo ya había nacido, recopiló todos los papeles que tenía guardados en una caja y los pasó a libretas siguiendo un orden cronológico. Cuando tú naciste y ya ibas a la escuela, yo los pasé a máquina en la Olivetti que teníamos, aquella verde, ¿te acuerdas? —Klara volvió a asentir con la cabeza, temiendo y a la vez deseando escuchar lo que tenía que decir su madre—. Ten paciencia conmigo, porque quiero explicártelo todo bien y en orden. Por supuesto que tú sabes todos los rumores sobre la Casa Winter, los nazis, la valla... También quiero que sepas que, aunque yo te explique, también te daré las libretas de la abuela y mis carpetas, donde está todo en limpio. Te las iré dando poco a poco y, aunque te voy a decir dónde las guardo, quiero que me prometas que no las cogerás ni leerás a escondidas, deberás esperar hasta que yo te las dé o hasta que llegue el momento en que no recuerde nada.

Klara volvió a asentir con la cabeza, cada vez más nerviosa y confundida. Nunca había oído hablar a su madre durante tanto tiempo seguido. Sus frases eran cortas y concisas, como si no quisiera que nadie se fijara en ella; en realidad, nunca quería llamar la atención, debía ser muy difícil para ella.

—Bien, allá voy. —Idaira respiró hondo y empezó—. Tu abuela era hija única, de padre pescador y madre que cuidaba de la casa y el poco ganado que tenían. Era la niña de los ojos de su padre, por los escritos verás que su padre la adoraba. Tenía el pelo negro y lacio, muy largo, era bajita y delgada, un torbellino de niña, pero feliz y risueña, muy atrevida, siempre metida en líos con los otros niños y niñas. Cuando se hizo más mayor gustaba a los chicos y eso preocupaba a su padre sobremanera; además, estaba el hecho de que ya habían echado a todos los habitantes de Cofete y el señor Winter había construido la valla. Casi todos los habitantes del pueblo habían ido a vivir a Morro Jable y se dedicaban a la pesca.

Klara pensaba que ya se le estaba acabando la paciencia, ¡quería saber ya! Dio un sorbo a su zumo, esperó a que su madre se acomodara el cojín detrás de la espalda e intentó sonreír.

—Como sabes, la valla se construyó en la década de los treinta, pero aunque no les hizo mucha gracia el tener que marchar de su pueblo, las especulaciones no empezaron hasta principios de la década de los cuarenta, cuando tu abuela tenía dieciséis o diecisiete años. Los pescadores decían haber visto submarinos, se oían explosiones incluso desde Morro Jable y también decían que la casa Winter se había construido para descanso, borracheras y orgías de los nazis que pasaban allí su tiempo de permiso...

—Pero mamá —Klara estaba confusa—, la Casa Winter no se construyó durante la Segunda Guerra Mundial. Unos dicen que se empezó a construir en 1946; otros, que se construyó hacia mil novecientos cincuenta y algo, pero nunca durante la guerra.

—Klara, créeme, para 1943 la Casa Winter ya estaba construida, la casa y los túneles, tu abuelo se encargó de ello. No hay ningún registro, por supuesto; hubo muchos engaños y personas por medio haciendo de testaferros. Pero la realidad es esa: la casa se acabó de construir antes de que finalizara la Segunda Guerra Mundial.

Idaira sonreía a Klara lamentando no saber expresar exactamente todo lo que llevaba dentro.

Klara lo intentaba, de verdad que lo intentaba, pero no veía qué tenía eso que ver con su abuelo nazi. Al hablar de la historia de la isla, algo que ya sabía, el nudo en su estómago poco a poco se había disuelto, aunque eso de que la casa —¡y los túneles!— ya estaban construidos en 1943 la había dejado estupefacta. Así que sí que existieron esos túneles, quería saber más, pero ya no le temía a lo que pudiera escuchar.

—Mamá, ¿te apetece un zumo? Yo me voy a poner otro, así descansas un poquito.

—Eso y mientras los sirves intentaré aclarar mis ideas, ¡creo que no te lo estoy contando bien!

Idaira se quedó pensativa, quería ponerla en situación antes del mazazo, ¡los rumores eran tantos! Quería explicarlo bien, pero realmente eso no le preocupaba en exceso, ya que con los escritos de la abuela lo entendería. Lo que le preocupaba era que iba a ser muy duro para ella. ¿Cómo lo llevaría? ¿Cómo se sentiría al saber que muchos de los rumores eran ciertos?

Klara salió de la cocina con dos vasos grandes de zumo de piña con una pajita cada uno, los vasos rezumando gotitas de agua por la condensación. Idaira la miró, tan alta, delgada, con ese pelo tan rubio y los ojos tan azules y luminosos, exactamente igual que su abuelo, por lo que ella podía haber visto en las fotografías, todas en blanco y negro, pero aun así se podían entrever sus ojos tan especiales. Había sido un hombre guapo y Klara también lo era. ¡Ojalá encontrara a alguien que la quisiera! Se dio cuenta de que sus pensamientos divagaban e hizo un esfuerzo por seguir la conversación.

Klara se dio cuenta y le preguntó.

—Mamá, ¿estás cansada? ¿Quieres que lo dejemos para mañana?

—No, cariño, estoy bien, continuemos; solo pensaba en que eres muy guapa.

—¡Vaya! Gracias —dijo sorbiendo por la pajita mientras miraba a su madre intentando adivinar si era cierto que estaba bien.

—Bueno, sigamos. El caso es que muchos de los rumores, de alguna manera, son ciertos. Fue un plan perfecto para ellos: encontraron un enorme paraje solitario, un lugar tan salvaje que solo había un pequeño poblado a cinco kilómetros del lugar donde ya existía la base de la casa, solo tenían que construirla. Las explosiones que de vez en cuando se escuchaban las estaban haciendo para construir los pasos subterráneos que unieran la casa con los túneles naturales que se habían

formado, junto con la isla, hace miles y miles de años, y que así los submarinos pudieran llegar, descargar alimentos y material, además del personal.

—¡Mi abuelo construyó la Casa Winter! ¿Quieres decir que mi abuelo presionó a las personas que vivían en Cofete? ¿Que les metió tal miedo en el cuerpo que esas personas dejaron atrás sus casas, sus sueños, su vida? —En la mente de Klara empezaron a desfilar imágenes de hombres que daban miedo solo con verlos, serios, crueles, con abrigos largos de cuero negro y botas también negras. Al menos, así eran en las películas y, la verdad, no quería ser nieta de alguien así, alguien que torturaba y mataba—. Mamá, ¿sabes si alguna vez mató a alguien, si torturó o hizo algo...? —Su voz se fue apagando, incapaz de seguir.

—No, cariño, que yo sepa no mató a nadie; al menos, tu abuela no lo dice en sus escritos y, cuando por fin me habló de ello, tampoco me lo dijo, así que creo que no, no mató a nadie. Aunque, desde luego, bueno no creo que fuera y me da vergüenza tener un padre así, un padre que estuvo de acuerdo con todo lo que hicieron por el Tercer Reich, todo lo de los campos y lo que hicieron con los judíos, gitanos y, en general, con todos los que no estuvieran de acuerdo con ellos. En esa época no lo sabíamos, no teníamos mucha información; además, la Guerra Civil hacía poco que había acabado y aún nos estábamos reponiendo.

—¿Mi abuelo perteneció a la Gestapo? No, espera, no quiero decir «mi abuelo», dime cómo se llamaba. —Ahora, el nudo en el estómago había vuelto y con mucha más fuerza que en todos los días anteriores.

—Klaus, se llamaba Klaus Von Glaussberg.

Klara se sorprendió de lo bien que lo pronunciaba su madre, una mujer que solo hablaba castellano.

—De acuerdo, le llamaré Klaus. ¿Klaus perteneció a la Gestapo?

—No, Klara, perteneció a la Abwehr, a las órdenes directas de Canarias. Klaus se encargó de que las instalaciones de la isla estuvieran listas para cuando se necesitaran, planear toda la infraestructura, rutas de llegada a la isla para descansar, esconder tesoros robados hasta que fueran los dueños de Europa y los pudieran mostrar en sus mansiones. También planeó las rutas de huida hacia Sudamérica si las cosas no salían bien, y todo eso sin levantar sospechas.

—¿Quién presionó a las personas de Cofete para que dejaran todo y se marcharan?

—Se lo pregunté a tu abuela y, al parecer, nunca se supo. Los habitantes tenían prohibido hablar de ello. Y no hablaban. En aquellos años, la situación era muy difícil en España, había mucha represión, se llevaban a la gente bajo la acusación de ser rojos, tanto si era cierto como si no. Y, Klara, muchos no volvían a sus casas. Así que no, no se hablaba, al menos abiertamente, había mucha desconfianza y miedo, sobre todo miedo. Eso, unido al hambre, a la infinidad de normas que cumplir so pena de acabar en la cárcel, al analfabetismo y el poco interés que el Gobierno demostraba por nuestra isla, hizo que las personas viviesen sin hacer demasiado ruido. Era peligroso hacerse notar.

—¡Dios mío, tú viviste eso! La falta total de libertad. —Klara, como cualquier persona, conocía la historia, pero nunca había pensado cómo podía haber afectado a su familia. Siempre le había parecido algo lejano, que no iba con ella y, al parecer, el crecer en esa etapa a su madre la afectó, y mucho.

—Fueron unos años convulsos para el mundo, no solo para España. Dentro de la misma Alemania también había mucho miedo; la gente vivía como podía con su conciencia, disimular y sobrevivir o morir por sus ideales, y créeme, esto último no es tan romántico como lo hacen parecer en las novelas o películas.

Miró intensamente a Klara al decir esto. Sí, le daba vergüenza que su padre fuera un espía pero quizá no fue tan malo, eso lo vería y juzgaría ella con los escritos de la abuela.

Idaira siguió hablando, explicándole muchas cosas que se habían vivido en la isla y, por supuesto, no salían reflejadas en los libros de Historia. Klara no dejaba de asombrarse de la cantidad de cosas que sabía su madre y, sobre todo, de todas las opiniones que tenía de aquella época. No es que creyera que su madre fuese inculta, es que, simplemente, nunca habían hablado como lo estaban haciendo ahora; y, aunque el tema era peliagudo, por decir algo suave, le estaba encantado estar así con ella, parecía que las acercaba más, que tenían algo en común.

Ella siempre se había llevado bien con su madre, pero hasta ahí, nunca habían establecido un vínculo; por supuesto, su madre siempre la había cuidado y querido, pero a su manera, siempre reprimiendo las muestras evidentes de cariño. El vínculo era con su padre, él era la piedra angular. Idaira había adorado a su marido, Klara había adorado a su padre y él las había adorado a las dos. Eran un círculo donde su padre era el centro y ellas andaban por la circunferencia sin llegar a rozarse apenas. Ahora sentía que su madre caminaba más despacio y ella más deprisa, llegarían a encontrarse en el centro, solo rogaba que pudieran lograrlo antes de que el alzhéimer las alejara otra vez.

—Bien, mamá, y Klaus, ¿cómo entra en esta historia?

—Klaus aparece por primera vez en 1941. Un joven perfectamente ario, completamente convencido de que estaba haciendo lo mejor para su patria.

—¿Nadie sospechaba? ¿Fue cuando se enamoró la abuela? ¿Él también se enamoró de ella?

—¡Cuántas preguntas, Klara! —rio Idaira—. No, todavía no se enamoraron, se vieron porque todo el mundo se veía en Morro Jable, pero no se enamoraron aquel año. La abuela tenía un medio novio, ya sabes —volvió a reír.

Klara se dio cuenta de que su madre ya mostraba signos de cansancio; le propuso cenar algo ligero, ver la televisión un rato y después ir a dormir.

Podrían continuar al día siguiente después de su visita al *amable y simpático* doctor Ferragut. Esperaba que su madre no se olvidara y pudiera continuar sin perder el hilo. Preferiría seguir hablando, pero su madre no aguantaría mucho más esta noche; eran casi las nueve y se caía de sueño.

—De acuerdo. No tengo mucha hambre, quizá una sopa de tomate fresquita.

—Vale, ¿quieres dar una vuelta antes de tomar la cena?

—No, cariño, estoy un poco cansada.

Era la segunda vez que su madre la llamaba «cariño» en un día. Cenaron casi sin hablar y, después de tomarse la medicación, Idaira se fue a dormir. Klara se quedó un rato más, quería estar cansada para poder dormir más o menos bien. Recogió la cocina, regó las plantas y planchó varias prendas antes de que el sueño y el agotamiento aparecieran. Finalmente, se fue a dormir casi a la una de la madrugada creyendo que lo conseguiría, que dormiría bien esa noche.

Klara miró el despertador antiguo que tenía en la mesita de noche; sus agujas fluorescentes marcaban las dos y cinco. No podía dormir, daba vueltas y vueltas. Lo había intentado todo, leer, escribir, meditar, pero su cabeza no dejaba de funcionar. Decidió levantarse y hacerse un vaso de leche; no es que fuera su bebida preferida, pero ya era lo último que se le ocurría para poder dormir algo. Al día siguiente tenía la excursión a Oasis Park y quería estar fresca, los turistas preguntaban mucho y algunos llegaban a ser algo pesados; quería tener paciencia y no mandarlos a freír espárragos, algo que, si continuaba como estaba ahora, era muy probable que sucediera.

Mientras se levantaba y se ponía las zapatillas pensó que, quizá, al que sí que no sería mala idea mandar a freír espárragos fuera al doctor Ferragut, ese ser maleducado; solo lo había visto un par de veces y le había parecido serio, pero nada más. Salió hacia la cocina, abrió la nevera y, cuando ya estaba con el vaso de camino de la boca, oyó ruido en la habitación de su madre. Era un ruido leve, como golpecitos suaves y roces de telas. Dejó el vaso en la encimera y fue a ver, llamó a la puerta y, al abrir, se encontró a su madre que había abierto un arcón muy antiguo, de madera oscura labrada. Era grande y pesado. El arcón de la abuela.

—Klara, cariño —Idaira se giró con una colcha de encaje blanco en las manos—. ¿No puedes dormir? ¿O te he despertado? He intentado no hacer ruido.

—No me has despertado, mamá, me he levantado a tomar un vaso de leche. ¿Qué estás haciendo? —Klara miraba a su madre, como siempre últimamente, intentando saber si estaba bien o, por el contrario, no sabía qué estaba haciendo.

—Sí, estoy bien, pero me he despertado y he pensado que quizá mañana no recuerde dónde guardé los escritos de la abuela; por eso los saco, para dejarlos encima de la cómoda y, si me olvido, que tú los veas. Pero ahora que estás aquí los volveré a guardar, mira, están aquí, en el arcón de la abuela; debajo de todas las colchas y sábanas antiguas hay un doble fondo. ¿Ves? Se le ocurrió que, si alguien abría el arcón y sacaba todo de su interior, los escritos no se verían porque estarían debajo del doble fondo.

—¡Vaya con la abuela! Si te parece, los guardamos en mi habitación.

Klara temía que cuando su madre empeorara los pudiera guardar en otro sitio y después no se acordara, o, peor aún, los destruyera.

—En tu habitación no estarán seguros, Klara.

Idaira la miró como si no supiera qué estaba diciendo, como si los escritos fueran secretos de Estado y ella quisiera publicarlos en cualquier periodicucho.

Bien, de acuerdo, no eran secretos de Estado, pero quizá sí que contenían algo que pudiera ser material sensible, si se conocía. ¡Ostras! Debía dejar de leer novela negra o acabaría por ver conspiraciones por todos lados; bien pensado, también debería dejar de leer novelas de espías. ¡Espías! ¡Ostras y más ostras! Le encantaban, es más, siempre pensaba cómo el protagonista adivinaba cuáles iban a ser sus movimientos antes de llegar a ellos. ¿Se parecía a Klaus? ¿Eso se lleva en la sangre? Temiendo volverse loca, como tantas veces en los últimos días, sonrió a su madre y le dijo que, de momento, los guardarían ahí y después ya buscarían un buen sitio en su habitación.

—De acuerdo —Idaira estaba más tranquila, pero no del todo convencida—. Anda, ve a la cocina y termínate la leche. Necesitas descansar.

Desde luego que Klara casi no pudo dormir y se presentó a su trabajo con más maquillaje del habitual para disimular las ojeras y dar color y luz a su rostro.

Una vez recogidos todos los turistas, esta vez todos españoles, Klara les empezó a hablar del parque, situado en la carretera general de Jandia, muy visitado sobre todo por los turistas con niños, ya que es como un zoo, pero con las áreas muy bien recreadas. Los más pequeños tienen una granja infantil donde se lo pasan genial interactuando con los animales. También les habló de sus dimensiones, los tres restaurantes donde podrían comer y, justo cuando les iba a explicar que casi todos los animales provienen de África, un señor que no había dejado de hablar durante todo el camino y no había hecho caso de sus explicaciones, le preguntó:

—Habrà un sitio para comer, ¿no? —dijo tocándose la voluminosa panza.

Klara casi lo fulmina con la mirada y dijo:

—Sí, como acabo de decir hay tres restaurantes donde poder comer.

Klara no quería responder así, pero el señor era bastante grosero; le había escuchado decir que tenían mucho terreno desperdiciado en la isla, que estaba muy poco construida, incluso casi los pone de palurdos por no ser emprendedores y construir, construir, construir.

—¡Buff, vale! —Y eso fue todo lo que dijo hasta que llegaron.

Mientras tanto, ella fue poniendo a los demás al tanto de la flora que podrían encontrar y respondiendo a sus preguntas, todas expresadas muy amablemente, probablemente debido a su reacción anterior. Eso la hizo sonreír y responder alegremente a un niño de unos tres años, que se había pasado todo el camino preguntando si había camellos.

—¡Pero por supuesto que hay camellos! Les he puesto nombre a dos, ¿sabes? Uno se llama Flash.

—¿Y el otro, y el otro?, ¿cómo se llama el otro?

—¡A ver si lo adivinas!

—¡FLISH! —dijo el niño a pleno pulmón.

—¡Vaya! Lo has adivinado —dijo acercándose y chocando la pequeña manita.

Después de eso, el día transcurrió con normalidad, pero estaba muy cansada. Había llamado a su madre nada más entrar en el parque, otra vez antes de comer y la última a las cinco y media, justo antes de acabar la excursión. También había llamado a Conchi, después de que esta le asegurara que su madre había tenido un buen día; le recordó que tenía cita con el doctor Ferragut a las siete y le pidió que se pasara un poco más tarde para ver cómo seguía su madre.

—Será solo por hoy, Conchi, mañana a las once viene Rosario a hablar conmigo y con mi madre. Espero que quiera trabajar con nosotras, el horario es irregular.

—Sabes que por mí no hay problema, y te hablé de Rosario precisamente por eso; vive sola y no tiene problemas de horario. Tengo que dejarte, Klara, mi peque se está comiendo la tierra de las plantas. —A la vez que colgaba, Conchi gritaba «¡Javieeeeerrrr! Te tengo dicho...».

Y gracias a Dios que, finalmente, colgó el teléfono porque Klara empezaba a temer por la integridad de sus oídos.

Conducía por la carretera de Jandia, ya de camino a casa, mientras recordaba la visita con el doctor Ferragut. La consulta, tal como la recordaba, era algo pequeña, con predominio del color blanco; el escritorio estaba situado frente a la puerta y, a la izquierda de esta, un gran ventanal que dejaba pasar un torrente de luz natural.

El doctor Ferragut se levantó nada más entrar ella y le ofreció la mano a modo de saludo. Ella se la estrechó sintiendo el apretón que casi le rompe los dedos, pero le sonrió; no le convenía estar a malas con él, el bienestar de su madre dependía bastante de que ella controlara su genio, dijera lo que dijera él.

Una vez sentados los dos, el doctor se disculpó por lo que le dijo por teléfono. Había tenido un día muy duro, no estaba acostumbrado a tanto calor ni tanto sol y aún no se había acomodado a la vida en la isla. Venía de Barcelona y la diferencia de estilo de vida era notable. Allí, todo era rápido y estresante; aquí, el estrés se lo producía tanta tranquilidad, «aunque eso no es excusa», le dijo mirándola muy serio.

Klara lo vio tan arrepentido que le dijo que no se preocupara, que todos tenían días malos y después le consultó todas las dudas que tenía. Él le preguntó por el estado de su madre, si había llegado a estar agresiva, y le dijo que la visitarían diferentes disciplinas médicas para poder controlar mejor la enfermedad. La previno sobre qué podía esperar y le explicó que continuarían

con la misma medicación y, en caso de que se pusiera agresiva, aumentarían la dosis de las gotas. Si no mejoraba, tenía que llamar a una ambulancia.

Klara le preguntó si era posible que se pusiera agresiva, que no hacía mucho que le habían diagnosticado la enfermedad. El doctor fue muy claro y le dijo que sí, era muy posible; además, su madre avanzaba muy rápidamente, y las pruebas que le habían hecho por sus problemas cardíacos no habían salido del todo bien. Tenía que estar preparada.

—Klara —dijo el doctor Ferragut ya levantándose—, lo siento, pero su madre no va a mejorar, esto tiene que tenerlo claro. Mire, esto es algo que nunca hago, pero le voy a dejar mi tarjeta con mi número particular y, si tiene alguna duda o simplemente quiere desahogarse, llámeme. Hasta las doce de la noche suelo estar despierto.

—Gracias —Klara ya estaba casi sin voz—. ¿Programo las siguientes visitas con mi madre en el mostrador?

—El horario para programar ya ha pasado, tendrá que llamar o venir otro día. Otra cosa, Klara, ¿tiene alguien que la ayude?

—Mañana entrevisto a una señora que me ayudará, ya ha trabajado antes con personas que han sufrido esta enfermedad.

—Se lo digo porque quizá no ahora, pero sí más adelante, puede que necesite coger una excedencia en el trabajo.

—Lo pensaré. Gracias, ha sido usted muy amable —le dio la mano y ya se estaba girando para irse, cuando él le preguntó.

—¿Sorprendida? De saber que soy amable, quiero decir.

Una sonrisa socarrona se dibujó en su cara e hizo sonreír a Klara; le saludó con la mano y se marchó.

Ahora, casi a punto de llegar a su casa, recordó esa sonrisa con algo de ternura; sería un buen bálsamo si le costaba dormir.

Se atusó la larga melena rubia antes de aparcar, una manía que había tenido desde siempre y que le había costado más de un disgusto con su profesor de autoescuela. Metió marcha atrás y el Toyota quedó tan perfectamente aparcado que hasta ella misma se sorprendió.

Antes de salir del vehículo revisó su maquillaje, sobre todo, los ojos, tan azules como un iceberg y tan extraños entre los majoreros, aunque ella ya se imaginaba de quién los había heredado. Pero ahora no quería pensar en eso, solo le importaba que su madre no notara lo preocupada que estaba.

Entró en casa y volvió a encontrar a su madre bastante cansada; la pobre intentaba sonreír, pero hasta eso era demasiado para ella. Volvieron a cenar algo ligero, vieron algo de televisión y, como Idaira no tenía muchas ganas de hablar, Klara la ayudó a meterse en la cama.

Después de una buena ducha, Klara entró en su habitación quitándose la toalla que tenía enrollada en la cabeza; al tirarla sobre la cama encontró una libreta con la tapa rosa encima de la colcha blanca. Se quedó paralizada, sin poder apartar la mirada de la cama, las manos le temblaban levemente. Quería y no quería empezar a leer la historia de su abuela. ¿Y si no estaba preparada? ¿Lo estaría alguna vez?

Finalmente, se sentó en la cama con las piernas cruzadas y cogió la libreta.

CAPÍTULO 3

1931
Morro Jable
María

Septiembre 1931

Soy María, y voy a escribir un diario porque tengo ocho años y ya soy mayor. Mi madre me ha castigado porque no me he comido el gofio.

Septiembre 1931

He ido con mi padre en su barca, él siempre me llama mi Pequeña Salvaje, pero hoy me he portado muy bien. Mi padre es el mejor del mundo, cuando sea mayor me casaré con un hombre como él, bueno y guapo.

Octubre 1931

Otra vez me ha castigado mi madre, no me gusta que me haga trenzas, yo quiero llevar el pelo suelto, pero ella dice que se me enreda. Cuando me case llevaré el pelo siempre suelto.

Octubre 1931

He estado jugando con Antonio, ¡es tan tonto! Se cree muy mayor porque tiene doce años y cuatro pelos en el bigote. Otra vez me ha tirado de las trenzas, pero yo no he llorado.

Octubre 1931

Jugando me he caído de la tahona y me he hecho sangre en las rodillas. Mi madre me ha reñido y ha gritado mucho, me ha castigado sin jugar en el patio esta tarde, voy a tener que estar metida en casa. Mi padre le ha dicho que no me castigue, pero ella no le ha hecho caso y ha seguido gritándome. Al final no he tenido más remedio que llorar, aunque ya soy mayor.

Diciembre 1931

¡Tengo un vestido nuevo! Pero no lo puedo estrenar hasta Navidad, estoy deseando que llegue. El tonto de Antonio me ha dicho que seamos novios, yo le he dicho que sí, pero que si me vuelve a tirar de las trenzas dejaremos de ser novios y le daré una patada.

Enero 1932

Antonio me ha pedido que le dé un beso, ¡qué asco! Le he dicho que cuando nos casemos le daré uno. Entonces me ha dicho que los niños salen del ombligo de las madres y antes hay que besarse. Le preguntaré a mi madre, creo que mi ombligo es demasiado pequeño para que salga un bebé.

Enero 1932

Ya tengo nueve años, y como ahora sí que ya soy mayor, le he preguntado a mi madre si me podrá salir un niño del ombligo. Se ha echado a reír y me ha dicho que no diga tonterías. Se lo preguntaré a mi padre, él siempre me hace caso y no me llama tonta.

Idaira estaba cansada, sí, pero no dormía. Se mantenía alerta para poder escuchar y adivinar el estado de ánimo de su hija mientras leía el diario de la abuela. Klara no era una persona influenciable y quizá tendrían que leerlo juntas, pero estaba convencida de que era mejor que lo hiciera a solas. Podrían comentar los escritos y le contestaría las dudas que tuviera; también, por

supuesto, la apoyaría cuando lo necesitara. Ojalá pudiera mantener la cabeza en su sitio durante todo el proceso.

Sintió la indecisión que invadió a Klara al entrar en la habitación, cómo finalmente se sentó en la cama para leer y ahora, seguro que había llegado a la parte del ombligo y los bebés, a juzgar por la risa que escuchó.

Idaira ahora pensaba en su madre. La niñez de María fue normal, con sus juegos, risas, correrías, castigos, llantos y sus medio novios. Se alegraba de que, al menos, su madre tuviera una infancia feliz. La primera parte de su juventud también lo fue, pero desde que Klaus murió hasta el nacimiento de Klara, simplemente se dedicó a sobrevivir, algo que ella nunca entendió hasta que no supo la verdad acerca de su padre.

Siempre había pensado que su madre era una mujer enérgica, de acá para allá, nunca paraba quieta y casi nunca sonreía. Le decía muy seria que su padre era pescador y había muerto en el mar, y aún más seria le decía que no tenía que hablar con nadie sobre el tema. Su padre había muerto y ya está.

Tenían conocidas, claro, todas las vecinas del pueblo, pero amigas solo Luisa. Recordaba que le daba dulces que hacía ella misma y que estaban buenísimos; ella le daba las gracias, tal y como le había enseñado su madre, y le sonreía.

Luisa era la única persona con la que su madre tenía más contacto y con la que más hablaba. No le importaba pararse en la calle si se encontraban y charlar un rato, nada serio ni personal, pero sí que hablaban; con las demás se limitaba a sonreír y dar los buenos días o buenas noches.

En un pueblo tan pequeño, donde todos se conocían, se ganó la fama de rara. Luisa era la única que entendía que no fuera muy habladora ni se comportara como una persona normal, pero lo achacaba a la pérdida de su marido, y a María ya le iba bien que pensara eso.

La única persona que conocía la verdad era Adela, la prima del padre de María, que la había acogido cuando este se lo pidió. Nunca la juzgó y se portó maravillosamente bien con ellas. La recordaba con mucho cariño, había sido como una abuela para ella.

Ella nunca había tenido relación con sus abuelos, los padres de María. Había visto a su abuelo dos veces. De la primera era muy pequeña y no se acordaba, pero de la segunda vez sí que se acordaba, aunque era algo que no le importaría que la enfermedad borrara de su mente.

Gracias a la tía Adela, que se la llevó a la plaza del pueblo a jugar, no se enteró de toda la conversación y, aunque era algo que no sentía en absoluto, le dolía pensar en ello. ¿Cómo se lo tomaría Klara? Para la generación actual es muy difícil entender según qué cosas de aquella época, por mucha historia que se haya estudiado. Las costumbres hay que vivirlas para entenderlas, sobre todo las de la posguerra civil. Las relaciones familiares no eran como ahora, donde hay más libertad, incluso una cierta falta de respeto.

Idaira sentía como se le cerraban los ojos, ¡estaba tan cansada! Y los recuerdos no hacían más que empeorar su cansancio. Se puso a pensar en Andrés, su marido, y la sonrisa afloró en sus labios. Era lo que más temía, que se borrara de su mente todo lo vivido con él.

¿Y si llegaba el día en que ya no recordara nada? Suponía que a Klara siempre la recordaría, aunque solo fuera porque la veía cada día, pero su marido había muerto el año anterior, ¿y si se olvidaba de él? Se habían amado tanto que tenía la esperanza de que, aun con alzhéimer, fuera imposible que lo olvidara. Se durmió con ese pensamiento en la cabeza.

Aún sentada encima de la cama con las piernas cruzadas, Klara sonreía mientras leía los escritos de su abuela. Cuánta inocencia desprendían las palabras, cuánto amor por su padre y cariño por su madre. Ya eran más de las doce e iba por el año 1932. Se animó a leer un poquito

más; Rosario no llegaría hasta las once de la mañana, la casa estaba limpia y recogida, lo que significaba que no tenía que madrugar. Continuó leyendo.

Diciembre 1932

Soy tan mayor que me porto muy bien. Mi madre hace días que no me riñe, aunque aún tengo que ir con el pelo recogido. Soy novia de Antonio, sigue siendo un poco tonto y a veces sigue tirándome de las trenzas, pero ayer le di una patada que casi llora.

Diciembre 1932

Ya casi es Navidad. Me encantan los dulces que hacen mi madre y mi abuela, mi padre dice que si sigo comiendo tanto, en lugar de su pequeña salvaje voy a ser la gran ardilla gigante y no me podrá llevar encima de sus hombros. Eso sí que no, me encanta ir en sus hombros con el pelo suelto y enredado por el viento.

Febrero 1933

He salido con mi padre en su barca. Hoy se ha enfadado un poquito, dice que hago muchas preguntas. Hemos navegado bordeando el sur de la isla hasta la zona de barlovento, ha sido muy divertido. El mar allí es muy bravo y el viento muy fuerte, he tenido el pelo en la cara todo el rato.

Mismo día, pero por la tarde

No he explicado por qué mi padre se ha enfadado. Le he hecho algunas preguntas cuando hemos navegado cerca de Cofete; dice que cuando sea mayor me lo explicará, yo le he dicho que ya tengo diez años y que ya lo entiendo todo. Se ha echado a reír, me ha alborotado aún más el pelo y me ha dicho: «Ay, ay, ay, mi pequeña salvaje». Sí, sí, pequeña salvaje, pero yo me he quedado sin respuestas!

Klara tampoco pudo evitar sonreír con este último párrafo. María no ponía las fechas al uso en sus diarios, y lo del «mismo día, pero por la tarde» era simplemente genial, como solo puede serlo la mente de un niño, en la que no hay cabida para la falsedad o maldad alguna. Pura inocencia con un toque de rebeldía, así recordaba a su abuela, y le encantaba.

Según pudo ver Klara, su abuela no escribía todos los días y, al parecer, su madre copió literalmente los escritos de su abuela, ya que no eran muy correctos gramaticalmente hablando. Pero le gustaba que lo hubiera hecho así, sería una pena que unas correcciones de puntos y comas le restaran la frescura con la que estaban escritos.

Casi a la una de la madrugada, Klara decidió dejar la libreta y dormir. El problema era que no podía. No salía ningún ruido de la habitación de su madre, lo que significaba que dormía tranquila, pero ella estaba inquieta, ¿por qué? El miedo que había sentido al ver la libreta había sido innecesario, incluso se había reído con las historias de su abuela. Intentó imaginársela con el pelo al viento y su cara enfadada cuando su madre le hacía las trenzas. Volvió a sonreír, pero no la ayudaba a dormirse.

De camino a la cocina pasó por la habitación de su madre, abrió la puerta silenciosamente y la encontró dormida con un aspecto de paz inmenso; eso y un vaso de leche con cacao la tranquilizaron y la ayudaron a dormir más o menos bien.

A la mañana siguiente, casi le da un infarto cuando abrió los ojos y vio que eran casi las nueve de la mañana. Salió de un salto de la cama y, tropezando, pudo llegar hasta la puerta, la cual abrió de un tirón, llegó corriendo al comedor y se paró de golpe: su madre no estaba y tampoco se escuchaba ningún ruido.

Se acercó despacio a la habitación de su madre, con el corazón en un puño, temiendo lo que podía encontrar. Abrió la puerta sin tener excesivo cuidado; su madre estaba en la cama con los ojos abiertos, alerta, pero no en este mundo. Parecía que estuviera viendo algo que no existía, viviendo en algún otro lugar y otra época.

—Buenos días, mamá —dijo Klara mientras se acercaba y le tocaba el brazo.

Idaira se giró hacia ella, la miró y no contestó.

—¿Mamá? ¿Me escuchas, estás bien?

—¿Y tú quién eres? —Idaira miraba a Klara con la expresión vacía; no parecía tener miedo, pero tampoco interés.

Klara, con la cabeza gacha, se sintió morir. Era demoledor; sabía que llegaría este día, pero no pensó que fuera tan pronto. Levantó la cabeza de golpe al escuchar de repente:

—¿Klara?

—Hola, mamá, buenos días. ¿Qué tal has dormido? —Intentó sonreír y lo consiguió, aunque le costó bastante.

—Creo que bien, he pensado en tu padre. Era tan bueno y lo echo tanto de menos...

Dejó la frase inconclusa, incapaz de reflejar en palabras todo lo que sentía por su marido.

—Sí, lo era. Vamos, mamá, te prepararé el desayuno mientras te levantas y te duchas. Parece que hoy las dos nos hemos dormido, son ya más de las nueve de la mañana y Rosario llega a las once.

Iba hacia la puerta mientras hablaba, pero volvió a la cama de su madre cuando esta dijo que estaba cansada y que no quería levantarse; intentó convencerla, pero no hubo manera. Al final, llegaron a un pacto: le llevaría el desayuno a la cama, pero después se levantaría y se arreglaría para la llegada de Rosario.

Klara ya le había hablado a su madre de ella y, aunque no se había negado a su contratación, tampoco había dicho que sí, así que esperaba que su madre la aceptara, porque si no, tampoco sabía qué hacer. No quería dejar su trabajo, que, aunque empezaba a ver su parte negativa más que la positiva, era algo en lo que había puesto tanto empeño que no pensaba ni por un momento abandonar. Ella nunca abandonaba.

Su madre apenas quiso desayunar, solo un café con leche y un trozo de pan con aceite de oliva. Se tomó su medicación y se bañó; después de eso se sentó en su sillón favorito al lado de la puerta que da al jardín y ya no volvió a hablar o a sonreír. Solo miraba a la nada. Reconocía a Klara, pero era como si no le importara en absoluto.

Klara se duchó lo más rápidamente que pudo y se sentó al lado de su madre mientras esperaban a Rosario. En ese momento, su madre pareció llenarse de energía y le dijo que le pasara la labor que tenía en la cesta, al lado de su sillón. Klara se lo dio y su madre empezó a mover dedos y manos como si no hubiera un mañana, pero en silencio, siempre en silencio; solo se escuchaba el ruidito de las agujas de ganchillo chocando entre sí.

A las once en punto, ni un segundo más ni un segundo menos, llamaron a la puerta. Klara fue a abrir mientras le decía a su madre que seguramente era Rosario. Idaira no contestó, seguía con su tarea de ganchillo como si no existiera nada más en el mundo.

Klara se había hecho una imagen de Rosario algo parecida a la señorita Rottenmeier. A juzgar por cómo la describía Conchi, le parecía que debía ser una señora alta, seca, muy seria y regañona, con un moño alto y nariz aguileña. Nada más lejos de la realidad: la señora que se encontró al abrir la puerta era bajita y bastante redonda, con una suave sonrisa en sus labios. A Klara no le pareció en absoluto un dragón. Podría llevarse estupendamente con ella.

—Buenos días, soy Klara, la hija de Idaira, y usted debe ser Rosario —saludó Klara abriendo la

puerta.

—Sí, soy Rosario, encantada de conocerla. ¿Espera que hablemos aquí en la calle o puedo pasar? —Aunque la mirada era seria, la leve sonrisa no huyó de sus labios.

—Por supuesto, pase, por favor. —Klara se hizo a un lado para dejarla pasar. «Espera a que hablemos, la primera impresión es la que cuenta, tú nunca te equivocas», pensaba Klara mientras veía a la señora como atravesaba el recibidor y se dirigía hacia el comedor donde estaba su madre.

—Buenos días, Idaira. —Rosario se sentó en el sillón antes ocupado por Klara e, inexplicablemente, sacó un ovillo de su bolso y se puso a tejer con gran habilidad—. ¿Le parece que hablemos aquí, mientras acompaño a su madre haciendo ganchillo?

Klara se sintió bastante agotada después de la marcha de Rosario, habían estado hablando de temas banales intentando que Idaira participara. Después de un rato viendo que Idaira no respondía, Rosario le sugirió a Klara tomar un tentempié.

Ya en la cocina tuvo lugar la entrevista, donde fue Rosario, y no Klara, la que con todo lujo de detalles le especificó en qué consistía su trabajo, el tipo de tareas que desempeñaría, el horario que estaba dispuesta a hacer y el sueldo que consideraba que se merecía. Tanto si le parecía bien como si no, esas eran sus condiciones, las tomaba o las dejaba.

¡Vale, pues sí es un dragón! Klara, apabullada, aceptó las condiciones, en parte porque también le iban bien a ella. Rosario vivía sola, no tenía problemas de horario y el sueldo era aceptable. Su madre no había tenido problemas económicos y a ella, la gestoría le iba muy bien; además, tenía su sueldo de guía turístico.

Volvió al comedor donde estaba su madre e intentó convencerla de salir a pasear antes de la comida; fue un poco difícil, pero al final aceptó. Idaira no estaba desorientada ni se encontraba perdida, simplemente parecía que no tenía ganas de nada.

—Mamá, ¿te apetece tomar algo fresquito antes de volver a casa? Hace bastante calor.

—De acuerdo, pero no en esa terraza de ahí, está llena de turistas; vamos al bar de siempre.

Idaira echó a andar en la dirección correcta, lo que tranquilizó mucho a Klara.

Sentadas en una terraza más tranquila que las frecuentadas por turistas, Idaira se sinceró con Klara: se había sentido rara por la mañana, muy cansada, y a sus sesenta y dos años no le hacía ninguna gracia tener una persona que la cuidase. No era una vieja.

—Claro que no, mamá, pero puedes necesitar ayuda, no ahora, pero sí dentro de un tiempo. ¿Y no te parece mejor conocer ahora a la persona que nos va a ayudar? Así nos acostumbramos a ella. Creo que es una buena mujer, aunque algo peculiar.

—¿Algo peculiar? —Idaira pareció animarse—. Klara, esa mujer es muy, muy peculiar. Os he escuchado hablando en la cocina: nunca había conocido a alguien que impusiera las normas a sus jefes. Pero me ha gustado, creo que nos hará mucho bien. ¿Cuándo empieza?

—Pasado mañana tengo excursión, así que empezará entonces. Me habría gustado que empezara mañana para estar yo también y comprobar cómo va todo, pero me ha dicho que tiene gestiones que hacer y le es imposible.

—De acuerdo, yo todavía me valgo sola, no estoy loca, solo muy cansada, puedes irte a la excursión tranquilamente.

Y después de unos segundos callada soltó la pregunta que Klara tanto temía.

—¿Qué excursión tienes pasado mañana? —preguntó mirándola fijamente.

Klara intentaba no desviar la mirada mientras mentía a su madre; era algo que había hecho en contadas ocasiones, sobre todo, porque su madre siempre la pillaba. Pero ahora era imperativo que sonara completamente creíble.

—Oh, pues tengo el Gran Tour, ya sabes, es la excursión que más me gusta. Sí que es la más larga y me ocupa mucho tiempo, pero tengo tantas cosas que explicar y enseñar... Me encanta la cara de los turistas cuando se dan cuenta de que nuestra isla no solo es sol y fantásticas playas, sino que también tiene una rica historia. —Klara esperaba que la perorata que iba soltando mientras se levantaba para pagar la consumición distrajera a su madre y se lo creyera a rajatabla. No quería ni pensar en lo que pasaría si supiera que la excursión era a la Casa Winter.

—El Gran Tour —dijo Idaira, mientras se levantaba a su vez—. Bien, pues venga, vamos a casa a comer, parece que el refresco me ha espabilado.

Klara no las tenía todas consigo, no sabía si su madre se lo había creído o no, le daba la impresión de que había dejado correr la mentira y más tarde ya le pediría cuentas.

Idaira comió bastante bien y después de tomar su medicación se acostó un rato a descansar, con la promesa a Klara de que por la tarde hablarían. Tenía mucho que decir todavía y no quería perder el tiempo.

Klara salió mientras su madre descansaba. Para despejar la mente bajó un rato a la playa, se sentó en la arena y elevó su rostro al sol y al viento. Casi sin darse cuenta las lágrimas empezaron a fluir, y una vez lo hicieron ya no las pudo parar. Eran lágrimas cálidas y silenciosas, de las que te limpian el alma.

¿Cuánto hacía que no lloraba? Realmente, no lo recordaba. Cuando su exmarido se fue no lloró, sintió rabia y dolor por la traición, pero no pena.

Miró a su alrededor, nadie se había dado cuenta de sus lágrimas. Tenía la gran suerte de vivir en una isla donde las playas eran kilométricas; aun en pleno mes de agosto, las playas eran tranquilas y nada masificadas, podías estar tranquilamente leyendo, tomando el sol o lo que quisieras sin tener a nadie pegado a tu toalla.

Se preguntaba cuál había sido el detonante de sus lágrimas: su madre, la excursión, su exmarido... ¿O todo a la vez? De todas maneras, ya era hora de regresar a casa, quería descansar antes de hablar con su madre, aunque prácticamente ya le había dicho todo lo que pudiera haber de malo en su historia familiar, ¿o no?

Se levantó, sacudió la toalla y salió al camino de tierra que acababa en un paseo bordeado de árboles. Caminaba lentamente, pensando en todo y nada a la vez. El viento, suave y cálido, le pegaba la camiseta blanca al cuerpo. Era tranquilizador, en cierta manera. ¡Ojalá el viento se llevara todo lo malo de su vida lejos, muy muy lejos!

Llegó a casa bastante más relajada y dispuesta a hablar con su madre si ella se sentía con ánimo para hacerlo. Idaira estaba sentada viendo la televisión, un programa de esos de cotilleos en el que gritan mucho y no dicen nada. A Klara le sorprendió bastante, como todo lo relacionado con su madre últimamente, pero la veía tranquila, así que no quiso incomodarla preguntando por qué lo veía.

Idaira miró a Klara y, con unos golpecitos, le señaló el sofá y le pidió que se sentara a su lado. No sonreía y casi enseguida se puso a hablar.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —Idaira frunció los labios y movió la cabeza con un suave movimiento afirmativo cuando exclamó—: ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Te hablaba de la casa. ¿Te he explicado que nadie hablaba?

—Sí, mamá, me explicaste que Klaus se encargó de la construcción de la casa y que nadie

hablaba de ello.

—¿Alguna vez has pensado o te has dado cuenta de que nunca hemos pasado apuros económicos? ¿Que yo tengo una pensión no demasiado elevada y que con lo que cobro no podría pagar a Rosario? Y, sobre todo, ¿cómo la abuela, la que se suponía era una viuda en la posguerra, podía tener una casa en un buen barrio de Las Palmas de Gran Canaria, otra casa en Tenerife, más la que tenía aquí? Y con mucho terreno, además.

—Mamá, que a Rosario le pago yo, no tienes que preocuparte por eso; además, ahora vivo aquí y compartiremos los gastos... ¡Espera! ¿Qué significa, que somos ricas y eso también lo desconozco? Nunca me he parado a pensar en cómo era posible que la abuela tuviera tres casas... O, más bien, sí que alguna vez lo he pensado, pero no le daba importancia; para mí, que la empresa de encajes le fue muy bien y ya está.

—Pues sí, le fue muy bien, pero verás: en la época franquista, las mujeres no podíamos tener un negocio sin la firma del marido, padre o algún familiar del género masculino y de confianza que firmara con nosotras. Era demencial, ni siquiera podíamos tener una libreta en el banco solo a nuestro nombre. Como si fuéramos unas tontas que no sabíamos manejar el dinero, mucho menos un negocio, sin un hombre a nuestro lado.

—Sí, esto lo sé. Solo servíais para tener la casa limpia y llena de niños. Conociendo a la abuela, eso no debió llevarlo bien.

—No lo llevó nada bien. Era muy inteligente, con muchas inquietudes, siempre dispuesta a aprender; a veces creo que la isla se le quedaba pequeña. Vino al mundo en el tiempo equivocado. Cuando ella nació, la mayoría de mujeres no acababa el colegio, incluso algunas eran analfabetas. No tenían por qué aprender a leer o escribir, no era necesario para limpiar, cocinar o dar a luz.

—¡Madre mía! ¿Y no se sentía atrapada?

—Hubo un tiempo en que sí, durante la Guerra Civil. Después conoció a Klaus y me tuvo a mí. Ella amaba esta isla, no lo dudes, jamás la habría dejado. Aquí conoció al amor de su vida y durante un tiempo pensó que él volvería, aun sabiendo que era imposible.

—Sé que la posguerra fue un tiempo de penurias, pero como siempre he visto a la abuela contenta y sonriendo, no me la imagino pasando por tiempos difíciles.

—No sé si ya te lo he dicho, pero la juventud y la edad adulta de la abuela fueron extremadamente difíciles y, a veces, hasta sintió miedo. Lo escribió todo en sus diarios. Esta noche te dejaré para que los leas, aunque si tienes esa excursión del Gran Tour, quizá deberías leerlos mañana, cuando vuelvas.

—No sé, quizá lea un poco y...

—¿No tienes el Gran Tour, verdad? —Idaira la interrumpió con una media sonrisa y una mirada dulce.

—No, mamá...

—Es la Casa Winter, ¿verdad? No pasa nada; ve, mira, observa. Intenta impregnarte de sensaciones, no pienses, no juzgues, solo déjate llevar.

—Gracias, mamá, no quería que te alteraras y por eso te he mentado. Haré como tú dices, pero desde luego que no la veré igual que la primera y única vez que he ido hasta ahora. Me pareció bonita y el lugar salvaje me encantó, tuve buenas sensaciones. Ahora tengo miedo, no sé cómo voy a reaccionar mañana sabiendo lo que sé.

—Estás predisposta, Klara, ¡así no! Intenta ir con la mente limpia y abierta, de lo contrario sí que lo pasarás mal. Es una casa, Klara, solo eso.

—Una casa construida y utilizada por nazis.

—¿Y? Muchas personas visitan los campos de concentración como una forma de homenaje o una manera de no olvidar, cada cual tiene sus motivos. El que sea algo que no tiene que volver a repetirse no significa que tengamos que borrarlo de la historia.

Klara se quedó pensativa. ¿Cómo podría ir con la mente limpia y abierta, como decía su madre? ¡Si tenía la mente hecha un lío!

—De acuerdo, mamá. De todas maneras, tengo que ir, así que intentaré seguir tu consejo.

—Nos hemos ido mucho del tema que te quería contar, pero mejor lo dejamos para mañana. Últimamente no hago mucho y siempre estoy cansada.

—No hay prisa, mamá, me encanta hablar así contigo, pero no quiero que te agotes; si un día no quieres hablar, ya hablaremos al siguiente. Mientras tanto, yo leeré los diarios de la abuela, ¿te parece bien?

—Sí, pero lo del agotamiento me preocupa, es algo que preguntar al médico, no quiero que me deis pastillas que me dejen atontada. De verdad que yo no noto nada, recuerdo cosas y personas, sé ir a las tiendas o a la playa. A veces pienso ¿y si se han equivocado?

—Lo preguntaremos, mamá, no te preocupes. ¿Ahora qué quieres hacer? ¿Leer, ver la tele?

—Me voy a acostar un rato hasta la hora de cenar. No tengo mucha hambre, no te compliques con la cena, una tortilla y un poco de queso será suficiente para mí.

Klara miraba a su madre mientras esta iba hacia su habitación. Ella también había llegado a pensar que se habían equivocado en el diagnóstico, los últimos días estaban siendo buenos. Pero no normales, eso tenía que asumirlo. Su madre tenía alzhéimer y punto.

Se levantó, se estiró y se fue al jardín a regar las plantas. Le encantaban, daban al patio un aroma y frescor indescriptibles. El patio, o jardín, como ella prefería llamarlo, era de planta cuadrada; en la parte que daba al norte tenían monstera en grandes maceteros; en la sur, aves del paraíso y coleos; en la pared que daba al este habían hecho un parterre que tenían lleno de plantas de flor de un día, rojas, naranjas y blancas. Habían dejado el lado oeste para poner un banco, sillas y una mesa en la que cabían ocho personas cómodamente, diez algo más apretadas.

Mientras desenrollaba la manguera y veía brotar el agua, pensó en que ojalá fuera así de fácil deshacer el enredo que era su mente, para que, al igual que el agua, pudieran brotar libremente las soluciones a todos sus problemas.

Se entretuvo más de lo que había pensado en el jardín, cuando se dio cuenta ya eran las nueve y media pasadas. Se quitó las *cholitas* que utilizaba para regar el patio, las dejó al lado de la alfombra que tenían en la puerta de entrada y se fue directa a la cocina. Desde allí, y mientras batía los huevos para la tortilla, escuchó a su madre, que le dijo que no quería levantarse. Klara la notó algo enfadada, dejó el bol con los huevos a medio batir y fue a verla.

Entró lo más silenciosamente posible a la habitación; aun así, eso molestó a su madre. Klara no podía con estos cambios de humor, la ponían muy nerviosa. Pero sin duda era algo a lo que tendría que acostumbrarse, así que muy suavemente le dijo que le traería la cena a la cama; pero, al parecer, eso la alteró aún más, ya que gritando le dijo que no era una enferma y podía levantarse cuando quisiera. Acto seguido y para demostrarlo, se levantó y, con la cabeza bien alta y más dignidad que una reina, de aquellas de la antigüedad que usaban vestidos largos y polisón, se fue hacia el comedor, sentándose muy derecha en una silla.

Klara no sabía si reír o llorar. Cenaron en silencio y después su madre insistió en recoger la mesa y la cocina, pero nada más comenzar cambió de opinión y se sentó en el sofá a ver una película. Su mirada desafiante parecía decir: dime algo si te atreves, cambiaré de opinión cuando me dé la gana.

Evidentemente, Klara no dijo nada; recogió y limpió todo. Después fue a sentarse en el sofá, pero se lo pensó mejor y acabó sentándose en el sillón. Habían hablado dos veces del pasado y las dos veces su madre se había alterado, estaba claro que no le sentaba bien. Cuando se encontrara mejor le propondría no hablar del tema, o al menos, hablar por las mañanas los días que ella tuviera fiesta, así no se cansaría tanto. Tenía que ser duro para su madre tener el padre que tuvo.

CAPÍTULO 4

2007
Jandia
Idaira

A la mañana siguiente, nada más levantarse, fue a ver a su madre, que también se había levantado ya y estaba revolviendo en su armario. Había ropa, calzado, bolsos... Todo tirado por el suelo. Klara volvió a preocuparse, su madre había sido siempre una mujer muy ordenada, casi rayando en la paranoia. Cuando ordenaba su armario, lo sacaba todo y lo ponía encima de la cama, decía que así veía mejor lo que tenía, lo que tiraría y lo que no.

Al ver esos montones de ropa en el suelo, a Klara se le volvió a poner un nudo en el estómago. Su madre estaba tan concentrada en sacar y tirar prendas al suelo que ni la había oído entrar.

—¿Mamá? —Klara habló muy bajito para no asustarla—. ¿Va todo bien?

—Hola, Klara, estoy buscando algo que quiero enseñarte y no lo encuentro. Son unas libretas, ¿sabes?

—¿Las libretas de la abuela? —Idaira hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Estaba entre triste y enfadada—. Ya me las has dado, ¿recuerdas? Estaban en el baúl de la abuela, mira, justo aquí —dijo mientras levantaba la tapa.

Idaira miró confusa dentro del baúl, pareció que no estaba suficientemente convencida así que Klara fue a su habitación y volvió con las libretas.

—Mira, ¿ves? Son estas.

Idaira cogió las libretas con sumo cuidado, acariciándolas incluso.

—Sí, son estas, pero hay más. —Desvió la mirada hacia el suelo, a los montones de ropa—. He hecho un buen estropicio, ¿eh? No te preocupes, lo recojo ahora mismo. Más tarde buscaré las libretas que faltan.

—Mamá, están todas en el baúl. Hay que sacar todo lo que hay guardado y abajo del todo hay un doble fondo; allí están las libretas. Vamos a sentarnos, después recogemos todo esto y sacamos las libretas.

—De acuerdo, pero últimamente estás muy mandona, Klara. Aún soy tu madre, no lo olvides —dijo con mirada fulminante para acto seguido salir de la habitación.

Que Klara recordara, nunca había visto esa mirada en su madre. Siempre había pensado que era una persona analítica, que con un solo vistazo era capaz de asimilar todo lo que había en una habitación, incluido el estado de ánimo de las personas que había en ella, y actuar en consecuencia. Rápido y sin errores.

Con un suspiro salió de la habitación en busca de su madre. La encontró sentada en el jardín, muy tiesa y con las facciones endurecidas; estaba enfadada, muy enfadada. Escuchó entrar a Klara, pero no se giró, ni le habló. Se limitó a alzar un poquito más la barbilla y a apretar mucho los labios.

Klara volvió a suspirar y se sentó, no al lado, pero sí cerca de ella. Tendría que acostumbrarse a sus cambios de humor. Le gustaría tener más información sobre esta enfermedad, las preguntas la sacudían cuando veía un cambio en su madre. El doctor Ferragut le había explicado muchas cosas, pero no todas y, al parecer, las demás enfermedades de su madre no ayudaban mucho. Su cardiopatía la dejaba agotada, la diabetes difícil de controlar la mareaba.

Decidió preparar un té para las dos, a ver si con eso se calmaba algo y podían hablar. Le gustaba tanto cuando su madre hablaba con ella. Tenía la sensación de que nunca habían hablado como ahora. Cuando era pequeña se limitaba a decirle lo que estaba bien o mal; cuando era adolescente a decirle que tuviera cuidado con los chicos. Ya de más mayor, si estaba segura de la carrera que iba a hacer.

Todas las conversaciones con su madre habían sido más bien un «esto sí, esto no». «¿Seguro que quieres hacer eso?». «Si estudias, tendrás un buen trabajo, pero con la carrera que has elegido no». Más que conversaciones eran una especie de guía de vida. Estaba segura de que su madre lo hacía por su bien, pero le habría gustado una conversación de mujer a mujer.

Y no era que su madre fuese parca en palabras, al menos, con su marido no lo era. Siempre tenía algo que decirle, importante o no, pero con él no callaba. Parecía revivir cuando su marido entraba en casa. ¿Por qué con ella no había sido así? Suponía que en los diarios de su abuela encontraría las respuestas. Al menos, eso esperaba.

Acabó de preparar el té mientras su mente daba tantos saltos de un tema a otro que Klara temía volverse loca. Eran muchos pensamientos agolpándose en su cabeza. Tan oscuros, confusos y tristes que la debilitaban. Y ella odiaba sentirse así.

Creía conocerse, y siempre había pensado que era un término medio entre la frenética y caótica actividad de su abuela y la tranquilidad y método con que su madre hacía las cosas. Lo cual era perfecto, era una mujer activa y sensata.

Pero ahora no estaba segura; el cansancio y la preocupación la estaban dejando sin fuerzas. Y lo que quizá más le preocupaba era que no sabía qué hacer, le era imposible pensar con claridad.

Haciendo equilibrios con la bandeja del té, había llenado demasiado los vasos altos, volvió a entrar en el jardín. Idaira continuaba sentada en la misma silla en la que la había dejado, pero ahora su aspecto era diferente; no parecía enfadada, más bien estaba en otro mundo. Klara no sabía si las escenas que estaba recordando eran reales o producidas por su mente enferma.

Decidió sentarse cerca y ponerle el vaso de té frío al alcance de la mano. Idaira miró el vaso, por lo que Klara pensó con alivio que no estaba desorientada, sino ensimismada en sus recuerdos.

Estuvieron largos minutos así, Idaira mirando a la nada y Klara esforzándose para que no se le notara la preocupación que sentía. Las dos bebían el té a pequeños sorbitos, temerosas, una de desatar la ira y la otra de no ser capaz de expresar sus miedos, su vergüenza.

La mañana pasaba lenta, con densos silencios, tan calladas que el sonido del teléfono las sobresaltó. Idaira se levantó diciendo «ya lo cojo yo». Klara se quedó donde estaba intentando oír a su madre, que estaba hablando en el comedor. Quería saber si hablaba con un médico o no, aunque a esas horas no era probable que la llamaran para concertar una cita. La escuchó reír, una risa corta, contenida, por lo que dedujo que estaba hablando con Conchi. Cayó en la cuenta de que no hablaba con ella desde el día anterior. Se levantó y fue a pedirle el teléfono a su madre, pero ya había colgado.

—¿Has colgado, mamá?

—Sí, Klara, Conchi dice que si no es molestia pasa ahora un ratito, su marido acaba de llegar y se quedará con los niños. Esos pequeñajos son muy simpáticos, ¿verdad?

—Pues sí, y algo traviosos también. Voy a hacer más té por si a Conchi le apetece.

—Bah, yo de ti le ofrecería una cerveza, se la merece después de estar toda la mañana con esos monstruitos.

—Ja, ja, ja, quizá tengas razón.

La melodía del timbre sonó en ese momento anunciando la visita. Klara abrió la puerta y Conchi

entró como una exhalación, con sus rizos volando en todas direcciones y diciendo algo así como: «¡no puedo más, no puedo más!».

Ante esto, Klara miró a su madre; le preocupaba que la entrada huracanada de Conchi la alterara de alguna forma, pero no, al contrario, su madre la miraba con una sonrisa beatífica en la cara.

—Conchi, ¿ya se han calmado tus pequeños? ¿Te han dejado bonita la pared?

Ante la cara de estupor de Conchi, Idaira se explicó.

—Conchi, te has dedicado a regañar a tus hijos a gritos. Tan fuertes que los escuchaba desde aquí. Al parecer, te han pintado una pared, destrozado plantas y roto un par de figuras. ¡Oh! Y también han saltado encima del sofá —acabó diciendo Idaira, con una sonrisa no tan beatífica como antes.

—Es verdad, ¿cómo has podido gritar tanto? —exclamó Klara.

—¡Eh! Que a ti ni se te escuche no significa que yo no pueda gritar. Además, mi casa está al lado de esta, ¿recuerdas? Solo nos separa el jardín. ¿Tienes una cerveza? La necesito.

—Ya te la traigo yo —dijo Idaira mirando a Klara, como diciendo «¿ves? Te lo dije».

Ya con la cerveza en mano salieron las tres al jardín. Conchi, muy alterada al principio y más tranquila después, explicó al detalle las travesuras de sus hijos. Al parecer, los niños se creían pequeños Picassos y se habían dedicado a pintar con rotulador toda una pared del comedor. Habían roto «un par o seis» plantas cuando les dio por recrear la selva, mientras saltaban del sofá al suelo para cazar cocodrilos.

—En fin, que sí, que la imaginación de los niños es estupenda y todo eso, ¡pero tengo unas ganas de que llegue septiembre para que vuelvan al colegio! No lo sabéis bien: terribles, son terribles. Y ahora, cuando llega su padre, se portan bien. Y me dice: «Conchi, eres muy exagerada, son niños, tienen que jugar. Mira que tranquilos están». ¡Sí, claro, coño! Como que ya están cansados. Después le enseño la pared y me dice muy serio: «Pues la combinación de colores no está mal. Queda muy bonito. ¿No crees?». ¿No creo, no creo? ¡Pues claro que no, joder! ¡Que han pintado la pared con rotulador!

—Conchi, mira, son cosas que pasan. Entiendo que estés nerviosa, pero son niños, ya se les pasará la vena creativa y se liarán con otras cosas. —Idaira estaba en plan beatífico ahora.

—¿Y si les haces limpiar la pared? Tú ensucias, tú limpias. No sé, algo así. Más adelante se lo pensarán antes de hacer otro estropicio.

Klara intentaba parecer seria, pero la verdad es que Conchi era tan expresiva, movía tanto las manos y la cabeza para hablar, que casi casi podía ver todo lo que explicaba. Como si fuera una película.

No mucho rato después, Conchi se marchó alegando que tenía que hacer la cena para los Pequeños Tiranos y El Gran Blandengue. Así los llamaba cuando sus hijos hacían travesuras y el papá era incapaz de regañarles. Había mucho amor en esta familia, aunque a veces, en días como hoy, a Conchi le apeteciera irse a una isla desierta sin nada más que una botella de agua.

Klara preparó la cena poco después; como siempre, algo ligero, no solían comer mucho por la noche. Además, Klara se había dado cuenta de que si su madre comía más de la cuenta, y a pesar de la medicación, descansaba peor y casi no dormía.

Cenaron en medio de un ambiente algo más relajado que antes de la llegada de Conchi, hablando de todo y nada. La que más hablaba era Idaira; estaba cansada, como siempre últimamente, pero era un cansancio físico. Esta noche su mente bullía de actividad. Tanta, que pasaba de un tema a otro en cuestión de segundos, por lo que a Klara se le dificultaba entender algo de lo que le decía. Hablaba de antiguos conocidos y un segundo después hablaba de decoración, plantas, o cómo

había subido el precio de todo. Un galimatías difícil de entender. Klara acabó por asentir y sonreír, desistiendo de intentar comprender algo.

Justo cuando estaba recogiendo la mesa y mientras Idaira estaba en la cocina, sonó el móvil de Klara. Guardó el mantel en el cajón y fue a cogerlo, pero ya habían colgado. Miró la pantalla y se quedó con la boca abierta cuando vio el nombre de su exmarido en ella. Durante unos segundos se mantuvo así, dudando si devolverle la llamada o no. La duda se resolvió por sí sola cuando su exmarido la volvió a llamar.

—Hola, ¿por qué me llamas? ¿No te dejé bien claro que no asistiré a tu boda? —Finalmente, Klara decidió contestar la llamada, pero no pensaba ponérselo fácil.

—Vamos, Klara, ¿no podemos llevarnos algo mejor? Solo quiero hablar contigo. Te aprecio, aunque tú no te lo creas. Por eso, te pido que, por favor, nos veamos. He vuelto de París hace unos días y hay algo que quiero decirte antes de mi boda. No podemos acabar así. No te lo mereces.

—De todo lo que has dicho, lo único cierto es lo de que no me lo merezco. Quiero, quiero... Has dicho esa palabra dos veces en... ¿Qué? ¿Medio minuto? Y lo que yo quiero no importa, ¿verdad?

—¡Klara, por favor! Claro que importa, es por eso por lo que quiero, necesito, hablar contigo. ¿Quedamos en nuestro bar? Si ya has cenado podemos tomar una copa.

—¿Pero es que quieres quedar ahora? Llevas días en la isla, según tú, y quieres quedar ahora. No mañana o cualquier otro día que a mí me vaya bien, no, ahora, ha de ser ahora. Bien, ¿pues sabes qué te digo? Que en una hora en nuestro *antiguo* bar.

Idaira, que estaba apoyada en el marco de la puerta escuchando la conversación, con el trapo de cocina apoyado en el hombro, movió la cabeza negativamente y se decidió a preguntar.

—¿Vas a ir? ¿Qué crees que quiere?

—No lo sé, mamá. Es por eso por lo que voy a hablar con él. No me apetece nada, pero sé que si no lo hago no podré dormir preguntándome qué quiere. Te ayudo con la cocina y me voy. ¿Estarás bien?

—Por supuesto. Solo estoy cansada, pero eso se arregla metiéndome en la cama. Si cuando vuelvas estoy dormida, no te preocupes y despiértame si necesitas hablar. ¿Ya sabes qué te vas a poner?

—No es una cita, mamá, iré tal cual estoy ahora. Vamos, te acompaño a tu habitación.

—Klara, no puedes ir así. Cámbiate, ponte ropa bonita y maquíllate. ¡Que se le caigan los mocos al ver lo que ha perdido!

—Llevábamos más de diez años casados. ¿No crees que ya sabe lo que se ha perdido? Además, no quiero que crea que intento rescatarlo si me ve llegar demasiado arreglada.

—Bueno, si le dices que sea rápido porque después tienes otra cita, no solo se le caerán los mocos, sino que se pondrá verde de envidia.

Klara no podía creer lo que estaba diciendo su madre. ¡Y con una mirada maliciosa, además!

—De acuerdo, haré una cosa: no iré tal como estoy vestida ahora, pero tampoco iré despampanante. Me pondré unos tejanos, camisa blanca y tacones. Maquillaje suave, un colgante y listo.

—Como quieras, Klara, como quieras. Solo era un consejo, una idea para hacer que se le cayeran los calzoncillos al suelo —dijo entre risas mientras se sentaba en la cama.

—Ay, mamá, cómo me gusta cuando hablamos así.

Klara la miraba con ternura, deseando tener muchos más momentos como estos. Sabía que no era posible, pero aun así lo deseaba.

—Va, Klara, ve a arreglarte. Tranquila, que yo estaré bien —dijo Idaira mientras se ponía el camisón y se metía en la cama.

—Antes de irme pasaré a ver si necesitas algo. Te dejaré el móvil en la mesita. Llámame si necesitas algo.

—Que sí, Klara, que sí. Anda, vete.

Idaira ya estaba cerrando los ojos.

Klara se fue a su habitación, cogió la ropa que pensaba ponerse y se dio una ducha rápida. Se maquilló en un momento, solo máscara de pestañas, algo de color en las mejillas y un brillo de labios. Con los tacones en una mano fue a la habitación de su madre, que ya estaba durmiendo tranquilamente, le dejó el móvil en la mesita de noche y volvió a salir en silencio. Cogió el bolso que había dejado en el comedor y ya en la puerta se colocó los zapatos de tacón.

Mientras conducía hacia Puerto del Rosario, iba pensando en qué es lo que querría decirle su exmarido. No se habían separado en los mejores términos. Ciertamente le había cedido su parte de la empresa, Klara estaba segura de que a causa de la culpa que sentía, pero era en lo único que habían estado de acuerdo. Y eso que no habían tenido hijos. Pelear por un piso, que era lo de más valor que tenían en común, aparte de la empresa, había sido agotador. Él quería venderlo y ella quedárselo pagándole a él la mitad del valor que estipulara un tasador. Su exmarido no entendía por qué quería quedarse el piso, pero para ella era muy importante; había puesto todo su esfuerzo, creatividad y amor en crear un hogar para los dos, y no podía ni quería echarlo por la borda. Aún recordaba todas las revistas de decoración que devoraba en busca de ideas, las horas que dedicaba al día para mantenerlo limpio. Era su hogar, su templo. Y él lo había mancillado.

Aparcó en una zona cerca del bar al que solían ir los domingos a desayunar. Era un bar restaurante con una decoración que ella llamaba limpia: paredes blancas, mesas claras y cuadros de colores suaves. Era muy relajante y a ella le encantaba. Odiaba los restaurantes en los que solo se veía madera oscura por todos lados, carteles publicitarios de bebidas a modo de cuadros y taburetes de *skay* negro. Además, se comía muy bien y el personal era encantador. Siempre le guiñaban un ojo al servirle el café.

Varias cabezas, todas masculinas, se giraron al entrar ella. Siguieron con la vista su andar elegante hasta el final de la zona de mesas, donde estaba sentado su exmarido. Las miradas eran apreciativas, pero Klara no reparó en ello. Solo podía mirar hacia donde estaba su ex. Sentado solo, con las mesas de alrededor también vacías. «Mejor —pensó—, así nadie escucharía las lindezas que tenía pensado decirle a ese cerdo».

Marcos se levantó al acercarse Klara, le apartó la silla para que se sentara y le preguntó educadamente qué le apetecía tomar.

—Un té verde con menta. Gracias.

Marcos pensó que no era una bebida adecuada a la hora, al lugar, ni a nada, en realidad. Pero no se lo dijo. Solo esbozó una ligera sonrisa y esperó a que llegara el camarero para pedir.

—Un té verde con menta y un *gin-tonic*, por favor.

Mientras el camarero se retiraba, Marcos se arrellanó en la silla y, mirándola, abrió la boca para hablar, pero rápidamente la cerró. Tan claro que había tenido lo que quería decirle y ahora no sabía por dónde empezar. Volvió a abrir la boca, pero en lugar de palabras salió un sonido medio suspiro, medio quejido.

—Tengo prisa, ¿sabes? No puedo estar aquí perdiendo el tiempo mientras veo como abres y cierras la boca como si fueras un pez. Adelante, habla. Ya no va a sorprenderme nada de lo que digas o hagas, ¿no crees?

—Está bien, Klara, empecemos.

En ese momento llegó el camarero con las bebidas y suspiró con alivio por el breve momento de respiro que le proporcionó. Aún no sabía cómo empezar.

—¿Y bien? —dijo Klara cuando el camarero se retiró.

—Te he hecho daño, Klara, lo sé. Pero no todo es culpa mía. No, por favor, no me interrumpas —dijo cuando Klara abrió la boca para contestar—. Como te decía, te he engañado, sí, pero ¿te has preguntado por qué? Quizá te sorprenda lo que te voy a decir, pero créeme, es por tu bien. No te das cuenta de la imagen que ofreces, tan rubia, tan alta, con esos ojos azul hielo, una diosa nórdica. Hasta el nombre lo tienes. Cualquiera se mataría por derretir ese hielo, esa frialdad que transmite tu físico. Me sentí tan honrado cuando te fijaste en mí... Cuando te invité a salir y aceptaste me sentí el hombre más afortunado del universo.

—Por favor...

—Klara, tengo que decirte esto, por favor, escúchame.

Klara asintió con la cabeza, pensando que o su ex se había vuelto loco o quizá la zorra francesita lo había poetizado un poco.

—Bien, es cierto, Klara. Me sentí feliz de que quisieras salir conmigo. Al principio, pensé que tus reservas a un acercamiento verdadero se debían a tu timidez. Cuando fueron pasando los meses y vi que continuabas igual, pensé que quizá necesitabas más tiempo. Tenía tanto miedo a perderte que te pedí matrimonio. Con la esperanza que te convirtieras en una persona cálida. Pero eso nunca sucedió.

—¿Cómo? ¿Pero te das cuenta de lo que estás diciendo? —Klara interrumpió bastante alterada—. ¿Cómo te atreves? Me engañas, me la pegas con otra y tu excusa es ¿que soy fría? Eres un cabrón, tú me has engañado, tú eres el culpable, no yo.

Klara temblaba de rabia, momento que aprovechó Marcos para continuar.

—Soy culpable de eso y mucho más. Pero en una relación no es uno solo el que falla. Sí, al principio nuestra vida sexual era muy... amena, por decirlo educadamente. Pero con el tiempo eso pasó. ¿No te dabas cuenta? Al final, nuestra relación era más parecida a compañeros de piso con derecho a escarceos ocasionales que a un matrimonio. Parecíamos una empresa, lo tenías todo completamente organizado. Incluso te hiciste una lista de cosas que limpiar cada día. Los lunes esto, los martes lo otro. Me asignaste tareas del hogar que tenía que hacer el día indicado. Y así con todo.

—¿No se te ocurrió pensar que, trabajando los dos, era la manera más eficaz de tener el piso limpio y ordenado? ¿Y en serio crees que yo me voy a creer que te tiraste a otra solo porque soy organizada? ¿Piensas que soy idiota?

—No, Klara, nunca jamás he pensado eso. Eres increíblemente inteligente. Quizá demasiado para tu bien. Lo que quiero que entiendas es que yo no me sentía querido. Llegábamos a casa de trabajar y, o había que hacer la compra, o limpiar o cualquier otra cosa. No nos sentábamos a hablar. Y si lo hacíamos era sobre la empresa. O sobre qué electrodoméstico se había estropeado y era necesario reemplazar. Me habría gustado sentarme en el sofá, con mi brazo sobre tus hombros y ver una película, o leer el periódico mientras tú te apoyabas en mí. Y no llegar a casa, recoger, limpiar, hacer la cena, cenar y, con suerte, algo de sexo antes de dormir. Eso no es vida, no es vida para mí, Klara. Necesito intimidad, saber que la persona con la que comparto mi vida me apoyará en caso de necesitarlo, que le puedo contar mis anhelos y mis dudas, mis deseos. Y que, a la vez, esa persona se abra a mí de la misma manera. Sin secretos. Eso para mí es un

matrimonio, Klara. Y he fallado. No he sido capaz de penetrar en ti, hacer que te abras a mí. Creo que nunca me has amado, Klara.

Dio un trago a su *gin-tonic*, lo necesitaba, había sido capaz de decírselo, de vaciarse, de sacar de su interior todo lo que le corroía.

Klara no daba crédito a lo que oía; también bebió el último sorbo de su ya frío té antes de espetarle:

—O sea, que ahora, además de fría, soy un robot. Cuánta tontería para deshacerte de la culpa por lo que me hiciste. Me voy, y supongo que está de más repetirte que no voy a ir a tu boda. Gracias por el té —dijo mientras se levantaba de la silla.

—Por favor, Klara, siéntate. No te estoy culpando de nada. Solo te estoy diciendo cómo veía yo nuestro matrimonio y por qué acabé haciendo lo que hice. No quiero culparte a ti, el que mintió fui yo. Pregúntate: ¿me has amado alguna vez? ¿O solo me has querido? Hay una gran diferencia.

—¿Crees que me hubiera casado contigo de no amarte? Por supuesto que te amaba.

—Si yo hubiera muerto, ¿se habría hundido tu mundo? ¿Habrías podido volver a ser tú misma? Tus padres se amaban, Klara, el mundo de tu madre se hundió cuando murió tu padre. En nuestro caso, ¿habría pasado lo mismo?

—Eso es una gilipollez, ¿cómo quieres que lo sepa? Pero si tanto te interesa, muérete ahora mismo y lo compruebo.

—Vamos, Klara, estoy hablando en serio. Quizá he puesto un ejemplo algo macabro, pero solo tienes que pensar en qué sentiste cuando supiste que te engañaba. Eso te dará la pista.

—Si lo que querías era decirme cómo te sentías en nuestro matrimonio y así volverte a casar con la conciencia tranquila, ya lo has hecho. Así que adiós.

Otra vez volvió a levantarse para volverse a sentar, cuando Marcos le dijo algo que no supo cómo debía tomarse.

—Solo quería ser completamente sincero contigo. Y decirte que siempre te querré, que me tendrás para lo que necesites. Y, sobre todo, que lo que más deseo es que encuentres a ese hombre que te llegue al corazón. Que sepa entenderte y amarte como yo no he podido o no he sabido hacerlo. Entonces serás completamente feliz. Eso es lo que más deseo.

—Bien, ya has sido sincero y me has dicho todo lo que querías, otra vez gracias por el té. Que seas feliz.

Esto último le costó decirlo, pero pensó que sería una manera de demostrarle que sí tenía sentimientos y le deseaba que fuera feliz con la francesita. Y en algún lejano, pero que muy lejano momento, a lo mejor era cierto.

Salió del bar restaurante con la misma elegancia con la que había entrado, se metió en su coche y se dirigió a su casa. Cuando ya llevaba unos kilómetros recorridos se paró en el arcén. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Marcos la había hecho parecer alguien carente de sentimientos, más parecida a un robot que a una persona. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Por qué, en lugar de engañarla, no había hablado con ella? Él era el que había traicionado, engañado.

¿Y qué era esa tontería de encontrar a un hombre que le llegara al corazón? Como si una persona no pudiera vivir sola. Como si ella necesitara un hombre para ser feliz. ¿En qué época vivía? ¿En la cuaternaria? Este último pensamiento le dio la fuerza y energía necesaria para secarse las lágrimas de un manotazo, volver a arrancar y conducir hasta casa de su madre.

Cuando llegó la casa estaba a oscuras y en silencio. Abrió la puerta y se quitó los zapatos en el pequeño recibidor para no hacer ruido, fue a la habitación de su madre y comprobó que continuaba durmiendo plácidamente. Sobre la mesita de noche vio un papel doblado por la mitad.

Lo cogió, pero en la oscuridad no pudo ver qué ponía. Se fue a la cocina, encendió la luz y vio lo que su madre había escrito.

«En el armario de tu habitación. También hay un escondite. Si me olvido, recuérdame!».

Volvió a la habitación de su madre y dejó el papel donde estaba. Ahora era incapaz de lidiar con más problemas y misterios. Al llegar a su habitación se desnudó, dejando la ropa tirada por el suelo, algo impensable en ella. Se acostó directamente sin desmaquillarse y sin ponerse el pijama.

CAPÍTULO 5

1943
Morro Jable
Klaus

Tumbado en la estrecha cama y mirando la negra noche por la pequeña ventana, Klaus pensaba en María con una sonrisa en el rostro. María era especial, a pesar de su juventud le había enseñado mucho. Tenía una mente ágil y abierta, con facilidad para la improvisación. Justo lo que le faltaba a él, que lo organizaba todo al milímetro. Eran el uno para el otro. Él lo había sabido desde la primera vez que la vio, ella tardó un poco más; no era fácil confiar en un alemán.

Y era lógico, había muchas habladurías en la isla, a pesar de que los alemanes prácticamente no se mezclaban con los isleños. Pero era inevitable que las hubiera, se construyó una valla que separaba la península de Jandia del resto de la isla, echaron a los habitantes de Cofete, los pescadores habían visto submarinos, y un largo etcétera que hacía que la gente cuchicheara. Lo bueno de esta isla, al menos para sus intereses, es que pasaba desapercibida para el mundo.

María, finalmente y a pesar de todo, confió en él. No podían verse mucho, él pasaba muchos días seguidos en la Casa Winter y ella vivía en Morro Jable. La distancia no era excesivamente grande, pero el camino era casi impracticable, y se tenía que hacer en burro o camello. Por suerte, los prisioneros del campo ya tenían casi terminada la pista para poder usar un vehículo. Además, se veían a escondidas; los padres de María la habían advertido de que tuviera cuidado con los alemanes, que la casa que estaban construyendo se iba a utilizar para descanso de los oficiales nazis y que ese descanso significaba emborracharse y practicar orgías con las jovencitas de la isla, quisieran ellas o no. Esta y otras parecidas eran las habladurías que corrían por la isla.

Mañana por la noche, al fin, se verían. La había echado terriblemente de menos durante los dos meses que había pasado en el Caribe, en la isla Darby, visitando la casa o, más bien castillo, que un *lord* inglés, afín a la causa nazi, les dejaba usar como base para sus submarinos. Cuando la maldita guerra acabara la llevaría, no a esa isla, por supuesto. El Caribe estaba salpicado de islas con frondosa vegetación, pequeños pueblos de pescadores y maravillosas playas, casi tan bonitas como las de Fuerteventura. Estaba seguro de que a María le encantaría. Estaba ansiosa por viajar y ver mundo.

¿Se enfadaría María cuando le dijera que en un mes viajaría otra vez a Alemania? Tenía muchos planes para su vida en común y eso requería, al menos, un viaje más. En su cabeza estaba todo perfectamente organizado y, aunque no sería fácil, su padre pondría el grito en el cielo, podría lograrlo. Si María se enfadaba, se le pasaría en cuanto le explicase el motivo de su viaje.

Deseaba estrecharla entre sus brazos otra vez, oler su cabello y escuchar su risa cristalina. Ver como sus brillantes ojos lo miraban con amor y sus labios lo besaban con dulzura.

María... Su amor, su alma gemela.

Klara decidió no leer esa noche; estaba nerviosa, ya era tarde y, además, quería dormir y descansar lo suficiente para el día que le esperaba. La excursión no iba a ser fácil, pero tampoco imposible. A los turistas se les enseñaba lo más destacado de la casa y, después, ellos se movían con total libertad por ella. Libertad, si no se tenía en cuenta que había puertas tapiadas y no se podía acceder al sótano.

Su mente saltó a su ex. Intentó desechar esos pensamientos, no le traerían nada bueno, al menos, de momento. Establecer prioridades, quizá era eso lo que necesitaba para centrarse. Sacó una libreta del cajón de su mesita de noche, puso las almohadas apoyadas en el cabecero y, sentándose con las rodillas flexionadas, empezó a escribir, luego a tachar y así continuamente hasta que trazó un plan con el que se quedó completamente satisfecha.

Lo más importante ahora era su madre, que se sintiera lo más cómoda posible y sin dolor. En segundo lugar, estaba el leer los diarios, intentar comprender y asumir de dónde venía y, en último lugar, estaba ella, pensar si en las palabras de su marido había algo de verdad.

Aún le quedaban algunos flecos sueltos, pero el plan de acción ya estaba definido; lo seguiría al pie de la letra y todo iría bien. Guardó la libreta y el bolígrafo e intentó dormir. Después de dar vueltas y vueltas en la cama cayó en un duermevela que no la dejó descansar en toda la noche.

A las seis de la mañana ya estaba en el jardín tomándose un café. No era muy madrugadora, pero le encantaba el aroma que a aquella hora desprendían las flores y plantas, y la quietud, esa quietud que le invadía el alma y la tranquilizaba. Con las dos manos rodeando la taza, cerró los ojos y se concentró en escuchar el viento, el sonido que hacían las hojas de las palmeras al ser mecidas por él.

Tan ensimismada estaba que no escuchó a su madre hasta que se sentó a su lado.

—Has dormido poco, Klara —Idaira le dedicó una sonrisa cansada.

—Sí, mamá, ¿y tú? ¿Qué tal has dormido? ¿Por qué no vuelves a la cama y te llevo algo de beber?

—No, estoy bien, no tengo sueño; sigo cansada, pero no puedo dormir. Y no, no te preocupes, que no es por la excursión a la que vas hoy —dijo Idaira al ver que Klara abría la boca para hablar.

—Está bien, mamá. Cuando me acabe el café me ducho, así estaré lista para cuando llegue Rosario. Y sí, solo es una casa, iré con la mente abierta.

Klara sonrió e Idaira fue consciente de que le había devuelto la pelota.

—No quiero que lo pases mal, Klara; tu abuelo no era un mal hombre, solo entendió mal el amor hacia su país. Al principio se dejó llevar por la promesa de una gran nación, de que su generación haría grande a Alemania. Durante los primeros años del nazismo, los ciudadanos solo sabían lo que el Gobierno quería que supieran. Cuando, por su trabajo, empezó a conocer qué significaba esa grandeza, qué estaban haciendo para lograrla, se sintió asqueado y cambió, llegando a traicionar todos los conocimientos que había adquirido, todos los sentimientos de orgullo y honor. Eso, para él, fue muy difícil. Piensa que era un hombre criado en la riqueza, de familia con tradición militar. Antes la muerte que el deshonor. Él eligió la vida, la vida al lado de tu abuela; conocerla a ella fue el último empujón que necesitaba para dejar todo atrás y empezar de cero. Pero la maldad no tiene límites y eso hizo que no conociera a mi padre, y ahora pienso que me gustaría haberlo hecho.

—¿Te habría gustado conocerlo? ¿Por qué?

Klara no entendía cómo su madre podía decir eso. Un nazi, ¿quién quiere conocer a un nazi?

—Durante toda mi vida lo he culpado de muchas cosas, de las mudanzas por miedo al qué dirán,

por no haber conocido a mis abuelos; pero, sobre todo, por mi madre, por el dolor y sufrimiento que veía en ella. Después naciste tú y ella pareció revivir y florecer. Siempre sonriendo, sin poder dejar de tocarte o abrazarte, eras su niña y por fin pude verla feliz. Todo gracias a ti.

—Yo siempre recuerdo a la abuela contenta y sonriendo. Jugando conmigo como si fuera una niña más —dijo Klara levantándose—. Mamá, ahora sí que ya tengo que ducharme o llegaré tarde. ¿Por qué no te vas a la cama otro ratito y así descansas?

—Estoy bien aquí, esperaré a Rosario y desayunaremos juntas. Anda, ve, no quiero que llegues tarde, cuando vuelvas seguiremos hablando. Y recuerda, no todo es tan malo como a veces nos puede parecer. Si la esencia de la persona es buena siempre prevalece; puede que haya algo que la desvíe de su camino, pero al final todo vuelve a su lugar.

—De acuerdo, mamá, te contaré mis impresiones cuando vuelva. Me ducho y me voy —dijo dándole un beso a su madre.

Mientras estaba en la ducha, intentado relajarse bajo el chorro de agua caliente, pensó que algo debía haber en los diarios de su abuela para que su madre pensase así. Dejaba caer pequeñas pinceladas de su vida, pero no le hablaba claro, lo dejaba todo en manos de los diarios. Cuando intentaba saber algo más, o se daba cuenta de que ella iba a preguntar, le decía «cuando leas los diarios lo entenderás», y otras frases por el estilo. Además, ahora se daba cuenta de que no sabía qué había pasado con su abuelo, y que tampoco le había importado. Quizá era hora de ponerse más en serio con los diarios.

Cerró el grifo y se vistió rápidamente, se lavó los dientes a conciencia y, después de un toque de maquillaje, se sintió lista para salir. Se despidió de su madre y abrió la puerta para enfrentarse a un día que, siendo positiva, sería difícil, incluso desastroso.

Puso la radio del coche en un dial de música contemporánea, lo que le permitió cantar a pleno pulmón el éxito del momento, el *hit* del verano; no es que le gustara, pero la relajaba. Bajó el volumen al llegar al aparcamiento donde estaban los Jeep que utilizarían para la excursión. Sus compañeros, todos hombres, ya estaban allí; se aseguraron de que todos sabían la ruta de recogida de los hoteles y se pusieron en marcha.

Eran cuatro Jeep los que ese día utilizarían para la excursión, cada uno conducido por un guía. Todos los turistas estaban en alojados en Costa Calma, y fue un recorrido entre hoteles bastante corto, lo que le pareció genial. Ya que tenía que enfrentarse a algo muy duro, cuanto antes, mejor.

Recogieron a los últimos excursionistas en el hotel Playa Esmeralda; era una pareja más o menos de su edad. Y no sabía por qué, pero había algo en la chica que la hizo sentirse como si ya la conociera; quizá le recordaba a Conchi, los rizos le volaban en todas direcciones igual que a ella. Sonrieron, dieron los buenos días y subieron al Jeep que les indicaron con agilidad.

Comprobaron que todo estaba en orden, se les dio algunos consejos y se pusieron en marcha, unos deseosos de ver los paisajes del parque natural de Jandia o los acantilados de vértigo; otros el faro, que se decía que era el más pequeño de Europa. Pero lo que sin duda todos querían era ver la casa Winter y comer en un típico pueblo de pescadores. De lo que Klara estaba deseosa era de que el día que acababa de empezar finalizara sin demasiados sobresaltos para su ya sobresaturada mente. Su Jeep era el último en salir y solo llevaba a tres turistas: un matrimonio y su hija de unos dieciséis o diecisiete años.

Desde el hotel salieron a la carretera que conectaba con la FV2 dirección sur, este tramo pasaba entre elevaciones cubiertas de arena dorada que el viento traía desde África, situada a unos noventa kilómetros de distancia. No había ningún tipo de edificación, solo pequeñas plantas rompían las suaves curvas y ondulaciones enmarcadas por un perfecto cielo azul.

Todas las personas que se hospedan en hoteles de Costa Calma y van por primera vez aún más al sur, se asombran de cómo puede cambiar el paisaje en solo unos metros. Es llegar al barranco del Valluelo y el paisaje pasa de dorado a diferentes tonalidades de rojo, montañas agrestes sin prácticamente vegetación. ¿Dónde mirar? ¿A la izquierda, a las bonitas playas? ¿O a la derecha, a esas impresionantes montañas? Debido a la velocidad y al ser vehículos descubiertos, por los que el aire vaga a su placer, la comunicación guía-turistas prácticamente se hace a gritos; a un volumen normal es imposible oír. De todas maneras, mientras viajaban por la amplia carretera, escuchó a la adolescente que viajaba con sus padres reírse de los nombres que veía en los carteles de la carretera según iban sucediéndose las pequeñas poblaciones y playas: Mal Nombre, Piedras Caídas, Solana, Matorral... Compuso una frase muy divertida con ellos, eso sí, al menos había que adjudicarle el mérito. Aunque nunca lo había pensado, la verdad era que le hacía gracia. Era una de las cosas que le gustaba de su trabajo, veía la isla a través de los ojos de otras personas y, en ocasiones, se sorprendía de los diferentes puntos de vista sobre algo que ella veía prácticamente todos los días y, por lo tanto, le parecía habitual. Era bueno ver las cosas desde otro prisma.

Hacia las nueve de la mañana llegaron a Morro Jable, y aquí la cosa ya se complicaba un poco, la FV2 se acaba y se circula por una carretera secundaria de Jandia: tramos con curvas, barrancos, algunos bastante profundos y áridas montañas de un rojo anaranjado, una belleza espectacular hasta donde la vista puede alcanzar. No hacen falta palabras y, de hecho, casi ningún turista habla, solo bajan del vehículo y miran, no quieren perderse la sensación de libertad que sienten en el parque natural, algunos incluso se olvidan de sacar fotos con sus cámaras. Klara vio que la última pareja que recogieron, y que iba en el Jeep de Dani, era de estos últimos. Se acercó y se ofreció a hacerles una foto, ellos se presentaron: él se llamaba Joan y ella Marta. Declinaron hacerse la foto, algo desconcertados por olvidar que llevaban una cámara, se alejaron un poco de los demás para hacer fotos ellos mismos al imponente paisaje. Marta levantó la cabeza hacia el cielo, sintiendo el sol, dejando que el viento acariciara su rostro y que sus rizos volaran detrás de ella, sin intentar colocarlos en su sitio, debajo de la cinta blanca que adornaba su cabello. Klara quería sentir ese tipo de paz.

Algunos minutos después se subieron a los Jeep y continuaron por la misma carretera hasta el desvío hacia playa Cofete. Aquí, el camino se complicaba aún un poquito más mientras atravesaban el pico de la Zarza por su parte sur y volvían hacia el norte dirección al pequeño pueblo de Cofete, en la costa de Barlovento. Si los turistas pensaban que la carretera ya no podía ser peor, se equivocaban. Las conversaciones cesaban mientras sus traseros subían y bajaban en el asiento y sus manos dejaban las cámaras para agarrarse con fuerza a las barras de sujeción. Sus semblantes denotaban alivio al llegar a la villa Winter y poder bajar del vehículo.

En este caso no fue distinto, los únicos que se bajaron de un salto, sonriendo y con cara de habérselo pasado fantásticamente bien fue la pareja que recogieron en el Playa Esmeralda. Mientras se arreglaba los rizos, Marta miró a su pareja con una sonrisa de oreja a oreja: «ha sido divertido, ¿eh?». La otra pareja que iba con ellos en el Jeep bajaron masajeándose las nalgas mientras los miraban con un movimiento de cabeza que parecía indicar «estos están mal de la cabeza».

Una vez todos reunidos en la puerta de la villa, les explicaban la historia de la casa, una historia que Klara ahora sabía que no era cierta. Después de comentar lo que se consideraba más importante, los guías entraban con los turistas para señalar puntos que podían pasar desapercibidos o contestar las dudas que pudieran tener. Era lo que Klara más temía, entrar en la

casa. Ya estaba nerviosa y aún no había traspasado el umbral. Se dio cuenta de que los turistas empezaban a entrar y que Dani la miraba extrañado.

Con pasos cortos y lentos se dirigió a la casa, llegó al patio de planta cuadrada, con una platanera que milagrosamente seguía viva, y por el cual se accede a la casa propiamente dicha. La pesada puerta de oscura madera labrada se abre a un amplio salón con chimenea. Justo delante de ella, en el suelo, había un brik de leche, lo único que hacía que la casa no pareciera deshabitada. No había ningún mueble en el salón ni en ningún otro lugar de la casa abierto a los turistas. Marta se giró hacia Dani para preguntar si podían bajar al sótano; Klara volvió a sentir el ya familiar nudo en el estómago. El sótano no se podía visitar, algunas puertas de la casa estaban cerradas, en principio, por seguridad, pero ¿sería cierto? ¿O su abuelo construyó algo que decidió ocultar? Y si así fuese, ¿por qué ocultar nada, qué mal podía hacer después de tantos años?

¿Cómo se habría sentido su abuelo, construyendo una casa en la inmensidad del Parque de Jandia, sin nadie ni nada alrededor? El impacto es súbito. Desde que conocía la existencia de su abuelo, nunca se había preocupado de los sentimientos que él pudiera tener; al contrario, si alguna vez pensaba en su abuelo, intentaba sacárselo de la cabeza. ¿A qué venía ahora tanto interés? ¿A la soledad que desprendía la casa? ¿Al salvaje mar? ¿O al excepcional paisaje?

Realmente, era un bello lugar. El color rojo de las montañas y el sonido del viento y el mar invitaban a encontrarse con uno mismo, no había distracciones, nada entre la naturaleza y el ser humano. Y, como una aparición, la imponente construcción, tan fuerte, orgullosa y bella en su decrepitud, que le provocaba una miscelánea de emociones que no sabía bien cómo encajar ni manejar.

Tendría que intentarlo, ver la casa como lo que era, una estructura. Asomarse a la terraza de atrás y contemplar el bravío océano. Pasear por los alrededores contemplando el espléndido paisaje y, lo más difícil, no pensar.

Algunos turistas se dirigieron a la terraza de cinco arcos que daba al mar. Cuando ella llegó, Marta y su marido ya salían y se iban hacia otra parte de la casa. Ella se quedó un rato más. Acariciaba la balastrada mirando al mar, nunca se había sentido tan confusa como ahora. Por un lado, sentía dolor por el estado de abandono en que se encontraba la casa, una casa que su abuelo había planeado y construido con no pocos problemas logísticos, seguramente. Pero, por otro, sabía que los rumores que siempre habían corrido por la isla eran ciertos. Entonces, ¿cómo podía sentir ese dolor por un legado así? ¿Qué más daban los problemas e impedimentos que pudo encontrarse su abuelo? Habría sido diferente si la casa se hubiese construido para algo bueno. Pero no, había sido construida al servicio del mal absoluto.

No se había dado cuenta, pero todos los turistas habían salido ya de la terraza. No le importó, ella aún no estaba lista para volver a entrar en la casa, necesitaba sentir el viento en la cara, que barriera las lágrimas que pugnaban por salir. Se quedó mirando el mar desde el arco más cercano a la torre. ¿Su abuelo también se asomaría a la terraza? ¿Planearía la masacre de otros seres humanos desde este maravilloso lugar? ¿Con estas vistas? ¿Quién era realmente su abuelo?

El sonido del mar la acompañaba mientras pensaba que su abuelo debía tener algo especial. Algo escondido en su interior y que su abuela había sabido ver. De alguna manera, había hecho emerger lo mejor de él. Por lo que conocía de ella, jamás se enamoraría de un hombre cruel y sádico, cuyas ideas eran supremacistas, restrictivas y, sobre todo, asesinas. De ser así no podría soportarlo, significaría que en realidad no conoció a su abuela, y que no solo le ocultó la historia familiar, sino que directamente le mintió. Y su madre también.

Ya era sumamente doloroso saber que si su madre le había explicado el secreto de la historia

familiar se debía al miedo que sintió al conocer la enfermedad que tenía y que podía provocar el olvido de unos diarios que, seguramente, ella encontraría a su muerte. Que no confiaba en ella lo suficiente como para explicarle de dónde venía, que se habría despedido de este mundo sin explicarle el porqué de ciertas actitudes hacia ella. Era su madre y la perdonaba, pero nunca podría sacarse la espinita de la desconfianza que suponía la ocultación de algo tan vital como es de dónde proviene una.

Le gustaría tener el poder de acelerar el tiempo para estar ya de vuelta en casa de su madre y hablar de ello. Quizá su madre no desconfiaba de ella y simplemente quería protegerla. Se secó unas lágrimas furtivas mientras deseaba bajar hasta la playa, meter los pies en el agua, levantar los brazos y gritar. Gritar hasta vaciar su caos interior.

De pronto, una mano se posó en su hombro, se giró y vio a Dani detrás; este le preguntó si estaba bien. Le respondió afirmativamente, más que nada para tranquilizarlo; añadió que su madre estaba algo pachucha, pero que ella estaba bien. Dani no acabó de creerla, pero no insistió y cambió de tema para distraerla.

—¿Has visto a la pareja que viene conmigo? ¿La chica del pelo rizado y su marido?

—Sí, ella me cae bien.

No sabía por qué, pero así era.

—¿Que te cae bien? Klara, llevamos meses trabajando juntos y aún no sé si te caigo bien o no; a ella la conoces de hoy, ¿y ya te cae bien?

Dani estaba asombrado. Klara siempre le había tratado con amabilidad, pero era tan introvertida que no sabía qué pensar.

—¡Pues claro que me caes bien, Dani! Eres simpático y me has ayudado mucho. ¿Alguna vez te he dado la impresión de que me caes mal? Si es así, lo siento, porque no es cierto y me sabría muy mal que pensaras algo así.

—¡Claro que no! Solo que a veces eres un poco hermética y como no te conozco muy bien, pues... Bueno, olvídale, me doy por satisfecho sabiendo que soy tan estupendo que piensas que soy genial. —Le hizo un guiño exagerado esperando verla sonreír, y lo consiguió.

—Pero mira que eres tonto, Dani. Pero dime, a ver, ¿qué pasa con la pareja? ¿Están dando problemas?

—Pues no, pero llevo mucho tiempo en esto y reconozco todo tipo de personas, puedo anticiparme a ellos y así ayudarles mejor o evitar problemas. Pero esta pareja, verás, vinieron el año pasado y otro guía les explicó los rumores sobre esta casa. Normalmente, los turistas que vienen conociendo los rumores sí que miran la casa con otros ojos, pero estos cuestionan y, además, con argumentos; no sé qué pensar.

Dani ahora estaba serio. Al parecer, esta pareja lo había descolocado.

—Dani, ¿dónde están todos? —preguntó Klara girándose y dándose cuenta, algo alarmada, de que estaban solos.

Quizá había estado demasiado tiempo ensimismada en sus pensamientos y había descuidado completamente su trabajo.

—Están hablando en el comedor, menos esta pareja, que no me extrañaría nada que hayan salido de la villa y dado la vuelta hasta la torre para inspeccionarla. Son los típicos que cumplen con el horario, pero al llegar a los lugares a visitar no siguen al grupo, van a su rollo. Ya antes de entrar me han preguntado a qué hora estaba prevista la salida de la villa; cuando se lo he dicho se han limitado a decir gracias y han entrado. Para cuando los demás lo han hecho, ellos ya habían visto el jardín, hablando sobre que es una lástima que estuviera tan descuidado, y pasado al comedor

comentando también que era extraño poner una gárgola con la figura de un cocodrilo a la entrada de una casa.

—Realmente, Dani, lo que dicen es verdad, y no solo está descuidado el jardín, también la casa lo está. ¿Qué es lo que te preocupa? No son los únicos que van a su rollo y tampoco serán los últimos; como tú dices llevas mucho tiempo en esto. ¿Qué es lo que te sorprende?

Klara, que al principio de la conversación había empezado a tranquilizarse, volvía a estar inquieta y a sentir un incipiente dolor de cabeza.

—Se supone, y es lo que se dice, que la planta de arriba estaba pensada para secar pescado. Pues bien, han subido y, como las escaleras son algo peculiares, por decirlo finamente, yo he subido detrás, pero dejando espacio para respetar su privacidad, no he llegado arriba, pero les he escuchado hablar: ella decía que la estructura no es para secar pescado, él le ha preguntado por qué y ella le ha dicho «no es necesaria esta inclinación, más bien sirve para guardar armas o algo así, unas barras por aquí y listo, ya tienes una armería».

—¿Y qué ha dicho él? —Klara tragaba saliva mientras esperaba la respuesta. El dolor de cabeza ya no era incipiente, era un dolor en toda regla.

—Más o menos, la cosa ha ido así: según Joan, podría ser que los rumores fueran ciertos, pero ¿para qué necesitarían una armería? A lo que Marta ha contestado: «Mira, hay una cosa que me encanta de los alemanes, y es que son organizados al milímetro, planean teniendo en cuenta todas las posibilidades. Imagínate, eres nazi, estás ocupando una zona de la isla que ha sido cerrada con una valla, has echado de sus casas a toda la gente de un pueblo, usas a los prisioneros para construir una pista que lleve hasta la casa, les prohíbes que hablen de lo que sucede aquí, a ellos y a los habitantes de pueblos cercanos. ¿En serio no temerías una revuelta, no te armarías hasta los dientes?». Joan ha contestado que podría ser, pero que la población no disponía de armas, eran los primeros años del franquismo, represión y demás, no era factible una revuelta. Entonces, ella le ha dicho: «cariño, hazme caso, esto era una armería». Ya estaban bajando otra vez cuando le ha dicho que «puede que tengas razón»; ella, riendo, le suelta: «Joan, yo siempre tengo razón, y si no, eres tú el que se equivoca». Para entonces, yo ya había vuelto al comedor y estaba contestando preguntas cuando ellos han seguido pasillo hacia delante. ¿Qué te parece?

Klara no pensaba decirle que la mujer probablemente estaba en lo cierto. Como no sabía qué contestar, simplemente le dijo que eran turistas que se preocupaban de conocer y entender lo que veían.

—Hemos pasado mucho tiempo aquí, en la terraza, Dani, vamos adentro y sigamos con la visita, los llevaremos a la torre.

Klara volvió a entrar en la casa con Dani detrás. Se encontró a la mayor parte del grupo en el comedor con los otros dos guías, que estaban explicando que el motivo de que no hubiera hoteles es porque era una zona inhóspita, con un mar bravo y peligroso para nadar. La adolescente que iba en el Jeep con ella entró en el comedor y preguntó: «¿Por qué dice que no hay hoteles?». Klara se lo explicó mientras veía entrar a Joan y Marta en el comedor. Estaba segura de que volvían de la torre. Les dijo a todos que si ya estaban listos pasarían fuera y dando la vuelta a la casa llegarían hasta la torre, donde contestarían a todas las preguntas que tuviesen. No le sorprendió que Joan y Marta les acompañasen, seguro que tenían preguntas y querrían respuestas.

Salieron de la casa hacia una especie de pasillo lleno de hierbajos y plantas marchitas. Llegaron a un espacio cuadrado mucho más grande, aunque igual de maltrecho, desde donde se levantaba la torre. Klara dejó la palabra a Pepe, era el guía más experimentado y podría responder mejor que ella.

—La torre tiene cuatro pisos; como veis, está bastante mal cuidada, pero no es peligrosa.

—¿Seguro? —preguntó alguien del grupo, a quien Klara no vio porque estaba observando a la pareja.

—Seguro, seguro —contestó Pepe riéndose, para acto seguido agarrar rápidamente a la adolescente del brazo y decirle—: Cuidado, no pises ahí, podrías caerte. Bien, como iba diciendo, según los rumores, esta torre servía para guiar a los submarinos y a las avionetas que aterrizaban en una pista construida cerca de aquí.

—¿Submarinos, de quién?

—Del Tercer Reich —contestó Pepe tranquilamente—. Pero, claro, eso solo son rumores.

—¡Desde luego que son rumores! —contestó un chico de camiseta ajustada que parecía un músculo andante—. ¡Anda que no, nazis en Fuerteventura, menuda gilipollez!

Era el típico gracioso del grupo y todos rieron. Todos menos Klara y la pareja. Joan preguntó si era cierto que se había encontrado un generador de gran potencia. Pepe contestó que sí, pero que se utilizó para proporcionar electricidad a la casa y nada más. Por la mirada que se dirigieron Joan y Marta, Klara adivinó que no se lo habían creído. Pero, al menos, todos los demás lo dudaban y la verdad es que, al no ser algo conocido, resultaba bastante increíble que hubiese habido nazis en la isla.

Con la torre finalizaba la visita a la Casa Winter. Los guías se quedaban en la puerta y se dejaba tiempo a los turistas para que pudiesen pasear por los alrededores de la casa, donde había gatos, pequeñas ardillas y también alguna cabra.

Algunos turistas aprovechaban para fumar, otros para hacer fotos y los menos se quedaban con los guías hablando de cualquier cosa. Ese era un aspecto de su trabajo que a Klara no le gustaba. Nunca hablaba por hablar y menos con desconocidos. Siguió observando a la pareja disimuladamente, estaban haciendo fotos a los animales y a la vagoneta Krupp; estaba bastante oxidada, pero aún podía verse la marca.

Mientras los turistas acababan con las fotos, Klara se alejó un poco para llamar a su madre; le contestó Rosario, le dijo que su madre llevaba toda la mañana en la cama, pero que no tenía que preocuparse, había llamado al médico que había ido a visitarla y todo estaba bien. Al parecer, solo estaba cansada y podría ser un efecto secundario de la medicación. Ante el enfado de Klara por no avisarla, se plantó y le dijo que, aunque la hubiera llamado, ella no habría podido ir, así que ¿para qué preocuparla? Le dijo que estuviera tranquila, que Idaira estaba durmiendo y era mejor dejarla descansar.

«¡Lo que me faltaba ya! Que Rosario decidiera qué podía o no hacer con mi trabajo». Colgó el teléfono con un enfado monumental para, acto seguido, llamar a su jefe y plantear la cuestión. Necesitaba volver a casa con su madre; sería complicado, los guías o estaban ocupados en otras excursiones o disfrutando de su día libre, pero seguro que algo se podría hacer.

Su jefe entendió la problemática de Klara, le prometió buscar a alguien que la pudiera sustituir y la llamaría para quedar en el punto de encuentro, que seguramente ya sería el restaurante donde habitualmente comían en esta excursión.

—Klara —le dijo su jefe—, entienda que encontrar a alguien me llevará un tiempo, más el que tarde tu sustituto en llegar a la zona donde estéis.

—Sí, lo sé, pero necesito volver a casa, y el restaurante es la última etapa de la excursión.

—Ojalá pudiera hacer magia, pero... Mira, vamos a hacer una cosa: yo mismo te sustituiré, así no pierdo tiempo buscando personal. Con un poco de suerte podemos quedar en el faro. Te llamaré antes de llegar.

—Gracias, gracias, te lo compensaré, haré una excursión extra en algún día que tenga fiesta.

—Ya hablaremos de eso, Klara, salgo ya, cuelgo y nos vemos.

Klara colgó el teléfono con una sensación extraña. No había enfado en la voz de su jefe, pero el tono no era el de siempre. Parecía el de una persona que se ve obligada a hacer algo que realmente no quiere o no le apetece hacer.

Dani, que se había alejado unos metros de ella mientras hablaba, volvió pausadamente a su lado mientras interiormente se confirmaba a sí mismo que algo no iba bien.

—Klara, algo va mal, ¿verdad? —Dani le pasó el brazo por los hombros dándole un suave apretón.

—Mi madre se encuentra mal, el jefe vendrá a sustituirme.

No dijo más para evitar ponerse a llorar delante de todos.

—¡Vaya! Lo siento. Si te puedo ayudar en algo, dímelo.

—De momento, no, pero te lo agradezco muchísimo, en serio. ¿Sabes? Algún día encontrarás a una muchacha lo suficientemente inteligente como para cambiarte y así no tener que aguantarte — le dijo dándole un golpecito con el puño cerrado en el hombro para indicarle que bromeaba.

—Prefiero que sea lo suficientemente tonta, quiero seguir con mis payasadas.

Dani subía y bajaba las cejas a un ritmo vertiginoso.

—¡Uf! Vamos, es hora de salir de aquí, y no, no te ha quedado sexi el pasarte el pulgar por la boca.

—Espera, que lo hago otra vez.

—No es necesario, de verdad. Pero gracias, por unos minutos me he sentido mejor.

—Esa era mi intención, podrías agradecermelo dejando que te enseñe todo mi repertorio y aplaudiéndome al acabar. Gritar un par de bravos también te lo acepto.

—En fin, que no tienes arreglo, Dani.

Klara se alejaba sonriendo hacia los turistas para avisarles de que seguirían ruta.

Como siempre que salían de un lugar para dirigirse a otro, tuvieron que esperar a que alguien hiciera la última foto, otro preguntara dónde había un baño y a otro se le ocurriera una pregunta de última hora. Finalmente, todos subieron a los Jeep y pudieron continuar hacia el faro.

La ruta era espectacular, hacían paradas en diferentes puntas para disfrutar de lo impresionante que era el océano en la zona. Los más atrevidos se acercaban hasta el borde mismo de los acantilados para contemplar como las olas rompían estruendosamente contra las rocas volcánicas haciendo volar la espuma en todas direcciones. Un maravilloso espectáculo para los sentidos, tener ante ti y sentir, la inmensidad y fuerza del profundo mar azul.

Llegaron al faro Punta Jandia casi a las dos del mediodía, bastante más tarde de lo previsto, por lo que el hambre hacía acto de presencia. Para los turistas era más importante su estómago que el paraje donde estaban y las explicaciones facilitadas por los guías.

Para Klara, que no sabía si tenía hambre o no, era más importante que su jefe llegara, por lo que suspiró cuando lo vio aparecer con su coche. Agradeciéndole su rapidez y prometiendo una explicación más extensa, subió al coche del cual había bajado su jefe y puso rumbo a casa.

Desde el faro se veía el pequeño pueblo donde los turistas harían su comida de mediodía en un pequeño restaurante familiar al borde del mar. Nada lujoso, aunque la comida era buena y el lugar era tranquilo, acogedor, lleno de luz, donde no era difícil imaginarse la vida de los pescadores tiempo atrás.

El pueblo no había cambiado mucho, seguía teniendo pocas casas, todas con tejados planos y calles estrechas. Pero en nada de esto reparó Klara mientras se acercaba al pueblo desde el faro.

La única carretera que salía de él, más bien una pista, no se le podía llamar carretera, era estrecha y sin tráfico, por lo que Klara condujo a más velocidad de la permitida con un amasijo de sentimientos difíciles de gobernar: miedo, enfado, tristeza. Soltó un grito desde lo más hondo de su ser, casi sin darse cuenta. Aun así, la ayudó, sacó parte de la tensión que atenazaba su cuerpo y le oprimía la garganta.

Prácticamente, hizo todo el camino a casa pensando en todo y en nada a la vez, en un estado de confusión extrema. ¿Quería que se acabara todo de una vez? ¿Cómo podía pensar algo así? Era su madre, por Dios. Sí, era duro, estaba cansada y no tenía tiempo libre. Pero la quería y sabía que su madre a ella también. Recordaba como le cepillaba el pelo todos los días antes de ir al colegio, aquellos tirones que hacían que la cabeza se le fuera hacia atrás. O cómo hacía ver que no se daba cuenta cuando su abuela le daba chocolate y golosinas a escondidas.

Las cascadas de recuerdos hogareños se sucedían unos tras otros. Temía que su mente solo recordara lo bueno como una preparación para soportar la pérdida. Para que pudiera dejarla ir en paz, sin reprocharle que, aunque siempre se había sentido cuidada por ella, le habría gustado que le demostrara cariño más a menudo, y no solo cuando estaba enferma, tenía una pesadilla o algún otro problema.

No, su madre no iba a morir, tenía achaques, el alzhéimer estaba en fase inicial y aún era joven. Sesenta y tres años no era nada hoy en día.

Con ese pensamiento en mente llegó a casa, abrió la puerta sigilosamente para no despertar a su madre, en el caso de que siguiera durmiendo. Dejó su mochila en el recibidor, recostada sobre las patas metálicas de un banco horroroso que su padre se había empeñado en comprar, alegando que a él «le iba» la decoración ecléctica. Una cosa es ser ecléctico y otra no tener gusto. Esta y otras lindezas no lo disuadieron, con lo que ahí se quedó el banco, presidiendo el recibidor ante las protestas de su madre.

Cuando su padre murió, Klara estaba convencida de que el banco desaparecería, pero no, su madre empezó a mostrar un extraño cariño por él. Era feo, no encajaba con el resto de muebles y no lo utilizaban, pero «el banco se queda»; su madre había sido muy firme y no hubo más que hablar.

Se deshizo la coleta de camino a la habitación de su madre. Ya antes de llegar se escuchaba el sonido de las agujas de tejer de rosario, el ritmo rápido, constante, era apaciguador, casi hipnótico, o eso le pareció a Klara, que intentaba encontrar sosiego para su mente con desesperación.

Entró en la habitación, estaba fresca, con un leve olor floral y algunos toques de limón, supuso que sería de la cera para muebles. A su madre le encantaba el limón, decía que tenía muchas propiedades. Lo mismo servía para desinfectar la tabla de cortar, que para secar un grano. Dedicaba mucho tiempo a leer todo lo que caía en sus manos sobre remedios naturales.

Últimamente no, claro, parecía haber perdido el interés. ¿Lo recuperaría? Deseando dejar de hacerse preguntas miró a su madre. Idaira dormía plácidamente, su pecho subía y bajaba suavemente mientras emitía suaves ronquidos.

Porque, por supuesto, ella no roncaba. Klara recordaba como su padre la chinchaba diciéndole «esta noche has roncado tan fuerte que hasta los cuadros se movían», a lo que su madre contestaba «yo no ronco, yo respiro con sonora elegancia».

Una carcajada brotó de su garganta al recordar; se puso una mano en la boca para acallarla y no despertar a su madre.

—Nunca corte una carcajada, no es sano. Además, se avecinan tiempos difíciles y necesitará

recordar buenos momentos para sobrellevarlos. Su madre no se despertará por mucho ruido que usted haga. El hijo del vecino, ¿sabe quién le digo? Ese crío que tiene la cara que es un puro grano —Klara hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Pues bien, su padre, que al parecer es más inútil que una *chola* en el ártico, no se le ha ocurrido otra cosa que comprarle una moto. ¿Y que ha hecho el chaval? Darle gas sin parar hasta que se ha cansado —Rosario dejó las agujas para hacer girar las muñecas, dando gas en una moto imaginaria—. En fin, que aun con todo ese ruido, su madre no se ha despertado.

Klara se sentó en el borde de la cama sorprendida por la personalidad de Rosario, que había vuelto a coger las agujas. Era una señora seca, cáustica y acostumbrada a mandar, pero era buena persona. Quizá un pelín borde, como acababa de demostrar; aun así emanaba de ella la seguridad y tranquilidad que tenían las personas que sabían lo que hacían y por qué lo hacían.

—No conocemos mucho a este vecino, solo llevan aquí un par de años. Mi madre no me hablaba de ellos. Me encantaría charlar con usted, pero primero, ¿qué ha dicho el médico? ¿Y por qué no me ha llamado antes? ¿Es normal que duerma tanto? ¿No sería mejor llevarla al hospital?

Rosario volvió a dejar las agujas, levantando las manos en lo que parecía una señal de rendición.

—Puede que me haya extralimitado, o que usted crea que lo he hecho, pero no, solo he hecho lo mejor para su madre.

—Pero podría haberme avisado antes —la interrumpió Klara.

—Por favor, déjeme acabar. Usted me paga por cuidar de su madre y eso es lo que he hecho. Ella necesitaba un médico y lo he llamado. De todas maneras, ha venido tan pronto que a usted no le habría dado tiempo a llegar para hablar con él. Y ahora le explicaré lo que ha dicho el buen doctor: su madre tiene el corazón algo lento y el azúcar bajo, pero nada preocupante. Ha pedido que se le tome la tensión y el azúcar a las cuatro y lo llamemos para decirle cómo va todo. Según él, es normal que duerma, pero no demasiado más. Aquí tiene el informe que ha hecho; de momento no aconseja llevarla al hospital, sería un trastorno para ella. De todas maneras, no lo ha descartado del todo, depende de cómo se encuentre por la tarde.

Klara aún no había descifrado las dos primeras líneas del informe cuando Rosario acabó su explicación.

—Gracias, Rosario, hace muy bien su trabajo, pero entienda que me preocupe; necesito que me avise aun cuando esté trabajando.

—Descuide, así lo haré. ¿Tiene que volver al trabajo?

—No, mi jefe me sustituye.

—Bien, usted también necesita descansar. ¡Ah! Cuando estaba aquí el médico, su madre ha tomado un zumo y galletas para subirle el azúcar. Ahora tiene que comer algo ligero, tendremos que despertarla. Si le parece bien, primero comerá su madre y después ya comeremos nosotras.

—De acuerdo; si no es mucha molestia, yo también comeré algo ligero.

—No es molestia, pero tiene que comer de verdad, no ayudará a nadie si se va desmayando de hambre por las esquinas. —Levantándose de la butaca donde estaba sentada, prosiguió—: ¿Verdad que tengo razón?

—Sí, claro, por supuesto.

No tenía energía para oponerse, así que mejor darle la razón.

Se levantó de la cama para sentarse en la butaca que había dejado Rosario y miró a su madre: seguía durmiendo. Se inclinó hacia delante para cogerle la mano; la tenía algo fría, pero no

demasiado. Empezó a hablarle muy bajito, casi en susurros, para que se fuera despertando poco a poco, sin sobresaltos.

Comenzó por explicarle que bajaría a la playa, que podrían bajar juntas, tumbarse en la arena y escuchar el sonido del mar con los ojos cerrados. Idaira apenas se movió, así que continuó explicándole la opinión que tenía Rosario del vecino adolescente y su padre; como no acababa de despertar y no se le ocurría qué más decirle, le sacudió ligeramente el hombro. Finalmente, Idaira abrió los ojos y volvió a cerrarlos, pero cuando Klara le apretó un poco la mano, los abrió de nuevo, la mirada algo turbia, pero orientada.

—Hola, Klara, ya has vuelto. ¿Cómo ha ido?

—Bien, mamá. Es hora de comer y después volveremos a tomar el azúcar y la tensión. ¿Estás contenta con Rosario?

—Pues sí, es muy enérgica, pero sabe darme tranquilidad cuando la necesito. Mira, ya está aquí Rosario con la comida.

Rosario entraba con una bandeja en las manos y una sonrisa en la boca. Miró a Idaira con cariño y la acomodó para que pudiera comer en la cama.

—Bien, bien, Idaira, ha dormido bastante. ¿Qué le ha parecido el médico?

—¿Qué médico? ¡Ah, sí! El médico, bueno, bien, pero no hace falta que vuelva más, estoy bien. ¿Qué hora es? Vaya, pues sí que he dormido —dijo cuando Klara le dijo que eran más de las tres y media.

—No te preocupes, mamá. Ahora come un poco y después miraremos las constantes.

—No me gustan esos cacharros infernales.

Dicho esto, cogió los cubiertos y empezó a comer pinchando las hojas de lechuga con rabia, provocando un ruido muy molesto cuando el tenedor chocaba y arañaba la superficie del plato.

Después de decir innumerables veces que no quería comer, mientras se metía el tenedor en la boca, Idaira por fin terminó su ensalada y una porción de queso. Medir la tensión y el azúcar también fue una lucha. Rosario demostró su paciencia e hizo su trabajo entre las palabrotas y llantos de Idaira.

Les costó muchísimo tranquilizarla; cuando se le pasó el llanto, le sobrevino el enfado y empezaron los insultos. Algo que se podía hacer en cinco minutos tardaron casi media hora, por lo que cuando Klara y Rosario se sentaron a comer eran casi las cinco.

Antes habían hablado con el médico, que les dijo que los valores eran normales, la tensión un poco alta, pero podía ser debido a todo el disgusto por tomársela. Aconsejó dejarla dormir si lo necesitaba y les recordó que llamaran al 112 en caso de necesitar una ambulancia.

—No estoy muy tranquila con lo que ha dicho el médico. Parece no darle importancia, pensé que aconsejaría subir la dosis del medicamento, Rosario. ¿Usted qué piensa?

Rosario se tomó su tiempo, masticó lentamente, bebió un poco de agua y, después de dejar suavemente el vaso en la mesa, le contestó.

—Creo que ya se lo he dicho y, si no, se lo digo ahora: la enfermedad de su madre es muy dura, lo que ha pasado es un ejemplo. Estos enfermos pueden tener arrebatos y, aunque no soy médico, no creo que por un momento que se haya agitado sea necesario subirle la dosis. Su madre no monta estos espectáculos a menudo, si fuera así yo también me preocuparía. ¿Se imagina lo que sería si cada vez que se enfada le subieran la dosis? Muy pronto llegaría el día en que no podrían subírsela más. Así que tranquila, si vemos que vuelve a pasar llamaremos al 112. Ahora, acabe de comer, no quiero tener que cuidar también de usted.

En el poquísimo tiempo que la conocía, Klara se dio cuenta de que Rosario daba una de cal y

otra de arena. Era amable para, un segundo después, ¡zas! Y ahí te quedabas, con la boca abierta y sin saber qué contestar.

Acabaron de comer y mientras Rosario recogía, Klara fue a ver a su madre; dormía tranquila, sin rastro del berrinche de no hacía ni una hora. Klara se fue a su habitación, cogió la novela que llevaba tiempo intentado leer y volvió con su madre, pensando que en esta ocasión se sumergiría en la historia para evadirse un rato.

Rosario se marchó a media tarde, después de preparar un café y unas pastas. Se ofreció a quedarse un poco más; cuando Klara le dijo que no era necesario, le recordó que se cuidara y que la llamara si necesitaba algo. Klara la acompañó a la puerta y fue a sentarse al jardín. Rosario cuidaba bien de su madre y tenía experiencia con este tipo de enfermos, pero ella no estaba tranquila. Su madre sufría con esos berrinches y se ponía muy nerviosa. Una vez pasaban ya no se acordaba, pero la dejaban agotada.

Se acabó el café, dejó las pastas sin tocar y se levantó, regó las plantas, quitó algunas hojas secas y limpió la mesa y las sillas. El mobiliario de jardín siempre se ensuciaba mucho, era algo que no soportaba, podía pasar con un poco de polvo en los muebles de la casa, pero no en los del jardín. ¿Era rara? Bueno todos tenemos nuestras rarezas y no iba a preocuparse por eso ahora.

Volvió a la habitación de Idaira, continuaba durmiendo; decidió no despertarla y dejarla descansar. Ahora estaba tranquila y no quería que se agitara otra vez. Se quedó un momento de pie, sin saber qué hacer. Rosario había limpiado la casa y ella el jardín. No le apetecía ver la tele, ni tampoco leer. Podría llamar a Conchi y hablar un poco. Cuando salía, escuchó a su madre moverse en la cama; se giró justo cuando abría los ojos.

—Klara, ¿ya es de día? —Miró hacia la ventana—. ¡Ah, sí, es de día! ¿Has comido, es por la tarde?

—Sí, mamá, ya he comido, pronto atardecerá. ¿Te preparo algo de comer? No te has tomado tu café con leche de la tarde, ¿no te apetecería mejor una infusión?

—No, no me apetece. —Se lo pensó un poco y añadió—: Creo que he estado todo el día durmiendo, ¿verdad?

—Sí, casi todo el día. Ahora, ¿cómo te encuentras?

Klara veía que, aunque se había despertado algo desorientada, parecía que se iba aclarando y no quedaba ni rastro del enfado del mediodía.

—Pues rara, tengo el cuerpo como si me pesara mucho, pero no me duele nada. En cambio, la cabeza la siento muy ligera, no me pesa nada y tengo un montón de ideas.

—¿Qué ideas? —Klara le sonrió para alentarla a hablar.

—No lo sé, solo sé que tengo la cabeza trabajando a mil por hora. Aún no he acabado de pensar una cosa cuando ya tengo otra. ¿Tiene sentido lo que estoy diciendo?

—Claro. ¿Quieres quedarte aquí a charlar o prefieres levantarte y salir al jardín?

—Prefiero charlar, estoy muy cansada. ¿Te parece que nos quedemos aquí? Así puedo ir explicándote más cosas de la abuela.

Klara asintió mientras se sentaba en la cama; escuchaba como su madre parloteaba y pasaba de un tema a otro sin mencionar a la abuela. La dejó hablar, pareció que lo necesitaba. Al cabo de casi dos horas, volvió a preguntarle si quería levantarse para cenar. Idaira volvió a aducir su cansancio y le preguntó si podían cenar en la cama.

Cenaron casi en silencio, ya que Idaira parecía haberse cansado también de hablar. Pero cuando Klara recogió la cocina y volvió a la habitación de su madre, esta le hizo un gesto para que se

acostara con ella en la cama. Una vez que lo hizo, la cogió de la mano, la miró y empezó otra vez a hablar.

—Bueno, no sé por dónde vas en los diarios de la abuela, pero debes saber que en su juventud, antes de conocer a mi padre, fue una mujer alegre, sin demasiadas preocupaciones. Las mujeres, en aquella época, solo tenían que ocuparse de que su familia estuviera bien. Que los hombres de la familia tuvieran la ropa limpia y comida en la mesa. Educar a los hijos y respetar a los mayores. Ahora se ve como un atraso, pero así era en aquellos años: las mujeres nacían, crecían, se casaban, cuidaban de los hijos y después de los padres. Se daba por hecho que era así, como ahora se dan por hecho otras cosas.

—La vida evoluciona, aunque supongo que si alguien que vivió hace cien años pudiera ver cómo vivimos ahora, se volvería al pasado sin perder un segundo.

—Sobre todo, si es hombre —Idaira se echó a reír—. ¿Te imaginas a esos hombres ahora? Llegarían de trabajar y, no solo no se encontrarían la comida en la mesa, sino que tendrían que hacerla, además de ir a recoger a los niños al colegio mientras, de camino, compran el pan.

—Me encantaría verlo. ¿No había una película que trataba de eso?

—De viajes en el tiempo hay unas cuantas, a tu padre le encantaban. Pero, dime, ¿cuánto has leído de los diarios de la abuela?

—Aún voy por cuando era niña, por donde su padre no le responde a sus preguntas.

Idaira sonreía mientras pensaba en todas las preguntas que podía hacer Klara en un minuto cuando era pequeña.

—Tú también hacías muchas preguntas. Y no solo «por qué»; también querías saber el cómo, dónde y cuándo. Querías saberlo todo y, cuando no comprendías algo, te ofendías muchísimo. Era muy gracioso.

—¿Y tú, mamá? ¿También preguntabas mucho?

—No, yo aprendí muy pronto a no preguntar, a que a veces no saber la respuesta era menos doloroso que el silencio y la tristeza que seguía a mi pregunta. Prefería ver a mi madre tranquila a ser la causa del miedo que de vez en cuando veía en sus ojos.

—No me imagino a la abuela con miedo, no la recuerdo así.

—La abuela cambió cuando tú naciste, volvió a ser como cuando era joven, antes de conocer a tu abuelo. En fin, creo que ya va siendo hora; abre el primer cajón de la cómoda, el izquierdo, debajo de mis camisones hay un sobre. Tráelo, por favor.

Klara se levantó e hizo lo que le pidió su madre. Debajo de los camisones azules, prácticamente todos iguales, encontró un pequeño sobre. Lo cogió y se lo dio a Idaira; esta lo tomó con cuidado, casi con reverencia, lo abrió y le fue enseñando las fotos a Klara, no sin antes ordenarlas y poniendo algunas de ellas al final.

—Esta era tu abuela, antes de conocer a tu abuelo.

Era una foto pequeña, en blanco y negro. En ella se veía a una jovencísima María en la playa, con una mano sujetaba sus zapatos mientras con la otra se apartaba el pelo de la cara. Llevaba un sencillo vestido, con solapas y estampado de pequeñas flores sobre un fondo claro. En su rostro se dibujaba una gran sonrisa.

—Así es como yo la recuerdo, alegre. Era muy guapa, toda una belleza. Su melena tan oscura era espectacular, mamá.

—Sí, lo era. Al parecer tuvo algún que otro pretendiente, aunque en sus diarios solo habla de uno. Mira, aquí está con sus amigas.

Klara cogió la foto; su abuela seguía muy guapa, sonreía, pero ya no tenía la chispa de la foto

anterior. Parecía más madura, más mayor.

—En esta también está muy guapa.

—Sí, aquí ya conocía a tu abuelo; de la primera foto a esta hay dos años de diferencia.

Le tembló algo la mano cuando le tendió la siguiente foto.

—Mira, Klara: estos son los padres de tu abuela. Mis abuelos, a los que nunca conocí.

—¿Nunca conociste a tus abuelos?, ¿por qué?

Seguía mirando las fotos. María se parecía a su padre, aunque este parecía muy serio, al menos, en la foto que tenía entre sus manos.

Mientras Klara miraba a un hombre con pantalón ancho y camisa blanca, y a la mujer que había a su lado, con grandes pechos y un pañuelo en la cabeza, Idaira pensaba en su respuesta. ¿Se lo explicaba todo o dejaba que lo leyera en los diarios? Quizá en el medio estaba la virtud. El todo o nada no servía en esta situación.

—Sus padres no estuvieron de acuerdo con su embarazo, ni con el padre de la criatura. El que no estuvieran casados fue un mazazo para ellos. Aunque dudo que les hubieran dejado casarse. No la apoyaron, la dejaron sola, la sacaron del pueblo y se la llevaron a casa de una prima. No quisieron saber nada más de ella. Con el tiempo se hizo algún intento, pero tu abuela no aceptó las condiciones que le propusieron.

Klara miraba a su madre estupefacta. No podía concebir cómo unos padres podían echar de casa a su hija solo por quedarse embarazada. Entendía que en aquella época los padres se enfadaban y se sintiera dolidos, pero ¿echar a tu propia hija de casa?

—Es terrible, mamá. ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿No les importaba su hija? ¿Y qué condiciones le pusieron para volver?

—Puede que tu abuela estuviera pasándolo mal, pero había algo en lo que no iba a ceder. Y era vivir una mentira más, ya tenía suficientes. Ahora mira esta.

Idaira le entregó la siguiente foto mirándola fijamente.

Era una foto algo más grande y coloreada. Debido al paso del tiempo, los colores no estaban demasiado vívidos, pero Klara pudo ver a una mujer cuya educación y elegancia traspasaban el papel. Tocada con un pequeño sombrero azul y un traje chaqueta azul oscuro, posaba a las puertas de lo que parecía una mansión, o, al menos, una gran casa. Sonreía tímidamente, sin ostentación. A Klara le habría encantado conocerla.

—¿Y esta señora quién es? —preguntó Klara mientras le devolvía la foto a su madre.

Idaira no le contestó; en cambio, le dio otra foto.

—Esta también es muy bonita, mamá, sale la misma señora.

Idaira seguía mirando fijamente a Klara, intentando adivinar las emociones que provocaban los recuerdos que ella, tantas veces antes, había intentado olvidar.

La bella mujer, en esta ocasión, llevaba un vestido largo, plateado, finas joyas adornaban su cuello. Era tan preciosa que casi no se repara en el señor que estaba a su lado, a todas luces su marido, que la miraba y la abrazaba posesivamente de la cintura. Un señor grande y con poco pelo, atractivo, pero severo; eso se podía apreciar aun en foto.

—Esta señora es muy bella y parece, no sé, es tonto decir esto por una sola imagen, pero parece buena persona.

—Lo era. Klara, estos son mis abuelos paternos. Tampoco los conocí, pero me gusta saber que, al menos, dos de los cuatro no se enfadaron por mi nacimiento. Y esta es la última foto que tu abuela guardaba como oro en paño.

Klara cogió la foto y se sobresaltó. Sí, era un hombre, un hombre joven, pero era como si se

estuviera mirando en el espejo. Unos ojos azules como el hielo la miraron, unos ojos exactamente iguales a los suyos. Los labios gruesos, la nariz recta, era exactamente lo que ella veía cada mañana al lavarse la cara. Su mandíbula era más delicada que la de este hombre, en general sus rasgos eran más suaves, pero eran iguales, incluida la altura y complexión delgada. Era un hombre muy guapo, pero si era quien ella sospechaba que era...

—¿Mamá?

—Sí, Klara, es tu abuelo. Os parecéis mucho y también te pareces a su madre, Karla.

Klara volvió a coger las fotos, puso las tres últimas juntas y las observó. Estuvo varios minutos callada, se sentía mal, las palabras pugnaban por salir de su boca. Finalmente, apartó las fotos y miró a su madre.

—La abuela me mintió. Le pregunté por qué no me parecía a nadie de la familia, por qué yo era diferente, y me contestó que tenemos ascendientes entre los franceses que llegaron a Tenerife hace ya siglos. ¡Y yo me lo creí! ¿Cómo pude ser tan tonta?

—No, Klara. ¿Qué edad tenías cuando se lo preguntaste? Siete u ocho años. Eras pequeña y adorabas a tu abuela, te habrías creído cualquier cosa que ella te dijera. Creyó que diciéndote eso te protegía. Tu abuela te adoraba, nunca lo dudes.

—¡Sí, claro! Porque soy igual que su amor, no por mí; me quería porque le recordaba a él.

—Sí que se lo recordabas, pero ella te quería, amaba todo de ti, hasta tus rabietas, aunque no tuviste muchas. Cuando le preguntaste, ella vino a decírmelo, estaba preocupada. También me dijo que eras muy pequeña para saber la verdad y que lo de los parientes en Tenerife era lo único que se le había ocurrido. Ella quería que supieras de dónde vienes, pero cuando fueras mayor, cuando pudieras asimilarlo. Para entonces, empezaron las series y películas sobre la Segunda Guerra Mundial. *Holocausto* fue muy famosa. ¿Cómo íbamos a decirte que tu abuelo formó parte de algo así? Tu padre también estaba a favor de no decirte nada, pensaba que solo te causaría dolor e inseguridad. Si hubiéramos pensado que influiría para bien en tu vida, te lo hubiéramos dicho sin dudar.

—No pensabas decírmelo, ¿verdad, mamá?

—No, Klara, no pensaba decírtelo. Cuando tu padre murió pensé en quemar los diarios de tu abuela y también las transcripciones que hice yo, pero algo me frenaba. Al detectarme la enfermedad los busqué, no quería que los encontraras a mi muerte, sin que yo estuviese aquí para explicarte, apoyarte. Los busqué en los sitios más raros hasta que después de unos días los encontré en el baúl. Los cogí para destruirlos y otra vez sentí que no podía hacerlo. Es parte de mi vida y quiero que la conozcas. La vida tiene situaciones difíciles y solo nos cabe esperar decidir sabiamente, pero el miedo es poderoso, el miedo aniquila nuestro raciocinio. Cualquier tipo de miedo, por nimio que sea, se apodera de nosotros y nos paraliza. Sé prudente, Klara, pero jamás tengas miedo, por nada. Recuerda: un poco de prudencia en nuestras decisiones nos ayuda a no estrellarnos a la menor oportunidad. El miedo paraliza —repitió insistente—. Si te paralizas, mueres; muere tu alma, tu ser, no creces como persona. Simplemente, te limita tanto, que vives como una planta. Eso es el miedo.

Klara abrió la boca para contestar, pero Idaira continuó.

—Ahora lo veo todo muy claro. ¿Sabes qué es la libertad? La respuesta es muy fácil y difícil a la vez. La libertad es ser tú misma. Pero vivimos en un mundo lleno de modas y convencionalismos, donde si no haces lo que hacen los demás, o no tienes un trabajo normal, o éxito, si no vistes como todos y te sales de las normas, te tachan de rara. Y la rareza da miedo, por eso seguimos al rebaño, para lograr la aceptación del grupo, pero ¿a qué precio? Al de dejar de

ser nosotros mismos. Dejamos de ser libres. Hija, no pierdas tu esencia, vive tu vida como creas conveniente, sin pensar en qué dirán los demás. Solo piensa en qué te hace feliz y hazlo, desde el respeto, pero hazlo. No dejes que nadie coarte tu libertad. Sé tú misma.

Idaira bebió un poco de agua del vaso que tenía en la mesita de noche. Estaba muy cansada, pero tenía la sensación de que era el momento de dar voz a sus pensamientos, a que Klara la conociera un poco más, a expresar lo que le habría gustado hacer con su vida y no hizo. Agarró la mano de Klara y continuó.

—¿Sabes? Creo que he tenido una buena vida. Cierto que mi infancia ha sido dura, estaba muy reprimida, pero conocí a tu padre muy joven y me abrí, no al mundo, eso sería exagerado, pero sí a todo lo que él me enseñaba. Nos casamos y naciste tú. Yo ya había visto las fotos de mi padre y abuela, y te confieso que fue un *shock* para mí. Eras idéntica a ellos; tu nacimiento volvió a recordarme todo el sufrimiento de mi niñez, miraba tu carita y veía a mi padre. Estuve así los dos o tres primeros meses, supongo que ahora dirían que sufría depresión posparto. Una mañana te pusiste malita, no mejorabas y por la tarde te llevamos al hospital; fue ahí cuando, de golpe, entendí. Tenía tanto miedo a perderte que entendí que si mi padre no hubiese existido, tú y yo tampoco. Y entonces le agradecí que se hubiera enamorado de mi madre. Dejé la sala de espera del hospital y salí a la calle, allí miré el cielo azul y le dije: papá, cuida de mi niña, es tu nieta, si haces que se cure te prometo que, a mi vez, yo haré todo lo posible por perdonarte. Volví a entrar y, poco después de sentarme otra vez en la sala de espera, salió el médico que te atendía y nos dijo que tardarías unos días, pero que te pondrías bien. Ahí fue cuando de verdad empecé a quererte y nunca he dejado de hacerlo. Puede que físicamente seas como tu abuelo, pero no eres él, eres tú, con tu personalidad, tu esencia propia. Y es buena, Klara, tu esencia, tú, eres buena; por eso te digo que nunca, nunca la pierdas y seas tú misma. —Muy suavemente añadió—: Vive siguiendo tu instinto, tus reglas, y serás feliz.

Su voz se fue apagando, hasta que Klara vio que su madre se había dormido pocos segundos después. Le habría encantado seguir escuchándola. ¿Qué había dicho, que siguiera su instinto? Pues su instinto le gritaba que la abrazara y durmiera con ella. Se arrellanó en la cama y abrazada a su madre se sumió en el sueño.

CAPÍTULO 6

1944
Gran Canaria
Klaus

—Por favor, María, por favor, no llores. María, *Du bist mein Schatz*.

Cuando estaba emocionado le dijo al oído: «María, eres mi tesoro», pensando cuan cierto era.

Ella le había abierto a la luz, a la verdad, al cambio. A todo lo bueno que podía deparar la vida. Tan joven, tan bella y tan sabia.

—Pero ¿qué voy a hacer? Ya tengo dos faltas. No te vayas y me dejes sola para darle la noticia a mis padres. Se van a sentir tan defraudados, se van a enfadar mucho. ¿De verdad tienes que irte mañana?

—Sí, cielo, está todo preparado. Quizá pueda volver en un mes o dos, lo intentaré. Depende de cuánto tarde en solucionar la transferencia de mi herencia. No voy a conformarme con lo que me dio mi padre. Tengo derecho a mi parte, él no quiere dármelo en vida, pero tendrá que hacerlo.

—¿Y por qué no conformarte? Con lo que te dio la última vez podemos construir una vida. ¿Sabes cuánto dinero es? Es mucho, puede que para ti sean migajas, pero esas migajas pueden hacernos vivir bien cinco o seis años. ¿Para que quieres más? Somos jóvenes, inteligentes, podemos trabajar.

—No se trata de eso, María; se trata de que con lo que me corresponde podemos darle a nuestros hijos una gran vida y dedicar parte a mejorar la vida de otras personas, como hace mi madre. No es codicia, es querer el bien para nosotros y los demás. ¿Es eso malo?

—No, no lo es, Klaus, pero tengo miedo.

—¿Tú? Eres la mujer más fuerte y bonita que conozco. Guarda bien el dinero que me dio mi padre. Yo volveré, pero si no lo hago, úsalo como creas conveniente, para ti y nuestra hija.

—¿Cómo que si no vuelves? Klaus, olvídate de lo que te corresponde, no te vayas. Si es necesario podemos huir.

—¿A dónde? Europa está descartada, el Tercer Reich tiene espías y adeptos por todo el mundo, no sería seguro. Y no quiero que te pase nada, ni a ti ni a la niña. Porque vamos a tener una hija que se parecerá a ti.

—No, vamos a tener un hijo y se parecerá a ti.

Se abrazaron mientras se dirigían al coche que les llevaría a puerto para volver a Fuerteventura.

—No tengo más remedio que marchar, María; he barajado todas las posibilidades y marchar es la mejor. Por favor, entiéndelo.

—De acuerdo, Klaus, ve, ten cuidado y regresa a mí.

Klaus la miró, grabándose a fuego su rostro. Solo por haberla conocido, su vida había valido la pena. *Ich liebe dich mein Schatz*.

2007
Puerto del Rosario
Idaira

Idaira era consciente de su situación. Estaba en la cama del hospital, le pesaba tanto el cuerpo que ni siquiera tenía fuerza para abrir los ojos. No podía ver a Klara, pero sentía su presencia. Sabía que estaba allí, acurrucada en ese espantoso e incomodo sillón, con su larga y dorada melena rubia rozándole la blanca y suave piel. ¿Sabría alguna vez cuánto la había querido?

Sintió la mano de Klara en la frente, le apartaba el cabello suavemente. Sacó fuerzas para decirle «te quiero tanto, hija». Sonrió cuando Klara le dijo: «Yo también te quiero, mamá, no te preocupes, te pondrás bien y volveremos a tener una de nuestras charlas».

Intentó hablar, pero el sueño la venció, y era un sueño tan bonito... Estaba en un lugar sin formas, todo blanco, con una especie de brumas que formaban espirales de suaves colores. Las veía moverse de un lado hacia otro, unas se movían rápido, otras más lento.

Alargó una mano para tocar una espiral azul, pero se desvaneció, volvió a girarse para intentar tocar otra de un precioso color rosa pastel, pero se desplazó rápidamente a la izquierda. Idaira la siguió y fue cuando se dio cuenta de que se sentía bien, ligera. Tan ligera que ni siquiera sentía el cuerpo. Deseó que el sueño durara mucho tiempo. ¡Se encontraba tan bien, tan tranquila en ese lugar! Esperaba poderlo recordar cuando despertara para explicárselo a Klara.

Una espiral azul y verde se acercó a ella. Idaira sonrió, le gustaba esa espiral. Mientras la observaba se fue transformando hasta que vio los ojos de su marido.

—Andrés, ¿eres tú? Estás en mi sueño, ahora sí que no quiero despertar.

—Sí, soy yo, pero esto no es un sueño, Idaira, ahora estás aquí conmigo.

—¿Cómo que no es un sueño? ¿Qué quieres decir, todo es efecto de la medicación? ¿Por qué te ríes?

—Porque a todos nos cuesta. Cuando llegamos aquí aún tenemos reminiscencias de nuestra vida física y nos imaginamos gran cantidad de excusas para alargar el momento de aceptar la verdad.

—Nuestra vida física... ¿Quieres decir que he muerto? ¿Esto es el cielo?

—Tu cuerpo físico ha muerto, Idaira, es el envoltorio de nuestra alma. El cuerpo muere, el alma no. ¿El cielo? Eso es lo que tú quieras que sea.

—Pero, no entiendo. Estoy viendo tus ojos.

—Porque tú quieres ver mis ojos. Somos pensamiento, energía, lo que tú quieras será. Sin darte cuenta, has elegido ver mis ojos. Haz una prueba, piensa en otra cosa de mi antiguo cuerpo y la verás.

—¡Pues sí! No quieras saber en qué estaba pensando. Creo que me he reído pícaramente. ¿Lo has oído?

—Idaira, sabía que nos volveríamos a encontrar. Escucha, esto puede costar un poco. Explícame lo que tú crees que es un sueño. ¿Qué ves?

—Estaba diciéndole a Klara que la quería, ella me ha dicho que me quería y que pronto estaría bien y volveríamos a hablar. De pronto, he aparecido aquí, en este espacio blanco, lleno de espirales que parecen volutas de humo de suaves colores, y has aparecido tú. ¿De verdad he muerto? ¡Klara! ¿Qué va a ser de ella?

—Klara estará bien. Cuando aceptes la realidad todo irá mejor.

—¿Cuánto tiempo se tarda en aceptar?

—El tiempo no existe, o más bien es tan elástico que no cuenta. Entenderás esta etapa, no te preocupes. Solo piensa en lo que te he dicho. Somos pensamiento, lo que quieras y pienses, se hará realidad.

—Quiero estar contigo, Andrés, en la playa en la que nos conocimos.

Inmediatamente, y como a través de un velo, vio la arena, el mar, la roca volcánica al lado de la cual se escondían para amarse. Alargó la mano, cogió un puñado de arena y la dejó deslizarse entre sus dedos.

—¿Quieres decir que, si no tengo cuerpo físico, esta arena que tengo en la mano no existe? ¿Y la sensación tan placentera que siento?

—Tienes esa sensación porque es lo que quieres sentir. Es confuso, lo sé. Pero esto es lo que tenemos ahora y es maravilloso, poder llenarnos de buenas sensaciones que sanen nuestra alma. Lo que quieras lo tendrás, de ti depende.

Una pequeña espiral azul revoloteaba alrededor. Idaira se sentía muy bien observándola. Se acercaba, se alejaba, cambiaba de forma y se hacía más grande para seguidamente volver a ser pequeña otra vez. Volvió a alargar la mano para tocarla y esta vez no se desvaneció, sino que su luz se fue haciendo cada vez más brillante hasta que, por fin, pudo ver a María, su madre.

—¿Mamá? También estás aquí. —Sintió como su madre sonreía—. Por cierto, ¿dónde estamos?, ¿es esto el cielo o no?

—Estamos en todos los sitios y en ninguno. Estamos donde queremos estar.

—Mamá, necesito respuestas, no entiendo nada de lo que está pasando. ¿Por qué no habláis claro?

—No se trata de hablar, claro, se trata de que en esta etapa todo es como tú quieras que sea. Estarás donde quieras estar y como tú quieras estar. Pero solo en el plano espiritual, no físico.

—Entonces, ¿no estamos hablando?

—No, estamos pensando, sintiendo. Yo puedo sentir tu confusión. ¿Y tú, qué sientes en mí?

—Que estás bien, contenta por reencontrarnos, pero hay algo que te inquieta. ¿Qué es?

—Ya lo descubrirás, no te preocupes.

Idaira sintió que su madre sonreía, le preguntó algo que se le acababa de ocurrir.

—¿Volveremos a la... vida física?

—Solo si queremos, pero no antes de haber mejorado, madurado.

—¿Volveremos a ser familia?

—Puede que sí, puede que no. Quizá yo sea tu hija, o tu mejor amiga. Lo cierto es que, de alguna manera, nos volveremos a encontrar en el plano físico. Y antes de que me lo preguntes, sí, en el amor nos volvemos a encontrar con la misma persona, si queremos. Almas gemelas, ya sabes.

—Si decidimos volver, ¿recordaremos algo de esto?

—No, este plano se olvida al nacer, al igual que nuestra vida física se va borrando mientras permanecemos aquí. He reconocido tu alma, pero ya no recuerdo nada de mi vida. No te inquietes, así es mejor; de otra manera, echaríamos muchísimo de menos a las personas que hemos dejado atrás y no podríamos avanzar. Aquí estamos con quien queremos estar, sin ningún impedimento, ni juicios de valor, solo porque somos almas afines. Ahora mismo te noto preocupada.

—Pienso en mi hija.

—Ella estará bien. Y cuando llegue aquí, la reconocerás y te reconfortará.

Una pequeña luz blanca titilaba en la lejanía; no se movía del sitio y prácticamente no cambiaba de forma. Idaira la miraba y la luz brillaba más, pero seguía sin moverse.

—¿Puedo reconocer el alma de alguien a quien no he conocido físicamente?

—Sí, es posible.

Idaira sentía a Andrés muy cerca de ella.

—¿Estás segura de que quieres conocerle? —preguntó María.

—Sí, quiero conocer a mi padre.

Mientras Idaira pronunciaba estas palabras, la pequeña luz blanca se fue haciendo más grande y brillante cuanto más se acercaba a ella. Lo hacía con lentitud, emanando una gran emoción, mezcla de amor y un leve pesar.

Idaira sintió todo eso al ver sus ojos, exactamente iguales a los de Klara.

—Estoy tan agradecido de que quieras verme... Yo sí que aún tengo recuerdos de mi vida anterior. Siempre lamenté no haber podido conocerte, abrazarte, protegerte. Te quería ya antes de haber nacido. Esto es algo que no me dejaba estar en paz en este plano. Supongo que era mi castigo, por no vivir como debía parte de mi vida. Pero ahora estás aquí, has querido verme. Gracias, te quiero tanto.

Idaira sintió su amor, su gratitud y una calidez que la envolvía como un abrazo. Ya nada la inquietaba; supo que aunque tenía muchas cosas que entender, mejorar y aprender, allí sería feliz.

2007
Domicilio de Idaira
Klara

Había pasado una semana, una semana desde que su madre ya no estaba. No recordaba prácticamente nada de lo sucedido en los últimos días. Cerraba los ojos y veía a Conchi llegar corriendo por los pasillos del hospital, como ralentizaba la marcha para parecer serena al llegar a ella, como la abrazaba mientras las dos lloraban.

Pero no recordaba sus palabras, ni las de nadie, en realidad. Tampoco recordaba si durmió o comió. Solo podía recordar que eligió un ramo de rosas para su madre, nada más. ¿Acaso no se merecía su madre que recordara su marcha de este mundo?

Había estado en casa de Conchi hasta hacía unas horas. Ella la había cuidado, de eso sí que se acordaba. La hacía comer y descansar, la acompañó al médico y a hacer todos los tediosos trámites. También la acompañó a su trabajo a presentar la baja médica. Además, y por si fuera poco, hizo un milagro. Logró que sus hijos jugaran con gritos por debajo de los ochenta decibelios y no destrozaran la casa en su presencia.

Benditos niños. Ellos también la habían cuidado, le habían prestado sus cuentos y juguetes. Javier incluso le había dejado su peluche preferido, un león el cual no dejaba a nadie, ni siquiera a su padre.

Estaba muy agradecida, pero pensó que era hora de volver a su casa. Tenía muchas cosas en qué pensar, muchas decisiones que tomar. Entrar en la casa de su madre había sido duro, la notó fría y sin vida. Fue incapaz de entrar en la habitación de sus padres. Tendría que arreglarla, pero no hasta que tuviera fuerzas para ello.

Deambuló por la cocina, colocando platos que ya estaban colocados y limpiando muebles que estaban impolutos; se fue al baño y volvió a salir. Sin saber bien qué hacer, se dirigió al jardín. Eran las dos y diez y aún continuaba allí, sentada, mirando al frente, pero sin ver, cuando sonó el timbre. Se levantó pensando en quién sería a aquellas horas, pero sin darle importancia realmente.

Abrió la puerta a Conchi que, según su costumbre, entró como una avalancha.

—Si tú no duermes, yo tampoco. Traigo helado y cervezas. ¿Qué te parece? ¿Dónde lo dejo?

—Conchi, ¿cómo sabes que no estaba durmiendo? ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Me he levantado a fumar un cigarro y he visto luz en tu patio. Sí, ya sé, no me mires así. Es solo un cigarro de vez en cuando.

—Mientras sea uno de vez en cuando... Anda, ven, estoy en el jardín, deja las cervezas en la nevera, nos tomaremos el helado.

Se sentaron juntas y empezaron a tomar el helado lentamente, sin hablar, hasta que Conchi rompió el silencio.

—¿Qué es lo que no te deja dormir? Sabes que puedes estar en mi casa todo el tiempo que necesites.

—Te lo agradezco mucho, pero tengo muchas cosas que decidir. No sé qué hacer con esta casa, con mi trabajo, con mi vida en general. Es un desastre, además. ¿He cuidado bien de mi madre? ¿Podría haber hecho algo más por ella? ¿Ser más cariñosa?

—Has cuidado perfectamente de tu madre, eso no lo dudes; y en cuanto a cariñosa, tú eres como eres. La querías y ella lo sabía, que no estuvieras siempre encima de ella abrazándola no significa

que no la quisieras. Mira, es normal pensar esas cosas cuando alguien se va; siempre tendemos a pensar que podríamos haber hecho algo más, pero tienes que quedarte con que has hecho todo lo que has podido por ella.

—Es difícil, ¿sabes? Ahora ya no tengo nada, ni marido, ni hijos ni familia. Y eso me hace pensar que soy egoísta; mi madre ha muerto y yo solo pienso en mí.

—Pero es que tienes que pensar en ti. Te repito, has cuidado de tu madre, ahora te toca cuidar de ti. Además, me tienes a mí. —Conchi cogió la mano de Klara y la apretó levemente—. Las decisiones las tienes que tomar tú, pero si necesitas que te escuche, un consejo o un hombro sobre el que llorar, ahí estaremos, mis rizos y yo.

A su pesar, Klara sonrió. Conchi era una cabra loca, ella sensata. Conchi tendía a gritar cuando se enojaba, ella bajaba la voz. Eran tan diferentes, tan opuestas, que su madre siempre decía, «las dos hacéis una». Y era cierto, Conchi era más que su mejor amiga, era su hermana.

Estuvieron un rato más en el jardín, hasta que Klara le dijo a Conchi que se fuera a casa, que estaba bien, y que se quedaba las cervezas para la tarde siguiente. Se las beberían y se emborracharían.

Después de acompañar a Conchi hasta la puerta, fue a su habitación, se cambió y se puso unos cómodos *leggings* grises y un top rosa pálido. Se recostó en la cama a la espera del sueño. Un sueño que no llegaba, pero eso era algo que no la molestaba; últimamente nada la molestaba o la enfadaba, era prácticamente una planta.

Acercó las rodillas a su pecho y las abrazó pensando qué hacer al día siguiente, para descubrir que le daba igual. Le vinieron a la mente las palabras de su madre: «Sé tú misma».

«De acuerdo, seré yo misma. ¿Qué hago cuando no sé qué decisión tomar? Listas, hago listas. Soy la loca de las listas». Cogió una libreta del cajón de la mesita de noche y un bolígrafo. Apoyando este en los labios pensó en todo lo que tenía que hacer.

Decidió dividir la hoja en cuatro secciones. Una la tituló *Amor*, otra *Finanzas*, la tercera *Casas* y la cuarta y última sección *Diarios*.

Empezó por lo más fácil, el apartado Casas. Tenía su piso y, a no ser que su madre hubiera cambiado el testamento, también tenía esta casa y el piso en Gran Canaria. Sabía que su abuela había comprado una finca allí, posteriormente la había vendido y comprado un piso, que a su muerte legó a Idaira junto con la vivienda habitual. En fin, que seguro que podía contar con su piso y dos o tres propiedades más.

Lo que la llevaba al apartado Finanzas. Tendría que acordar una cita con el abogado de su madre; le había parecido verlo en el funeral, pero no estaba segura. Anotó en el apartado *llamar al abogado* y le puso un asterisco para tenerlo presente. Si su madre le había legado las propiedades, vendería su piso, o mejor, lo alquilaría y así tendría un ingreso extra mensual, ya que pensaba dejar su trabajo como guía turística. Volvió al apartado Casa y anotó *reformular la casa de sus padres*. Viviría allí, así estaría al lado de Conchi, tendría su negocio más lejos, pero no le importaba, le gustaba conducir.

Siguió con el apartado Amor. Bien, tenía una mente lógica y analítica, así que los dos primeros apartados habían sido fáciles. Este era más duro. Lo único que tenía claro era que no quería otra relación, atarse a alguien. No a esas alturas, ya no. Tendría sus aventurillas cuando le apeteciera, pero nada más. Pensó en su madre y abuela, se habían ido muy jóvenes de este mundo, ninguna de las dos había llegado a cumplir los setenta. ¿Y si a ella le pasaba lo mismo? ¿Cómo quería irse? Desde luego que pensando que había vivido bien, sin arrepentimientos ni rencores.

Estuvo un buen rato decidiendo si otra de las llamadas a hacer el día siguiente era a su

exmarido. Él lo había intentado, había querido hablar con ella. Lo suyo no había funcionado, él la había engañado, ella no le había dado lo que él necesitaba. Eso no era excusa para el engaño, podría haberle hecho saber cómo se sentía. Pero ¿le habría hecho caso ella?

De acuerdo, los dos tenían parte de culpa. Sí, lo llamaría. No iría a su boda, pero intentaría limar asperezas. Se había quedado sola, quería continuar su vida lo más limpia posible, en paz.

Diarios. Una sola palabra que encerraba muchas otras para ella. ¿Valía la pena leerlos? Su madre y su abuela ya no estaban. ¿En qué iba a influir la lectura en su vida? No estaba muy segura de que conocer la historia de amor de su abuela la ayudara en algo. Pero, por otra parte, también era su historia. Su madre le había dicho que su niñez no fue muy feliz, y eso le hizo ser la adulta que fue, con el consecuente trato hacia ella. Sí, también era su historia. Dibujó un gran *sí* en la sección Diarios.

Una gran tranquilidad invadió su cuerpo cuando guardó la libreta, esponjó los cojines y se dispuso a dormir. Por fin, después de muchos días, el sueño la visitó.

CAPÍTULO 7

1944
Wansee
Klaus

Miró su reloj a la luz de la luna, casi las doce. María ya estaría durmiendo, su dulce María. Sería una gran madre para sus hijos. Él también sería un gran padre, jugaría con ellos, les enseñaría a montar en bicicleta, les ayudaría con sus tareas del colegio. No sería un padre ausente, como el suyo lo fue para él.

Su padre, un hombre duro, recto, honesto, pero que vivía para sus negocios. Los cuidaba casi más que a sus propios hijos. La única que estaba por encima en sus prioridades era su esposa. Sabía que iba a ser difícil que le diera lo que le correspondía por herencia. Su hermano mayor, Karl, había muerto en el este. Su padre contaba con él para seguir con el negocio familiar, no para que cogiera el dinero y se «largara con una no aria». Sabiendo lo que su padre sentía por su madre, había jugado la baza del amor. Necesitaba ese dinero para desaparecer con María, iban a tener un hijo, su nieto. Nada de eso enterneció a su padre. Continuaba pensando que ganarían la guerra y su deber como hijo era volver, casarse con una buena alemana, tener bebés y continuar con el legado familiar.

La discusión había ido subiendo de tono, al menos por parte de su padre. Estaba preocupado por el peligro que corría. Canaris estaba en prisión y todo el mundo sabía que él era uno de sus agentes favoritos. Había tenido un buen puesto en la guerra, un puesto seguro, fuera de peligro. «No como tu hermano», le había recordado su padre.

—Seguro que tú mejor que nadie sabes lo que está pasando, Klaus. Las SS quieren absorber la Abwher. Canaris está en prisión, bajo sospecha de conspirar en múltiples intentos de atentar contra Hitler. Canaris caerá y ¿qué crees que pasará con él, con sus agentes? La mayoría caerá con él, con acusaciones falsas o no, pero también caerán. ¿Quieres eso? ¿Quieres causar más dolor a tu madre? —Otto, rojo de furia, prosiguió—. Olvídate de esa chica, ingresa en las SS, cástate y ten bebés arios. ¡Por Dios! Sigue el ejemplo de tu hermana, se ha comprometido con un alto oficial de las SS, cercano al Führer, ella está segura. Al menos, de momento. Klaus, los nazis tienen miedo, están haciendo purgas. Hazles ver que estás con ellos, es la mejor manera de mantenerte seguro. ¿Crees que yo estoy de acuerdo con ellos? Intenté mantenerme al margen todo lo posible, no hacer negocios con ellos y, aunque era difícil, lo había conseguido. Ahora eso es imposible, han intervenido mis negocios, mi fortuna. Pero no antes de poder sacar gran parte de ella a Suiza. Tu labor es trasladarla a otro lugar, utiliza los canales que has abierto para ellos, pero mantén la fortuna segura hasta que acabe la guerra.

—No te preocupes, utilizaré mi red. La fortuna estará segura. La sacaré de Suiza y la pondré en España. María ya tiene parte de ella, con la que traslade tejeré un entramado que nos protegerá a todos. Ya le he hecho llegar una carta a María explicándole todo. Pero en una cosa tienes razón, papá. Tengo que desaparecer y utilizaré parte de la fortuna en ello, no es seguro continuar haciendo lo que hago. No quiero despedirme de ti así, enfadados. Mamá siempre me ha dicho que piense con la cabeza y actúe con el corazón.

Se miraron fijamente en aquel despacho lleno de libros y muebles oscuros, el santuario de su padre. Finalmente, se abrazaron fuertemente, mientras Otto susurraba al oído de su querido Klaus «está bien, sigue tu instinto, hijo, y cuida de mi nieta».

2007
Fuerteventura
Klara

Habían pasado dos semanas más y Klara ya había tomado bastantes decisiones. Tal como se marcó en su lista, llamó a su exmarido, al abogado de su madre y dejó su trabajo como guía turística.

Cuando le explicó a su jefe que dejaba el trabajo, este no supo cómo reaccionar. Había estado muy poco tiempo trabajando allí, pero le había cogido cariño, quizá algo más; definitivamente, algo más. Era tan bella, tan responsable, algo seria, pero supuso que era por su gran sentido de la responsabilidad. No se veían mucho en el trabajo y si se marchaba iba a ser difícil que se vieran.

—¿Estás segura, Klara? Sé que no es un trabajo de lunes a viernes, de nueve a cinco, pero...

—Sí, lo he pensado mucho y realmente no lo necesito. Estoy muy agradecida por la oportunidad que me has dado y lo bien que me habéis acogido, pero ahora esto en un momento en que quiero otras cosas en mi vida. Espero que me entiendas, me ha encantado colaborar con vosotros, pero necesito hacer otras cosas.

—Yo también estoy muy agradecido de haberte tenido con nosotros. De todas maneras, si cambias de opinión y quieres volver, aunque sea de forma puntual, por favor, llámame.

Klara salió de la oficina en dirección a su coche. Antes de entrar en él llamó a Dani, era el guía con el que más trato había tenido y con el que se sentía más a gusto. Dani se sorprendió e intentó convencerla de que se quedara; ante la firmeza de Klara en su decisión, la amenazó con sorna.

—¿A que me presento esta noche en tu casa y te enseño todo mi repertorio para ligar?

—¡Vamos, Dani! Puedes venir y cantarme una serenata si quieres, pero mi decisión está tomada.

—¡Joder, Klara! Me divertía mucho contigo, eres como esa hermana mayor que regaña amablemente, que aconseja mientras se burla. Te voy a echar mucho de menos.

—Dani, me voy del trabajo, no a la otra punta del planeta. Si necesitas impresionar a alguna chica, llámame y te aconsejo. Mientras me burlo, eso sí.

—Lo de que te voy a echar de menos va en serio.

—Lo de que me llames también, Dani. Has sido un compañero genial. Cuando me encuentre mejor podemos quedar y me invitas a un café.

Se despidió de Dani, colgó y condujo hasta casa de su madre; aún no la sentía como propia. De momento, no había decidido qué hacer con las propiedades. En su lista había marcado vender el piso y reformar la casa de sus padres, pero ahora no estaba segura. Bueno, una cosa a la vez. Había hecho lo más fácil, dejar su trabajo. Ahora tocaba decidir qué hacer después. ¿Llamar a su marido o al abogado?

Cuando llegó a casa, se dio una larga ducha, algo que siempre la había ayudado a decidir. Mientras se secaba, se ponía unos pantalones holgados y una amplia camiseta, pensó que llamaría a su exmarido. Las situaciones difíciles, cuanto antes te las quites de encima, mejor.

Se hizo un té helado y mientras iba a su habitación marcó el número de su exmarido. Se hizo un tenso silencio cuando contestó Natalie.

—Emm... Hola, soy Klara, ¿está...?

—Ahora está en la ducha, yo le digo que te llame —el acento francés de Natalie era muy marcado cuando le dijo—: Sentí mucho lo de tu madre, y sé que Marcos también. ¿Cómo te

encuentras?

—Mejor, gracias. ¿Le dirás a Marcos que me llame?

Natalie le aseguró que así lo haría y le hizo saber que se alegraba de que estuviera mejor. Klara volvió a darle las gracias y se despidieron. Se sentía bien, había sido capaz de hablar con ella sin sentir deseos de arrancarle la cabellera. Había sido educada y civilizada. «¡Bien por mí!», pensó a la vez que bebía un gran trago de té.

Pocos minutos después llamó su marido. Klara se dio cuenta de que no sintió nada cuando vio su nombre en la pantalla. Su voz fue muy tranquila cuando contestó.

—Hola, Marcos, gracias por llamar.

—Natalie me ha dicho que has llamado y que habéis hablado unos instantes —su tono de voz fue dubitativo.

—Sí, ha sido una conversación corta y con tensos silencios, así que lo único que puedo decirte es que estés tranquilo. No nos hemos insultado ni nada de eso.

—Pocas veces te he oído decir palabrotas, Klara. Pero, bueno, ¿cómo te encuentras?

—Tomando muchas decisiones —soltó un largo suspiro antes de añadir—: Necesito hablar contigo. ¿Cuándo podemos quedar?

—Volvemos a Fuerteventura mañana, queremos ver a mis padres antes de salir para nuestra luna de miel.

Klara se llevó la mano a la frente, se había olvidado por completo de la fecha de boda de su ex. Volvió a suspirar.

—Claro, lo siento, lo había olvidado. Si quedar es mucho problema para ti, lo entenderé.

—Solo vamos a estar dos días en casa de mis padres antes de salir para Grecia. ¿Quedamos pasado mañana a las seis?

—De acuerdo, me parece bien. ¿Donde la otra vez?

—Perfecto, nos vemos. Cuídate, Klara.

Colgó sintiéndose cada vez mejor consigo misma. Amargura fue lo único que consiguió odiando a Natalie y guardando rencor a su marido. Lo hecho, hecho estaba. No había marcha atrás ni quería que la hubiera. Más le valía que lo aceptara y siguiera con su vida.

Llamó a Conchi para hablar un rato, suponía que aún no estaría preparando la cena y un parón en el cuidado de sus hijos le iría muy bien.

—Conchi, ¿puedes hablar? Oye, no escucho a tus hijos. ¿Qué has hecho con ellos?

—Pues verás, aunque a veces me gustaría atarlos y amordazarlos, todavía no lo he hecho. Ahora están en la cocina con su padre, muy aplicados y atareados en preparar la cena. Me han dicho: «tú descansa, mamá, nosotros cocinamos». ¡A veces son tan monos!

—¿Qué suerte tienes! ¿Qué ha sido ese ruido? —Klara escuchó con total nitidez un sonido ensordecedor de cacharros cayendo.

—Pues, exactamente, no lo sé —contestó Conchi—. Y ahora mismo tampoco me importa, estoy en un momento relax, el único de esta semana. Joder, Klara, lo siento. Con lo que estás pasando y yo aquí, quejándome.

—No te preocupes, tú también lo estás pasando mal y aun así me cuidas. ¿Sabes? Se me acaba de ocurrir una cosa: cuando me encuentre mejor, me centre y sepa qué hacer con mi vida, ¿qué te parece si me quedo con tus hijos un par de días para que puedas irte con tu marido en plan romántico?

—¿En serio, lo harías? ¿Sabes lo que dices? Necesitarás tapones para los oídos, rodilleras y otras protecciones para cuando tropieces con sus juguetes, un par de diazepam, cinco o diez

litros de tila...

—Para, para —Klara comenzó a reír—. Conchi, es la primera vez que me río en mucho tiempo, gracias por ser como eres. Y sí, lo digo en serio, si os parece bien y los niños quieren, me quedaré con ellos.

—Pues nos hará mucha ilusión, eso seguro. A ver, ahora dime, ¿qué has hecho hoy que no te he visto el pelo?

Hablaron unos minutos más, se despidieron quedando para el día siguiente a media mañana, a tomar un café y seguir charlando.

Ya se le había hecho muy tarde para llamar al abogado, así que se hizo algo de cenar con lo poco que quedaba en el congelador y la despensa. No tenía mucha hambre, pero se obligó a comer el pollo a la plancha. La ensalada acabó en la basura.

Después de recoger todo y dejar una carga de ropa preparada en la lavadora para la mañana siguiente, cogió un libro y se fue a su habitación. Últimamente, su vida se reducía a eso, a hacer gestiones, llamadas y pasar el resto del día y la noche en su habitación con visitas ocasionales al baño cuando era estrictamente necesario. No le apetecía estar en ningún otro sitio, solo en su habitación. ¿Cómo iba a reformar la casa de sus padres para vivir en ella si era incapaz de salir de su habitación? El jardín, recordó que la primera noche que pasó sola en casa estuvo mucho tiempo en él. Conchi se presentó y estuvieron comiendo helado. Sí, podía funcionar. Dio media vuelta y se fue a su amado jardín. ¿Cómo se había podido olvidar de él? Se sentó en la silla de siempre, con el libro en el regazo; no lo abrió, era la novela que tenía a medias cuando se mudó a casa de su madre, no se acordaba muy bien de la trama y no estaba segura de que le apeteciera seguir leyéndola. Siguió allí un rato más, sin hacer nada, solo mirar como la luz de la luna iluminaba sus queridas flores y plantas.

Durmió poco esa noche. Se levantó cansada, pero no tanto como en días anteriores. Suponía que era normal, el médico le había recetado ansiolíticos, pero ni siquiera los había comprado, no quería aplazar el dolor, ¿para qué? Si al final tendría que pasar por ello y afrontar la pérdida de sus seres queridos.

Hizo algo de limpieza y desayunó antes de llamar al abogado. Solo lo había visto tres o cuatro veces cuando había acompañado a sus padres siendo pequeña y otra vez ya siendo mayor. En todas las ocasiones, se había quedado en la sala de espera hojeando aburridas revistas. El abogado era quizá algo mayor que su madre, pero no mucho. Lo recordaba con un profuso bigote, ojos pequeños, pero agradables, nariz grande y un traje oscuro que le quedaba demasiado ajustado a la cintura.

La recepcionista le dijo que el señor Martínez tenía una semana bastante ocupada, pero cambiaría algunas citas, ya que esperaba su llamada.

—El señor Martínez iba a llamarla la semana que viene si usted no lo llamaba antes, señora Tacoronte. ¿Cuándo puede usted venir? ¿Tiene la dirección?

Klara, que no estaba acostumbrada a que la llamaran por su apellido, dudó un poco antes de contestar.

—Supongo que siguen teniendo el bufete en Gran Canaria, ¿verdad?

—Sí, el señor Martínez en esos momentos está muy ocupado y no le es posible viajar a Fuerteventura para verla, me pidió que me disculpase en su nombre.

—Está bien, no se preocupe, no es problema. Veamos, hoy es miércoles, mañana tengo una cita importante que no puedo dejar pasar. Tendría que ser el viernes o ya el lunes de la semana que viene.

—Déjeme ver —Klara escuchaba como la recepcionista tecleaba en el ordenador—. ¿Puede esperar un momento, por favor?

Klara escuchaba la típica musiquita de espera pensando en que prefería quedar el lunes, así tendría tiempo para aclararse y prepararse. Algo le decía que quizá escucharía cosas que no serían de su agrado.

—¿Señora Tacoronte? El señor Martínez no puede ponerse al teléfono, le envía saludos y le pide que si es posible que venga usted el lunes a las cuatro de la tarde, parece que tienen bastantes temas a tratar, ha reservado toda la tarde para usted. También me ha pedido que reserve una noche de hotel para usted. ¿Tiene alguna preferencia?

—Pues realmente no, solo que sea cómodo y tranquilo.

—De acuerdo, haré las gestiones y la llamaré para darle los datos del hotel. Nos vemos el lunes, señora Tacoronte.

—Hasta el lunes, muchas gracias.

Acababa de colgar con la recepcionista cuando sonó el timbre, era Conchi.

—Estupendo, estás arreglada, nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —Klara ya estaba siendo arrastrada a la calle por Conchi—. ¡Espera, espera, mis llaves!

Cogió las llaves, el bolso y el teléfono móvil y salió presurosa al sol de media mañana.

—Tía Klara, tía Klara —Javier, el hijo pequeño de Conchi, salió disparado hacia la puerta intentando ayudar a Klara a cerrarla y molestando en el intento—. ¿Sabes? Vamos a tomar café.

—Tú no puedes, eres muy pequeño —azuzó su hermano mayor, escapándose de las garras de su madre y corriendo hacia Klara.

—No soy pequeño, ya tengo cinco años. ¿A que puedo tomar café, a que sí?

—Cuando seas mayor podrás tomar café.

Iba a decir algo más, pero Javier la interrumpió.

—¿Y eso cuándo será? ¿La semana que viene? —El pequeño miraba esperanzado a Klara.

—Bueno, la semana que viene no —ante la acuosa mirada del niño, continuó—; pero quizá el año que viene sí.

—¿Y falta mucho para el año que viene?

—¿Aún quieres quedarte con mis hijos un fin de semana? —Conchi le lanzó una elocuente mirada antes de girarse y alzar la voz—. ¡Javieeeeer, ¡que tengas cuidado con la pelota!

—Anda, vamos, antes de que nos echen del barrio. —Klara cogió la mano de Javier y se subió al coche, no sin antes tener algún problema para convencerlo de que él no podía conducir.

El trayecto hasta el centro comercial fue tal como cabía imaginar con dos niños hiperactivos encerrados en un vehículo. Les pusieron su música preferida, se cansaron de ella a los tres minutos; cogieron los juguetes que les dio su madre, acabaron por tirárselos a la cabeza; probaron con los cuentos, pero eso tampoco funcionó. Klara y Conchi exhalaban un suspiro de alivio cuando por fin aparcaron y los soltaron en el parque mientras ellas se sentaban en la terraza de la cafetería.

—Vale, ahora que ya estamos tranquilas, dime, ¿cómo te encuentras?

Klara miró sonriendo a su amiga. Tenía bastantes cosas que explicarle, todas las decisiones que había tomado, pero aún no le hablaría de la historia familiar, primero quería leer los diarios.

—Me encuentro mejor, Conchi. He estado decidiendo muchas cosas. He dejado mi trabajo como guía turística, he quedado con mi ex y el lunes iré a ver al abogado de mi madre.

—¿Estás segura de lo de tu ex?

—Sí. Quiero que mi vivir mi vida sin rencores, quiero dejar algo bueno en este mundo cuando me vaya de él. Y el primer paso es hablar con mi ex. No hacerlo no me aporta nada, pero puedo ganar mucho si lo hago.

—¿Qué crees que puedes ganar?

—Sobre todo, paz mental y tranquilidad. Ya pasó, es hora de superar el enfado que me provocó.

—Puedo acompañarte si quieres, me parece bien que hables con él, pero ¿estás preparada?

—Sí, ya lo he decidido y, cuanto antes cierre esa etapa, mejor.

—¡Esa es mi Klara! Una vez que decide algo, lo lleva a cabo sin perder un segundo.

Escucharon un grito agudo que les heló la sangre. Miraron hacia la zona de toboganes y vieron como Javier aterrizaba de cabeza en la arena, después de deslizarse por el tobogán a toda velocidad. El niño no se movía y su hermano mayor no dejaba de gritar. Salieron corriendo, Conchi blanca como el papel, mientras Klara abrazaba a Álex y se tranquilizaba al ver que Javier estaba bien, llorando a mares, pero bien.

—De acuerdo, ¡se acabó! Vais a estar sentados con nosotras en la mesa. ¿Cuántas veces os tengo que decir que no os tiréis de cabeza por el tobogán? —Cogió a cada uno de la mano y no los soltó hasta que volvieron a su mesa—. Aquí tenéis vuestros zumos, os los tomáis aquí, tranquilitos.

—Mami, ¿y si nos vamos a la arena y no nos movemos de allí?

Javier movía afirmativamente la cabeza con entusiasmo.

—Y no nos movemos de allí —dijo para apoyar lo dicho por su hermano.

—Está bien, pero como volváis a hacer una trastada, no salís en una semana, ¿entendido?

—Sí, mami —dijeron los dos a coro.

—Y yo que quería hablar tranquila contigo. ¡Qué ilusa! Con mis hijos es imposible.

—No te preocupes, Conchi, he salido a hacer un café gracias a ti, ni me acuerdo de la última vez que salí.

—¿Dónde estábamos? Ah, sí, tu ex. No sé si te diste cuenta, pero Marcos fue al funeral, no sé cómo se enteró, yo no se lo dije. Me repatea decirte esto, pero parecía afectado, que se preocupaba por ti.

—Pues que no te repatee, quizá se equivocó en cómo hizo las cosas, pero no es mala persona. Tengo ganas de verlo y arreglar las cosas con él.

—Si tú lo dices... Pero si puedes, dale una patada en ya sabes dónde de mi parte.

Los niños olvidaron lo de no moverse de la arena y ya estaban haciendo trastadas por ahí otra vez. Decidieron volver a casa, los niños estaban cansados, tenían que comer y hacer la siesta. Se despidieron en la puerta de Klara. Ella también estaba cansada, entró en casa con la misma sensación de los últimos días, prácticamente no comió y durmió toda la tarde y parte de la noche.

CAPÍTULO 8

2007
Fuerteventura
Klara

Ya estaba duchada y vestida para su encuentro con Marcos. Como era su costumbre no llevaba mucho maquillaje, pero, eso sí, el vestido era espectacular, de corte *lady*, en negro y blanco. Estaba bellísima.

Al menos, es lo que Marcos pensó cuando la vio. Era una pena que lo suyo no hubiese salido bien. Le puso la mano en el brazo y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Klara, siento mucho lo de tu madre.

—Lo sé. Me pareció verte en el funeral, pero no recuerdo si te saludé.

—Sí, lo hiciste. ¿Cómo estás?

—Es duro, pero saldré adelante. ¿Cómo supiste que mi madre había fallecido?

—Me llamó su abogado. —Ante la incredulidad de Klara, añadió—: Cuando a tu madre le detectaron la enfermedad, me llamó. Le preocupaba dejarte sola. No malinterpretes, tu madre no quería que volviéramos a estar juntos, solo quería que de vez en cuando hablara contigo y comprobara cómo te iba.

—¿Por eso me llamaste? Todo lo que me dijiste, ¿lo pensabas de verdad?

—Por supuesto que lo pienso de verdad. Klara, no quiero tener una relación de odio contigo, pero lo entenderé si no quieres volver a hablar conmigo. Aunque no lo creas, quiero que seas feliz.

—Fui muy dura contigo, ¿verdad? Yo también quiero que seas feliz, Marcos. Estoy pensando mucho y me he dado cuenta de muchas cosas. Dame tiempo y creo que podremos tener una buena relación.

La sonrisa de Marcos fue muy amplia, eso era lo que él quería, por el bien de los dos. Siguieron hablando, intentando limar asperezas; no era fácil, pero se esforzarían y lograrían tener una relación, si no de amistad, sí cordial.

—Y recuerda, tengo que dar el visto bueno al afortunado que viva a tu lado —fue la despedida de Marcos.

—No va a haber tal afortunado.

Klara le devolvió el beso y acordaron volver a hablar al cabo de un mes; él ya estaría en París, pero la llamaría.

Klara durmió bien esa noche, parecía recuperarse, el color volvía poco a poco a sus mejillas y se sentía más animada.

Pensó quedarse tres días en Gran Canaria, allí descansaría, lejos del ambiente y la casa donde había vivido los dos últimos meses. Meditó muy bien cómo vestirse para su cita con el abogado, metió varias prendas que no se arrugaban demasiado en la maleta, el resto ya lo metería al día siguiente.

Los días que quedaban hasta la cita los pasó tomando café con Conchi, limpiando y recogiendo la casa. Casi sin darse cuenta, llegó el día en el que vería al abogado. El bufete estaba en Las Palmas de Gran Canaria, capital de la isla, en un edificio alto muy cerca de la playa de las Canteras. Hizo un par de respiraciones profundas antes de entrar y siguió haciéndolas en el ascensor que la llevaría hasta la planta diez, donde el grupo de abogados tenían sus oficinas.

Arrastrando su maleta, empujó la puerta de madera con pomo de bronce. Había llegado justa de tiempo y no había podido pasar primero por el hotel que le habían reservado. Se acercó a recepción y le comunicó a una señora de aspecto muy serio que tenía una cita con el señor Martínez. La recepcionista echó un vistazo a su maleta, le preguntó el nombre y le indicó que tomara asiento en las cómodas butacas que había en la luminosa sala de espera, para acabar con la consabida frase «la atenderán enseguida».

En este caso fue totalmente cierto; no había pasado un minuto cuando una chica de unos veinticinco años se acercó a ella, se presentó y le pidió que la acompañara.

—¿No ha sido de su agrado el hotel que le he reservado? —preguntó al ver la maleta que Klara volvía a arrastrar por el lustroso parqué.

—Acabo de llegar y no he podido pasar por el hotel, pero seguro que está bien, gracias.

—Bien, ya hemos llegado; si le parece, puedo guardar la maleta en mi despacho mientras le preparo un café, ¿o prefiere té? —dijo mientras llamaba a la puerta y la hacía pasar.

—Té, y sí, me haría un favor si me guarda la maleta, gracias.

Se giró para entrar en el despacho mientras el abogado se levantaba, se abrochaba la chaqueta del traje y avanzaba hasta ella con la mano extendida para saludarla.

—Señora Tacoronte, bienvenida, encantado de verla —la saludó con una sincera sonrisa, sus ojos eran amables. El profuso bigote había desaparecido.

—Por favor, llámeme Klara.

—De acuerdo, tome asiento, Klara, llámeme Eduardo. ¡Ah! Ya tenemos aquí a Sara con el té. Gracias.

La taza tembló un poco en la mano de Klara, más o menos ya sabía o suponía qué iba a pasar. Su madre le habría dejado todo, su casa y el dinero que tuviera en su cuenta bancaria. Pero, aun así, estaba nerviosa.

—Bien, Klara, me he cogido toda la tarde libre para usted, tenemos mucho que hablar y tratar. Primero, necesito hacerle una pregunta. ¿Cuánto sabe usted de la historia de su familia?

—Pues, bueno, yo, verá, mi madre sufrió una enfermedad degenerativa en sus últimos meses de vida y me dijo algo que aún no he podido comprobar. Lo siento, es difícil de explicar —«¿Es posible que este señor sepa de mi abuela? ¿Por qué me pregunta por mi historia familiar?». Klara intentó explicarse mejor—. Mi madre me habló de mi abuelo y... ¿Por qué me lo pregunta?

—Le hablaré de mi historia familiar, Klara. Mi padre fue el abogado de su abuela, la ayudó en todo, trabajaron codo con codo, eran tiempos difíciles para una mujer joven, soltera y con una hija. Así que sí, conozco su secreto familiar. Cuando mi padre se jubiló, tuvimos una reunión los tres: mi padre, su abuela y yo. Me explicaron todo, ya que me iba a hacer cargo de los negocios de la señora María. No era necesario que lo supiera, ya que los negocios e inversiones, todo el entramado era perfectamente legal, pero su abuela creía en la honestidad; además de que, siendo su abogado, prácticamente estaba obligado a saberlo. Sí, honestidad —dijo al ver que Klara lo miró seriamente cuando pronunció esa palabra—. Su abuela era una mujer honesta, mantuvo su secreto porque creyó que era lo mejor para todos.

—Pero finalmente lo he sabido. ¿No habría sido mejor que me lo hubieran explicado antes? —Era algo que Klara no podía concebir. El sentimiento de sentirse engañada no la abandonaba del todo.

—Póngase en el lugar de su abuela y de su madre. Usted ha llevado una vida normal hasta que lo ha sabido, es ahora cuando se siente mal. Su madre me llamó en cuanto le detectaron alzhéimer, estaba asustada por la enfermedad, pero, sobre todo, por usted. Temía que a su muerte usted

encontrara los diarios y ninguno de los protagonistas estuviera presente para ayudarla. Me dijo que pensaba quemarlos, pero que no recordaba dónde los había puesto. Le aconsejé que se tranquilizara y que dejara de buscarlos hasta el día siguiente, yo la llamaría y veríamos qué hacer. Así lo hice, al día siguiente estaba más tranquila, pero aún indecisa sobre usted. Me pidió consejo y lo que le dije fue que, como padre, entendía que quisiera proteger a su hija, pero que como abogado me veía en la obligación de decirle que iba a ser complicado, si no imposible, explicar de dónde había salido todo el patrimonio si no le desvelábamos la verdad. A mi parecer, tomó la decisión correcta.

—Es un poco difícil para mí todo esto, no se lo tome a mal, pero usted, alguien externo a la familia, lo sabía y yo no. Espero que entienda que ahora mismo me sienta mal.

Klara volvió a coger la olvidada taza de té, que ahora temblaba más que antes.

—No se trata de falta de confianza en usted, si es lo que está pensando, más bien es protección. Entiendo que es una etapa complicada para usted, pero todo pasa, ¿sabe?

—¿Usted ha leído los diarios?

—No, sé de su existencia, pero jamás los he leído. Su madre los leyó de joven y se los dio a su marido para que los leyera cuando usted nació. Solo su abuela, sus padres y ahora usted, han visto físicamente los diarios.

—¿Mi padre no supo nada hasta que yo nací?

—No, su madre también era una mujer honesta y se lo dijo a su padre antes de casarse. A su padre no le molestó, entendió que nadie fue culpable de lo sucedido. En el amor no existe la culpa. Sus abuelos se enamoraron, vivieron un amor que habría podido con todo. Cuando se sienta mal, piense en eso. En el amor no existe la culpa.

—En eso estoy de acuerdo, una frase muy sabia.

—Gracias, pero no es mía. Según su abuela, es una frase que le dijo Klaus. Se le quedó grabada a fuego.

—Aún no tengo muy claro qué hacer. Pero sí que voy a continuar leyendo los diarios. Si tengo alguna duda, ¿puedo acudir a usted? —Lo de que su abuelo dijera algo así la había dejado fuera de juego.

—Por supuesto, pero tenga en cuenta que yo conozco más bien los aspectos técnicos de cómo llegaron a legalizar todo el dinero que su abuelo le había dejado a su abuela. Y era una gran parte de la fortuna familiar de Klaus. En aquellos tiempos, en España, tal cantidad de dinero era prácticamente impensable, solo unos pocos agraciados poseían semejante fortuna. De todas maneras, no dude en consultarme. Y ahora, si le parece, le expondré cuál es la situación económica en la que se encuentra.

El abogado estuvo hablando cerca de una hora sobre bienes inmuebles, acciones, donaciones y un largo etcétera, de tal manera que Klara sentía que le iba a explotar la cabeza, a la vez que pensaba que era imposible abrir más los ojos.

Pues sí, era posible abrirlos más; lo comprobó cuando el señor Martínez le comunicó el monto total de la fortuna que ahora poseía. ¿Qué iba a hacer con todo ese dinero? Ella no entendía nada de bolsa, inversiones y demás. Así se lo hizo saber al abogado.

—No se preocupe, Klara, el tema de las inversiones lo lleva nuestro departamento fiscal-contable, de hecho, Pedro Ramírez, nuestro jefe de esa sección, está esperando mi llamada para reunirse con nosotros, creo que es buen momento para que se conozcan.

—De acuerdo, ¿él también sabe la historia de mi familia?

—No, solo se ocupa del tema económico. ¿Está preparada?

—Sí. No sé si podré entender todo lo que me explique, soy de letras, los números nunca se me han dado bien.

«Y ahora, con el lío que tengo en la cabeza, menos todavía», pensó Klara.

—No se preocupe —dijo el abogado mientras descolgaba el teléfono—. Puede preguntarle todo lo que necesite.

Un par de minutos después se presentó un hombre joven, de poco menos de cuarenta años. Le tendió la mano y enseguida empezó a hablar de cifras, balances y fondos, hasta que Klara temió que lo de que le iba a explotar la cabeza fuera literal y no una frase hecha.

—Señora Tacoronte —Klara no le había pedido que la llamara por su nombre—, debe decidir si seguimos esta línea o no. Mi consejo es que estudie los documentos que le he preparado y volvamos a hablar cuando se sienta con ánimos para ello. Cualquier duda que tenga, póngase en contacto conmigo.

—Así lo haré, gracias.

Se dieron la mano y el contable salió de la estancia con el aire de alguien que tiene muchas e importantes cosas que hacer y poco tiempo para ello.

—Y bien, ¿qué le ha parecido? —Los amables ojos del abogado la miraban con simpatía.

—Que es apabullante, todo en general lo es. No me gustan las sorpresas y últimamente no hago más que saltar de una a otra. Todo va a una velocidad increíble, recibo noticia tras noticia casi sin tiempo para asimilarlas.

—La entiendo, pero piense una cosa: ahora ya lo sabe todo, no más sorpresas. Solo tiene que digerirlas.

—Incluyendo lo que lea en los diarios. Antes me daba algo de miedo leerlos, pero a estas alturas, creo que ya estoy preparada.

—Yo también lo creo, Klara. Solo hay una cosa que me gustaría decirle y ya la dejo que vaya al hotel a descansar. Este bufete lo fundó mi padre, yo sigo con él y algún día lo heredará mi hija, Sara; es la abogada que la ha acompañado hasta aquí y le ha traído el té. Hemos trabajado con su abuela y con su madre, nos encantaría continuar trabajando con usted. Si decide no hacerlo, lo entenderemos, pero sí que le ruego que, en ese caso, nos lo comunique lo más pronto posible para preparar el traspaso de la información, documentos y todo lo que conlleva su fortuna. Su madre nos dijo que usted tenía un negocio con su marido y que, tras su divorcio, este se lo cedió a usted. Si prefiere continuar con su equipo jurídico, tendremos que reunirnos con ellos.

—No tenía idea de la situación económica de mi familia. El encontrarme con una gran fortuna, probablemente cambie los planes que acababa de trazar para mi vida, no así mis valores. Por favor, eso téngalo claro.

—No me cabe la menor duda, debe estar cansada. ¿La acompaño al hotel? Está bastante cerca de aquí y es tranquilo. Quizá podríamos quedar mañana por la tarde. ¿Lleva la documentación?

—Sí, gracias, Eduardo, mañana tendrá mi decisión. De verdad, le agradezco mucho su amabilidad y paciencia en aclarar mis dudas.

—Me siento halagado de que una señora joven y hermosa me diga estas cosas —dijo mientras se levantaban y se dirigían a la puerta.

Klara llegó acompañada por el abogado a la encantadora casa, ahora convertida en hotel. La fachada estaba pintada de un color arena tostado, con las ventanas blancas y toldos de un gris claro. Estaba bastante cerca del bufete, tal como dijo el señor Martínez, lo que la alegró, ya que no tardaron mucho en llegar y podría descansar un poco antes de arreglarse para cenar.

La habitación la sorprendió, era muy amplia, con una zona de salón presidido por un confortable

sofá gris, muebles auxiliares en madera y blanco donde el verde de las plantas, junto con la cálida luz de las lámparas, daban al lugar un aspecto acogedor. La zona del dormitorio tenía una amplia y cómoda cama, con un bonito cabecero tapizado también en gris. Y lo mejor de todo: al ser una habitación esquinada, tenía dos grandes ventanales por donde se colaba mucha luz.

Decidió que desharía la maleta, estudiaría los documentos y después tomaría una ducha antes de bajar a cenar. De momento, lo único que tenía claro era que continuaría con el mismo bufete. A su abuela y a su madre le había ido muy bien con ellos, sería un error cambiar a otro bufete que no tendría tanta información. Podía confiar en Eduardo.

Estuvo estudiando los documentos y anotando dudas hasta las ocho. Continuaría con las donaciones y demás movimientos financieros, de momento no pensaba cambiar nada. Sacó la lista que había hecho en casa y tachó el cuadro Finanzas; ya lo tenía resuelto. El apartado Casas también lo tacharía en breve, la decisión de reformar completamente la casa de sus padres para vivir en ella estaba tomada. Solo le quedaba encontrar una buena empresa que se encargara de ello. Se trasladaría a su piso mientras durasen las obras, después lo vendería.

El tema Amor no le preocupaba demasiado en estos momentos; si tenía que llegar, llegaría. Tenía mucho que sanar en su interior antes de poder disfrutar de una vida en común con otra persona. Ahora mismo no estaba preparada. Aún no.

Y llegó al último apartado, Diarios. Sentía inseguridad hacia ellos. Le daba miedo lo que pudiese encontrar, pero a la vez quería leerlos, comprender. Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que sus sentimientos hacia ellos empezaba a cambiar. Los tenía en su piso y los leería mientras durase la reforma.

Ya más tranquila, con todo decidido y planeado, se arregló para cenar. Como siempre, no se dio cuenta de las miradas apreciativas que despertaba a su paso, cuando entró en el comedor. El vestido azul, ajustado en la cintura, le llegaba a las rodillas dejando ver sus torneadas piernas realzadas por unas sandalias con un tacón de ocho centímetros, su larga melena rubia brillaba a la tenue luz de las lámparas. Había sido una de las últimas personas en bajar a cenar y le asignaron una discreta mesa en una de las esquinas del salón comedor, desde donde disfrutaba de una bonita vista a la plaza.

Declinó tomar una copa después de la cena y subió directamente a la habitación. Se preparó para dormir y se metió en la cama con la novela que todavía no había acabado de leer. Se despertó al amanecer, continuó con la novela para hacer tiempo hasta la hora del desayuno, después llamaría al bufete.

Se levantó de un salto y salió a toda prisa hacia el comedor al comprobar que se había dormido con la novela en el regazo, desayunó bien y, colocándose las gafas de sol, salió a pasear. Llamó al abogado mientras miraba el mar.

Fueron tres días de reuniones y paseos, de sentarse en la playa a última hora de la tarde, escuchar el sonido de las olas y lanzar sus pensamientos al viento. Cada día era un poco más fácil, más llevadero.

Al volver a Fuerteventura se sentía más liviana, con más fuerzas para encarar su futuro. Visitó a Conchi al día siguiente a su llegada. Charlaron sobre los niños y su inminente vuelta al cole. Conchi dudaba entre volver a trabajar o pasar otro año escolar en casa. A veces se desesperaba con ellos, se enfadaba y gritaba, pero también sabía que le resultaría muy duro pasar tan poco tiempo con ellos.

—Así que, ya ves, no sé qué hacer.

Conchi se enroscaba distraídamente los rizos entre sus dedos.

—¿Y un trabajo de media jornada? ¿Por la mañana? Podrías pasar al cole a buscarlos y estar toda la tarde con ellos.

—Es una opción, pero antes tendré que reciclarme, he pasado muchos años sin trabajar. Quizá dedique este año a estudiar, ponerme al día y el siguiente año escolar me busque algo. ¿Y tú, qué tal? ¿Cómo te ha ido con el abogado?

Klara sabía que Conchi le preguntaría. Una de las decisiones que había tomado era explicarle toda la verdad. Pero no ahora. Cuando hubiera acabado de leer los diarios. Ese era el momento.

—Bien, más o menos era lo que esperaba, mi madre me ha dejado todo, casa y dinero en el banco. He pensado mucho y voy a darle un gran giro a mi vida. Lo primero es que ya no quiero la gestoría, en realidad, nunca la he querido, no es algo que me llene, ni siquiera me gusta. Es un negocio que montó Marcos antes de conocerme, me pareció lógico llevarlo entre los dos. Gran error hacer algo que detestas. Le he comunicado al abogado que prepare los documentos de cesión. Cuando Marcos vuelva de su luna de miel, hablaré con él, le devuelvo la gestoría y que haga lo que crea más conveniente, quedársela o venderla. También voy a reformar la casa de mis padres, me quedaré en mi piso mientras duren las obras; después lo venderé y me mudaré aquí.

—Pero has dejado tu trabajo de guía, si también dejas el negocio, ¿de qué vas a vivir? Es más, ¿por qué se lo cedes? Se lo puedes vender y sacarle una buena tajada, por ser tan idiota como para haberte dejado.

—El negocio lo montó él, es suyo, ¿recuerdas? Fue muy generoso al cedérmelo.

—¡Bah! Lo hizo porque se sintió culpable, y ni se te ocurra excusarlo.

—Claro que no, pero, Conchi, los dos tuvimos parte de culpa. En cuanto a de qué voy a vivir, mi madre me ha dejado suficiente para hacer la reforma integral; cuando venda mi piso tendré el dinero que me den por él.

—Estupendo. Pero ¿qué vas a hacer? No podrás vivir de ese dinero toda la vida, aunque de todas formas ya sabes que puedes contar conmigo.

—Sí, lo sé y no sabes cómo te lo agradezco. No sé exactamente que es lo que haré, pero al menos tengo claro lo que no quiero hacer.

—Tómate tiempo, Klara, has tenido unos meses muy duros, demasiadas cosas a la vez. Pero te recuperarás y aquí estoy yo, para sostenerte en el proceso.

—Eres una gran amiga, una hermana. —«Maldita sea», dijo Klara secándose una lágrima bruscamente.

—No hagas eso, ¡te saldrán arrugas!

Acabaron riendo y llorando a la vez. Era tiempo de soltar, de vaciar, antes de enfrentarse a los secretos de su pasado. Porque sí, era la vida y el secreto de su abuela, pero la afectaba a ella.

Si pensaba que con el tiempo sentiría la casa de su madre como propia, se equivocó. Había vivido en esa casa desde los diez años hasta que se casó, pero para ella seguía siendo la casa de sus padres, un refugio donde acudir. Ahora ya no estaban, ninguno de los dos. Ella misma tendría que construirse su hogar, su espacio de paz.

Los siguientes días se dedicó a hablar con la empresa de reformas que en ocasiones colaboraba en la gestoría cuando se necesitaban hacer reformas antes de vender o alquilar una casa o apartamento. Trabajaban bien y eran rápidos, o al menos, todo lo rápido que es posible cuando de obras se trata. Les envió fotos de la casa y acordaron que irían en una semana para ver con detenimiento su estructura y comprobar si era factible todo lo que Klara tenía en mente.

También se dedicó a buscar por todos los cajones posibles escondites secretos; entraba en pánico cada vez que pensaba que los albañiles podrían encontrar algo. No descubrió nada, ni más

libretas ni nada que pudiera sugerir quién fue su abuelo, lo que la tranquilizó y le dio fuerzas para recoger los objetos y ropa de sus padres. Su madre había sido incapaz de tocar la ropa de su padre cuando murió; ahora le tocaba hacerlo a ella.

Conchi la ayudó, pero aun así, fue una dolorosa tarea, hasta el más sencillo plato le traía recuerdos; el único traje que tenía su padre y que nunca se ponía la hizo llorar mientras abrazaba la chaqueta respirando el aroma a la colonia de su padre que aún conservaba. Con sus padres, la casa tenía vida. Ahora, la casa y todo lo que había en su interior se había convertido en objetos inanimados, fríos e inertes.

Le costó muchas lágrimas, pero para cuando llegó el jefe de obra, una semana después, ella ya había organizado todo. Tres semanas después, los obreros empezaron a trabajar.

—Te voy a echar de menos; ahora que los niños ya están en el cole y podemos estar tranquilas, vas tú y te marchas.

—Solo serán un par de meses, y vendré dos o tres veces a la semana para ver cómo va todo. Cuando me mude definitivamente a vivir aquí te vas a cansar de verme. Además, cuando vivía en Puerto del Rosario me veías menos.

—¡Que sí, que sí! Anda, ven y dame un abrazo. Conduce con cuidado —le dijo cuando Klara ya arrancaba.

El Toyota se tragaba los kilómetros de la recta carretera acercando a Klara más y más a la verdad.

CAPÍTULO 9

2007
Puerto del Rosario
Klara

La empresa de limpieza que Klara había contratado para que mantuvieran su piso mientras ella estaba cuidando de su madre había hecho un buen trabajo. Todo estaba fresco, immaculado, incluso le habían dejado flores frescas en el salón.

Paseó por todas las habitaciones acariciando con sus finos dedos los muebles, las plantas y los tejidos. Y, aunque prácticamente todo lo había elegido ella, sintió que ese tampoco era su sitio, no lo sentía como un hogar. Era todo muy bonito, los colores elegidos tanto para los tejidos como para muebles y paredes combinaban a la perfección, pero no tenía alma. No reflejaba lo que ella era realmente. «¿O sí?», se preguntó Klara. La organización casi obsesiva, líneas puras, blanco y negro, incluso en los estampados geométricos de los cojines. El único toque de color lo proporcionaba el verde de las plantas. ¿Así era ella? ¿Rígida, fría? Quizá en otro tiempo lo había sido. Estaba cambiando y le gustaba. No era fácil, pero estaba preparada para ello.

Salió al balcón, miró al mar, respiró profundamente un par de veces y volvió a entrar, cogiendo de camino a su habitación los diarios. Sí, estaba preparada.

María
Diciembre de 1936
Morro Jable

Estas Navidades son tristes, raras. Hay guerra. Mi padre dice que no puedo escribir, ¡como si yo supiera mucho de política! Le he dicho que no escribo nada malo, pero él insiste en que, al menos, esconda mis libretas.

Parece que los socialistas ganaron las últimas elecciones y eso no ha gustado. Al menos, es lo que he podido escuchar decir a los mayores. Yo, lo único que sé, es que ha venido el ejército y no hemos podido hacer casi nada.

Las personas mayores del pueblo dicen que casi no teníamos armas, que por eso han llegado y han detenido a la gente. Hay madres que no saben dónde están sus hijos, esposas que no saben dónde están sus maridos. No dejaré que se lleven a mi padre.

Mi padre dice que no debo tener miedo, que ya soy mayor y debo tener cuidado con los chicos. Pero, sobre todo, con los soldados. No hay muchos por aquí, así que le he sonreído para tranquilizarle. No lo dice, pero yo sé que él sí que tiene miedo. Creo que es socialista.

Ya tengo trece años.

Febrero de 1937

La guerra sigue, aquí no hay combates, pero en la península sí. No tenemos muchas noticias, al parecer somos poco importantes, una isla pobre con una población aún más pobre. Somos tan poca cosa para cualquier Gobierno que hace trece años, cuando yo nací, desterraron aquí a Unamuno. Como si venir a mi isla fuera un castigo, el fin del mundo.

Sí, somos pobres en dinero, pero ricos con nuestro mar, nuestro clima, nuestras peladas montañas, mires donde mires hay espacio, libertad.

Quiero ir a Madrid o Barcelona, he visto fotos en los pocos periódicos que me llegan. Las mujeres se ven muy bien vestidas. Cuando sea mayor iré. Ya se lo he dicho a mi padre y me ha contestado algo serio que no.

—¿Por qué no, papá? ¿Aún no se habrá acabado la guerra?

—Siempre haciendo preguntas, María. No lo sé, solo espero que acabe pronto. ¿Y cuántas veces te he dicho que no hables de la guerra? ¿Crees que no me doy cuenta de que cuando hablo con alguien, ahí estás tú revoloteando, a ver qué puedes escuchar?

—¿Pero habrá acabado o no la guerra? Hace poco me dijiste que ya era una jovencita. ¿No puedo saber qué pasa?

—No tienes que preocuparte por nada, anda, ayuda a tu madre.

¿Pero cómo pretende que no intente escuchar a los mayores si nadie responde a mis preguntas? Parece que solo los hombres pueden hablar de política y guerra. Pues las mujeres también podemos. ¿Por qué nos dejan de lado?

Mayo 1937

Casi no puedo escribir, he cambiado de sitio varias veces mis libretas. Hay miedo, la gente desaparece y no se vuelve a saber de ellos. Se llevaron a Juan. Su madre y su mujer van por ahí con los ojos hinchados. No saben nada de él desde hace dos semanas. Han ido a preguntar, pero no les han dicho nada.

Si los soldados y policías creen que no estás en su bando, te detienen. Ya han desaparecido varias personas que conozco. Por rojos, dicen. Nadie sabe dónde están y sus familias tienen miedo. A veces también se los llevan a todos. Al rojo y su familia.

Mi padre no deja de insistir para que no hable de nada de esto, dice que no te puedes fiar de nadie. Que solo con que no le gustes a alguien puede delatarte, decir que eres rojo aunque sea mentira, y entonces adiós. Se acabó todo.

Mi madre no me deja ni a sol ni a sombra. Tengo que sentarme a coser con ella y las vecinas. Solo hablan de cocina, niños y muchas cosas aburridas. Cuando se les escapa algo sobre los hombres y lo que tienen entre las piernas, sueltan una risilla tapándose la boca para después decirme, «aún eres jovencita, pero ya te enterarás, ya».

No me gusta, quiero vivir como cuando era pequeña, correteando por ahí, haciendo preguntas y hablando sin miedo.

Septiembre 1937

Se han llevado a Antonio. No he dejado de llorar desde esta mañana. No sabemos dónde está. ¿Por qué lo han hecho? Mi padre dice que hablaba demasiado en la taberna, que no podemos fiarnos de nadie. Que si en un pueblo tan pequeño detienen a gente, ¿qué pasará en Puerto Cabras?

Mi padre me ha prohibido que salga de casa antes de ir a dormir. Siempre me ha gustado salir y andar unos pocos pasos hasta la orilla del mar, sentarme y escuchar el sonido de las olas, lanzar piedra y oler la sal. Luego entro en casa y me pongo a dormir. Esta maldita guerra me ha quitado eso, mi libertad para hablar, salir. Y ahora también me ha quitado a Antonio.

No es que Antonio sea mi novio ni nada. Yo sé que le gusto, hace un mes intentó besarme, pero no me dejó. A lo mejor mañana vuelve, diciendo que se han equivocado, que no era a él a quien tenían que detener.

Ya hace más de un año que dura ¿Cuándo va a acabar la guerra? ¿A cuántas personas más van a detener? Nos llegan rumores, de que en las playas de Tenerife han aparecido cadáveres de hombres arrastrados por las corrientes. Dicen que llevaban los pies atados con alambres. ¿Qué mente retorcida ha podido pensar algo así?

Las cenas ya no son como antes en mi pequeña casa, nunca hemos tenido comida de sobra, pero ahora casi no tenemos nada para comer. Todas las noches me voy a dormir con hambre.

Antes hacía bromas con mi padre, jugábamos, mi madre contestaba mis preguntas con paciencia. Ahora, las cenas son silenciosas, cuando intento sacar el tema de la guerra mi padre me hace callar, mi madre dice que tengo que tener más cuidado, que mi boca nos va a meter en problemas.

Pero ¿de qué puedo hablar? Mis amigas solo hablan de casarse y tener niños, como si eso fuera lo único que pudiera hacer una mujer joven. Cuando les digo que quiero ir a Madrid, Barcelona y París, me miran como si estuviera loca.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Tampoco es que me quiera quedar a vivir en esas ciudades. ¿En serio que no os gustaría visitar una gran ciudad?

En fin, que septiembre está siendo un mes terrible, no me han detenido, pero no tengo libertad.

Enero 1938

Bien, ya tengo quince años y todo sigue igual, poca comida, poca información, poca libertad y mucha guerra.

Los rumores corren como siempre. El último es que las personas que han desaparecido están en un barco, anclado a no sé cuántas millas de la costa. Hay quien dice que son setecientas personas amontonadas en él, otros dicen que son mil quinientas, y cuando mueren los lanzan al mar.

Seguimos sin saber nada de Antonio. Mi madre está preocupada por mí. Cree que estoy enamorada de él y por eso estoy triste. Ya le he dicho que no, que solo quiero hacer algo diferente, no sé qué, pero lo que sí que no quiero es la vida que me veo obligada a llevar. No me entiende; se lo explico, pero creo que no me escucha. Dice que tengo pájaros en la cabeza y que en unos años se me pasará tanta tontería.

Pero ¿y si no quiero que se me pase? ¿Y si quiero viajar, estudiar y tener muchos novios antes de casarme? No tengo a nadie a quien preguntar ni con quien hablar. Mi madre pondría el grito en el cielo y mi padre me diría: «Ay, María, mi pequeña María» y me revolvería el pelo con una sonrisa.

Quiero muchísimo a mis padres, pero somos tan diferentes que no me entienden.

Julio 1938

No escribo mucho, tampoco hay mucho que escribir: la guerra sigue, no hay comida y sigo sin tener libertad.

Tampoco tenemos noticias de Antonio, su madre cada vez está peor, es el único hijo que tiene; las hijas la ayudan, pero lo echa muchísimo de menos, el no saber de él la está matando. Mi madre hace todo lo posible por entretenerla, pero no lo logra.

Los nuevos rumores son que están rapando el pelo a los familiares de los rojos detenidos, para avergonzarlos y denigrarlos aún más. Como si no tuvieran suficiente con el sufrimiento que les provoca no saber qué ha sido de sus familiares detenidos.

También se habla de que están trasladando a los detenidos del barco a campos de trabajo. Pero todavía no se sabe dónde están. La madre de Antonio le ha dicho a mi madre que la tratan muy mal cuando pregunta. Ha buscado consuelo en el nuevo párroco, pero es del bando nacional y solo le dice que debería haber educado mejor a su hijo, que ahora lo único que le queda es resignarse. «Resignación, hija mía, resignación», han sido las palabras de despedida de un párroco que poco ha hecho por una buena mujer.

Ya hace tiempo que renuncié a verlo aparecer de pronto y que me hiciera bromas, incluso que me tirara de las trenzas, tal como hacía cuando yo era pequeña. La verdad es que lo echo de menos. Espero que esta guerra acabe pronto y todos puedan volver a sus casas.

Maldita guerra.

Enero 1939

Pues ya tengo dieciséis años y todo sigue igual. Hasta he pensado en dejar de escribir. ¿Para qué? Si no sucede nada nuevo.

Febrero 1939

Mis padres me han dicho que voy a ir una temporada a Tefia, a vivir con Adela, la prima de mi padre. Creen que un cambio de aires me irá bien. Estoy de acuerdo, pero no es eso lo que quiero. Necesito algo más emocionante. ¿Por qué no me entienden?

Marzo 1939

Estas dos semanas que llevo con tía Adela y tito Agustín están siendo muy buenas, he hecho nuevas amigas.

Abril 1939

¡Por fin! La guerra ha acabado, ahora solo queda que todos los detenidos vuelvan a sus casas. Le he dicho a tía Adela que quiero volver a casa. Antonio debe estar a punto de llegar. Tengo tantas ganas de verlo.

—María, cariño, los hombres que han pasado por algo así, cambian. No son los mismos cuando vuelven. Dale tiempo antes de atacarlo con tu energía y tus preguntas inacabables.

Tía Adela me decía esto mientras yo bailaba por el pequeño y atestado salón, iluminado por una sola ventana.

—Claro, tía Adela, ¿crees que no tengo paciencia?

—Me asombra que incluso conozcas esa palabra. Va, estate quieta un rato y ayúdame con la labor.

Tía Adela es fantástica, ella y tío Agustín no han tenido hijos y me están mimando mucho. Aunque me dan poca libertad.

Mayo 1939

Antonio sigue sin aparecer, su madre dice que está vivo, que lo siente muy adentro. Mi madre no le quiere quitar la ilusión, pero ella cree que ha muerto.

Yo creo que está vivo, no puedo imaginar que no sea así.

Agosto 1939

¡Ha vuelto, Antonio ha vuelto! Aún no he podido verlo. Su madre dice que no está muy bien, que está muy delgado y habla poco.

Pero conmigo sí que hablará.

He estado unas semanas sin escribir este mes, esperando a ver a Antonio para plasmarlo en mi libreta. No ha sido posible, no ha querido verme.

Septiembre 1939

¡Ya lo he visto! Casi me he puesto a llorar, solo es piel y huesos. Si nosotros pasamos hambre, no quiero pensar la que habrá pasado él. Como no tenemos mucha comida, le he traído mi ración de carne semanal. No la ha aceptado, tampoco ha contestado a mis preguntas, así que me he quedado sentada a su lado cogiéndole la mano, mientras su madre nos miraba sentada en su silla y remendaba ropa.

Diciembre 1939

Seguimos con las cartillas de racionamiento; pensé que al finalizar la guerra podríamos volver a comer, pero no, todo sigue igual, aquí no cambia nada.

La tienda del pueblo no tiene aceite, ni muchas otras cosas, pero sí tiene aceitunas. Además, con lo que nos dan por cupón tiene que durar una semana. Yo me lo comería en un día.

Tampoco tenemos ropa, bueno, sí, tengo dos vestidos, más el de los domingos; es muy bonito y lo cuido mucho porque no sé cuándo volveré a tener otro igual.

Antonio está mejor, aún sigue bastante delgado, pero parece que se va recuperando. He intentado que me explique dónde ha estado, solo me ha dicho que ha estado en un campo de trabajo, en el Lazareto de Gando, en Gran Canaria. Los ojos se le han velado y se ha negado a continuar hablando.

Tía Adela tenía razón, los hombres cambian, ya no es el Antonio alegre y fanfarrón que era antes. Echo de menos al Antonio de antes. Ojalá se recupere pronto.

Enero 1940

Los hombres son increíblemente tontos y violentos. ¿No han visto lo que ha pasado en España? Pues al parecer no, y si lo han visto les ha dado igual. En septiembre empezó otra guerra.

Y vuelta a empezar; mi padre dice que a nosotros no nos afecta, que no me preocupe, que esta guerra no llegará a la península, mucho menos a nuestra querida isla.

Pues no sé, pero ahora se dice que ciudadanos alemanes han entrado en la isla. Nunca he conocido a un alemán. Dicen que son grandes y muy serios, que no son de fiar.

Eso sí que me lo creo, después de todo han echado de sus casas a la gente de Cofete, han construido una valla y no podemos ir a esa parte de la isla.

Algunas personas que vivían en Cofete han venido a vivir aquí. No explican mucho, solo dicen que los han echado y que los que sí que se han quedado allí es porque los necesitan para trabajar, pero que no pueden explicar nada.

Hemos pasado de tener miedo en una guerra, a continuar con miedo por otra y que nos quiten nuestra tierra.

¿No ha sido ya suficiente? No tenemos mucha comida, el estraperlo está penado con la muerte, aunque de todas maneras, es tan caro que tampoco tenemos dinero para comprar nada. Nos alumbramos con una lámpara de aceite, y aun así, lo racionamos porque no tenemos mucho.

Todas las noches me acuesto con hambre, el estómago me hace tanto ruido que parece el rugido de un león.

Marzo 1940

No ha pasado nada en especial estos meses. Seguimos con hambre y racionamiento. ¡Por suerte, tenemos un tiempo tan bonito en mi isla! Al menos, no pasamos frío, solo hambre.

En la península sí que pasan frío y también tienen hambre. No están mejor que nosotros.

Tengo diecisiete años y estoy pasando mi juventud en guerra. Me gustaría tener bonitos vestidos y novios, pero no es posible. Me siento egoísta por pensar así. ¿Y si se llevan a nuestros hombres para luchar en esta nueva guerra?

Las noticias que nos llegan son que van ganando los alemanes, que tienen un ejército superior, bien entrenado. Además, ayudaron al bando nacional en nuestra guerra, bombardeando ciudades,

matando a mujeres y niños. Dejando sin hogar a los supervivientes. No entiendo mucho de política y tampoco entiendo qué les hizo actuar así, pero no me parece que demuestren ser seres humanos de bien.

Mis padres siguen diciéndome que no hable, que no me meta en problemas, pero es que me hierve la sangre. Unos cuantos hombres defienden sus ideas con violencia, y las consecuencias las pagamos los demás.

Yo he tenido suerte, mi padre no ha luchado ni lo han detenido, pero hay familias que no han tenido tanta suerte. Hace casi un año que acabó nuestra guerra y aún hay personas de las cuales no se sabe nada.

Espero que acabe pronto todo esto.

Agosto 1940

Antonio está mejor, ha puesto algo de peso y está más hablador. Mi madre no hace más que hablarme de él, de decirme que está muy guapo y cosas así. Ya no sé cómo decirle que no lo quiero como marido. Sé que tengo edad para casarme, pero no me imagino haciendo con Antonio eso que se hace para tener hijos.

Sé que él sí que quiere casarse conmigo, se le nota. No ha vuelto a intentar besarme, quizá le deje, pero solo por saber qué es lo que pasa.

Septiembre 1940

Pues ya me ha besado. ¡Qué desilusión! No ha pasado nada de lo que dicen mis amigas. Salí corriendo y lo dejé allí, de pie y solo.

Hoy nos hemos vuelto a encontrar, nos hemos sentado en la puerta de mi casa, aunque algo alejados. Mi madre poniendo excusas para vigilar a través de las ventanas o saliendo por la puerta, con preguntas tontas.

— ¿Tenéis frío?

¿De verdad? ¿En septiembre? ¿Frío? Mamá, por favor, inventa otra cosa. Claro que no se lo he dicho, pero al mirar a Antonio casi nos echamos a reír en su cara. Todo son prohibiciones y hambre. Y, por supuesto, el comportamiento de las chicas ha de ser virtuoso. Hay que tener cuidado, nada de irse solos por ahí.

Mi madre me repite y repite que no quiera saber tanto, que aprenda a cocinar, remendar y limpiar, para que mi futuro marido esté contento.

Cuando le pregunto cosas sobre el matrimonio me dice que ya me las explicará la noche antes de casarme; mientras tanto, solo me dice que tenga cuidado de los chicos.

Para mi padre sigo siendo una niña, si mañana vinieran a pedirle mi mano, le daría un patatús.

¡Si supieran que la hermana de mi amiga Esperanza ya nos ha explicado muchas cosas a las dos!

Noviembre 1940

Anoche conocí a un alemán. Esta vez, los rumores son ciertos. Es alto, fuerte, con el pelo muy claro, no he podido ver bien el color de sus ojos, parecen azules, pero no estoy segura. He de confesar que cuando acabó nuestra guerra, volví a salir de noche a sentarme en la playa. Estaba muy tranquila escuchando el mar mientras trataba de apaciguar el hambre. Abrí los ojos y lo vi a

unos metros de mí. Me llevé un susto de muerte. Estaba muy serio cuando tendió su mano ofreciéndome chocolate. Por supuesto que no lo acepté. Me levanté y volví corriendo a casa.

CAPÍTULO 10

2007
Puerto del Rosario
Klara

Era casi la una de la madrugada cuando Klara decidió dejar de leer. Si no se equivocaba, su abuela acababa de conocer a Klaus. Prefería estar bien despierta para asimilar esa parte de la historia.

Su abuela no había escrito mucho sobre la guerra civil, tenía trece años y unos meses cuando empezó y diecisiete cuando acabó, era muy joven y, además, mujer. Por lo que había escrito, quedaba claro que en aquellos años, las mujeres eran criadas y poco más.

Y también quedaba patente el hambre, la pobreza y el miedo. No tuvo que ser fácil para su abuela aplacar a la chispeante adolescente que bullía en su interior. Estaba claro que su abuela ansiaba más libertad. La relación que tenía con sus padres era muy común, se sentía incomprendida. Tal como la madre de Klara le había dicho, su abuela había nacido en el lugar y tiempo equivocado.

Dejó las libretas encima de la mesita de noche, apagó la luz y se dispuso a dormir. Soñó que estaba en la playa, escuchaba claramente el sonido del mar. Una persona se sentaba a unos metros de ella. Un hombre. Por mucho que lo intentaba, no conseguía ver sus facciones. Pero no le importó, se sentía segura a su lado.

María Morro Jable

Diciembre 1940

He estado unas semanas sin ir a la playa. No quiero encontrarme con el desconocido. No es que le tenga miedo, pero no sé qué hace aquí, quién es y qué quiere.

Finales de diciembre 1940

Al final, he decidido volver a la playa, no voy a dejar que un desconocido me aleje de lo que quiero hacer. De todas maneras, si no lo vuelvo a ver, nunca dejará de ser un desconocido. Así que esta noche volveré y le preguntaré quién es, de dónde es y todas esas cosas.

La Navidad tampoco ha sido demasiado especial. Espero que el año que viene sea mejor. Que haya más comida y menos miedo. Que no detengan a nadie más y que los desaparecidos vuelvan a casa.

Enero 1941

Ya se acaba la Navidad, da igual, ya no me gusta tanto como antes. Estoy a punto de cumplir dieciocho años.

He ido a la playa todas estas noches y no he encontrado al desconocido. Tampoco es que quiera encontrarlo, pero me da rabia no saber quién es.

Enero 1941

¡Esta noche lo he visto! Se ha vuelto a sentar a mi lado y otra vez me ha ofrecido chocolate.

—¿Señorita? Chocolate es bueno. Mi nombre es Klaus von Glaussberg.

Nadie me ha llamado nunca señorita, me ha gustado.

—Me llamo María; no quiero chocolate, gracias.

En realidad, sí que quiero, pero no voy a aceptar nada de él, al menos, de momento.

—Es una bonita noche, ¿no le parece?

—Sí, muy bonita. Tengo que irme, es tarde y mis padres se preocupan si tardo en volver.

No es cierto, mis padres no saben que he vuelto a salir de noche, pero me ha parecido más seguro decir que me esperan.

—La acompañaré.

—No es necesario, vivo muy cerca.

Y he salido corriendo, otra vez. No sé qué pensará de mí.

Enero 1941

Estoy conociendo más a Klaus, ha venido todas las noches, el chocolate está buenísimo y él es muy guapo, tiene el pelo rubio, muy corto, claros ojos azules, nariz recta, los labios bien formados y su mandíbula es muy fuerte. En realidad, su aspecto es fuerte en general, pero de esa fuerza que da seguridad, no miedo. Le he hecho muchas preguntas y no se ha molestado.

—¿De dónde eres?

—Soy alemán, nací en Berlín. Y usted, ¿nació aquí?

—Sí, esta isla es mi paraíso. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hace usted muchas preguntas, ¿nadie se lo ha dicho?

No parecía enfadado, lo ha preguntado con una sonrisa.

—Infinidad de veces, pero, dime, ¿qué haces aquí?

—Hemos traído ganado de Alemania, estoy ocupándome de ver si se adapta o no.

—¿No tenéis tierra en Alemania para los animales? ¿Tenéis que venir aquí a quitarnos la nuestra?

Por un momento, he sentido miedo. No ha sido muy inteligente por mi parte atacarlo de esa manera. Klaus me ha mirado muy serio para después sonreír.

—Sigo pensando que hace usted demasiadas preguntas.

—Pues piensa en las respuestas. Ahora tengo que irme, se ha hecho muy tarde. ¿Nos volveremos a ver?

No me ha respondido.

Febrero 1941

Hace más de una semana que no veo a Klaus, no sé dónde vive, en Morro Jable seguro que no, eso seguro, de ser así, ya me lo habría encontrado, es un pueblo tan pequeño que nos conocemos todos.

Mi padre está todo el tiempo recordándome que tenga cuidado, corren muchos rumores sobre lo que está pasando en Cofete. No solo porque se supone que hay alemanes, algo que yo puedo afirmar, sino porque también hay militares del bando nacional y nadie sabe exactamente qué pasa allí.

Uno de los rumores que hace que mi padre tenga miedo es que los alemanes están usando la zona como guía y apoyo para sus submarinos. Pero lo peor no es eso, también se dice que cogen a chicas jóvenes para divertirse. Mi padre tiene los pelos de punta con eso. No sé cómo, pero saben que he vuelto a salir de noche.

—No quiero que salgas sola por la noche, María, y no te lo vuelvo a repetir más. ¿No te sirve la playa durante el día? ¿También tienes que ir por la noche?

—Pero, papá, no pasa nada. Estoy muy cerca de casa, un grito y salís todos. No puedo dormir si no escucho el mar antes de meterme en la cama.

Esto no es del todo verdad y me enfada mucho tener que engañar a mis padres, pero quiero volver a ver a Klaus.

—María, he dicho que no. Te prohibí que fueras y no me hiciste caso. ¿Tengo que atarte a la pata de la mesa? No vas a volver a salir de noche y se acabó.

—María, haz caso a tu padre. ¿Quieres que te cojan esos alemanes y te hagan cualquier cosa? Tú y tus escritos, sienta la cabeza de una vez. Y tú tienes la culpa —ha dicho señalando a mi padre.

—¿Yo? No veo nada malo en que escriba, eso no tiene nada que ver con comportarse como una mujer decente.

—¡Pero yo soy decente! ¿Qué tiene que ver que escriba y vaya a la playa por la noche con eso?

—¡Todo, tiene todo que ver, María! Piensas que porque sabes escribir ya lo sabes todo, y no es así, María. Lo único que tienes que hacer es pensar en casarte, tener un hombre que te proteja y dejarte ya de tantas tonterías.

Mi madre apenas sabe escribir su nombre, como casi todas las mujeres y algunos hombres de por aquí. Ella es feliz cuidando de mi padre, de mí y de la casa. Pero yo no quiero eso, al menos, no todavía. No me atrevo a decírselo a mis padres, no lo entenderían.

Febrero 1941

Se está acabando febrero y he vuelto a bajar a la playa por la noche. Mis padres, viendo que ya no iba, han dejado de vigilarme tanto, cosa de la que me he aprovechado. Además, mi madre no se encuentra muy bien, tiene la temperatura un poco alta y no hay medicamentos. Espero que en unos días esté mejor.

Anoche, después de dos semanas, volví a ver a Klaus. Le hice muchas preguntas, no me gusta que me mientan y menos que me tomen por tonta.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Klaus, llámame María.

—De acuerdo, buenas noches, María.

—Así mejor —decidí avasallararlo a preguntas—. Bueno, ¿entonces te dedicas a cuidar del ganado?

—Más o menos. ¿Y tú, María? ¿A qué te dedicas?

—Pues a ayudar a mi madre en casa y a escribir. ¿Esperas que con esas manos tan cuidadas me crea que te ocupas del ganado? ¿Qué haces exactamente? ¿Dónde vives? ¿Por qué vienes a la playa a verme? ¿Es cierto lo que se dice de los submarinos? ¿Cogéis a chicas para divertirlos?

—María, te repito que haces muchas preguntas y eso no es bueno.

—¿Quieres decir que todo es cierto? ¿Me estás engañando para que confíe en ti?

—No, no te estoy engañando y no voy a hacerte daño. Me gustaría que entendieras que mi país está en guerra y que no puedo contestar a tus preguntas. Pero sí que te diré que no, no cuido del ganado. Eres una chica lista y observadora.

—¿Hay algo de verdad en lo de los submarinos y en vuestra diversión?

—Y además insistente. María, no puedo responder a tus preguntas.

—No voy a decírselo a nadie. ¿Qué hay de malo en preguntar?

—Nada, todo depende de a quién preguntes. No se puede confiar en todo el mundo. Yo mismo trabajo con un hombre en quien no confío. Ni siquiera sabe que vengo.

—Entonces, somos dos prófugos, nos escapamos para hablar.

—Tú, más bien para preguntar.

—Sí, pero no me has contestado. No a todas mis preguntas.

—Otro día, María, se está haciendo tarde, será mejor que vuelvas a casa. ¿Puedo tomar tu mano?

Sintiéndome muy atrevida, he puesto mi mano en la suya, ¡y me la ha besado! Ahora entiendo de qué hablan las mujeres cuando lanzan indirectas sobre lo que sucede por las noches. Quiero que me vuelva a besar.

—Dulces sueños, María, que duermas bien.

—Tú también, buenas noches.

La voz me ha temblado un poco, pero creo que he parecido bastante adulta.

Marzo 1941

He visto a Klaus casi todas las noches. Aún no sé qué hace en Cofete, pero cada vez me explica más cosas.

Es el segundo de tres hermanos: Karl es el mayor, después está él y la pequeña es su hermana Kerstin.

—Todos nuestros nombres empiezan por K. Mi madre quería escoger nuestros nombres y mi padre estuvo de acuerdo con una condición: que nuestros nombres empezaran con esa letra.

—¿Y eso por qué?

—Porque mi madre se llama Karla y quería que los hijos tuvieran la misma inicial en el nombre.

—¿Y cómo se llama tu padre?

—Se llama Otto, un nombre muy común.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es banquero. Mi madre cuida de la casa y de mi hermana. Está teniendo una época difícil.

—Creo que eso mismo piensan mis padres de mí.

Se ha reído con tantas ganas que le he tenido que decir que calle.

—Shh ¿Quieres que todos los vecinos salgan y te linchen? Ríete bajito.

—María, eres una brisa alegre y cantarina en mi vida. ¿Sabes lo difícil que es para mí vivir aquí? Cuando vi esta isla por primera vez, lo primero que pensé es que me habían castigado dándome este destino. Nunca he estado en un lugar tan vacío, agreste y salvaje. Pero tú llenas todo lo que pueda necesitar, estos ratos contigo me ayudan a no volverme loco.

—¿Eh! ¡Que estás hablando de mi isla! Sí, es todo eso, pero ¿no puedes ver lo bueno en todo eso que has dicho?

—Perdona, no quiero menospreciar tu isla, pero vengo de Berlín, una ciudad con grandes parques, cines, museos, cafés... Es una gran diferencia. Pero me estoy adaptando, haberte conocido me ayuda mucho. Tú también eres salvaje, aunque dulce, como las apacibles olas de esta playa.

Tanto piropero me ha dejado sin saber qué decir. No quiero parecer una niña, así que para despedirme, le he dado mi mano sin que me la pida.

—Tengo que irme ya, Klaus. Buenas noches.

—Buenas noches, *mein schatz*.

Abril 1941

Ya ha llegado abril, me gusta este mes. Parece que mis padres están más tranquilos, me siguen vigilando y a mi madre sigue sin gustarle que escriba. Muchas veces me ha dicho que le enseñe lo que escribo, aunque no sabe leer muy bien; me da miedo que llegue a entender que me veo con Klaus. Por qué sigo viéndolo. La verdad es que me gusta mucho. Me habla de su ciudad, Berlín. Me encantaría conocerla, perderme en sus parques y museos. También me habla de la casa familiar en lago Wansee. De cómo disfrutaba allí de niño, de sus juegos y sus caídas cuando aprendía a montar en bicicleta.

No habla mucho de la guerra, no le molesta que le pregunte, pero sé que no me lo dice todo. Supongo que no puede, y eso hacía que no confiara del todo en él. Hasta que ayer empezó a contestar a mis preguntas.

—Lo que hago no es fácil de explicar, María. Con mi trabajo contribuyo a que mi país sea mejor, un país fuerte, en el que sus ciudadanos vivan seguros y sin carencias.

—¿Y por eso estáis en guerra? ¿Sabes cuántas personas han muerto, desaparecido o han sido heridas en la nuestra? ¿No podéis hacerlo sin matar a nadie?

—María, si fuera posible, se haría.

—¿De verdad? ¿Estás seguro? Si todo el esfuerzo que se pone en planificar una guerra y el dinero que se gasta se utilizara en mejorar el país, seguro que los ciudadanos viviríamos mejor. ¿Sabes que utilizamos cartillas de racionamiento? Para todo, Klaus, para comida, ropa, para todo, Klaus. Y no vivimos dignamente, que lo sepas.

—No te enfades, María, por favor. Te entiendo, a mí tampoco me gusta la guerra, pero es mi país y tengo que defenderlo. ¿Sabes que hubo otra guerra que perdimos? En 1918 la gente moría de hambre y frío. Nos quitaron territorios y nos dejaron con un ejército ridículo, apenas suficiente para defendernos en caso de necesidad. El Führer ha solucionado todo eso. Todos tienen trabajo, no hay hambre y los niños tienen abrigos para el duro invierno. Nos ha recordado que no somos un país derrotado, sino uno orgulloso de su raza. Hombres y mujeres fuertes.

—¿Hay alguien normal, todos sois fuertes, valientes y todo eso en tu país?

—Bueno, quizá no todos.

—¿Y que pasa con los que no son así, los que no son de tu raza?

—Reeducación, se les reeduca para que puedan ser buenos alemanes.

—¿Y los que no quieren que se les reeduce?

—No tienen cabida en el país. De todas maneras, en las escuelas se enseña a las nuevas generaciones todo lo que necesitan saber sobre la grandeza de la raza aria. Así que solo hay que limpiar esta generación y la anterior.

—¿Limpiar?, ¿qué significa eso? ¿Os deshacéis de todos los que no están de acuerdo con vosotros? —Sus ojos sin expresión me lo han dicho todo—. Klaus, no puedo entender algo así, que alguien tenga semejante frialdad, maldad. Es una locura. No puedo ni quiero volverte a ver. Este es mi sitio, mi lugar, por favor, no vuelvas aquí.

Seguí diciéndole muchas cosas más que no recuerdo, ni siquiera podía escuchar el sonido del mar, tampoco supe cómo pude levantarme de la roca donde estábamos sentados. Mis ojos estaban anegados en lágrimas y un nudo me oprimía la garganta. Hasta el punto de que me costaba respirar.

Ahora estamos ya en mayo y no lo he vuelto a ver.

Septiembre 1941

En estos meses no ha pasado nada digno de mención. Casi no voy a la playa por la noche. Mis padres están muy contentos conmigo, dicen que por fin me he tranquilizado, que hasta hace unos meses era una niña que correteaba por ahí y ahora ya soy una mujer, lo que ha llevado a mi madre a recordarme la necesidad de casarme, de repetirme las bondades de Antonio hasta la saciedad.

—María, ¿te he dicho ya que Antonio...?

—Manuela, deja a la niña en paz. Además, no me gusta Antonio para ella.

—A ti no te gustará ningún hombre para tu hija, José. Te lo he dicho siempre, la consientes demasiado.

Mi padre se ha girado hacia mí y me ha guiñado el ojo con una sonrisa.

—Aún eres mi niña, recuérdalo —me ha dicho con una sonrisa.

Mi padre pocas veces me ha reñido, no como mi madre, que me riñe todos los días y si no me dice todo el tiempo lo que tengo que hacer. Como casarme con Antonio, por ejemplo.

Hoy hace cinco meses que no veo a Klaus.

Octubre 1941

Todo sigue igual, aquí, como siempre, nada cambia. Ni siquiera sé qué necesito para ser feliz. Antes tenía muy claro que quería viajar, tener muchos novios y vestidos bonitos. Ahora ya no estoy segura. Quiero que todo cambie, pero ¿en qué dirección?

Noviembre 1941

Por fin volví a ver a Klaus.

Sé lo que dije en febrero, pero necesito que me explique qué es lo que hace exactamente para su país. No me parece el tipo de hombre capaz de matar. Cuando habla de su familia y su vida antes de la guerra se le ilumina la cara y sus increíbles ojos azules se dulcifican.

Me senté en nuestra roca y esperé, no sabía si aparecería después de lo que le dije hace tanto tiempo. Tenía la esperanza de que viniera y algo me decía que lo haría, pero me sentía llena de impaciencia. Hasta que lo vi, sus pasos eran lentos, dubitativos, una sonrisa tímida asomaba a su boca.

—Por favor, Klaus, acércate —no pude dejar de mirarlo, tan guapo, tan fuerte—. ¿Quieres sentarte un rato conmigo?

—Claro, no sabía si tú querrías que lo hiciera. He venido todas las noches que he podido, pero no estabas. No quiero perderte, María. Te explicaré todo lo que quieras saber, pero no se lo digas a nadie, por favor.

—No he venido todas las noches, mi madre ha estado enferma. El tener poca comida y medicinas no la ha ayudado demasiado. Y de verdad, puedes contarme lo que quieras, no se lo diré a nadie.

—Créeme cuando te digo que te he echado de menos, me gustaría poder pasar más tiempo contigo, no solo unos minutos robados a la noche. ¿Hay algún otro sitio donde podamos encontrarnos? Un lugar que no sea tan público como esta playa, donde cualquiera que salga de casa pueda vernos.

—No estoy segura de querer que exista ese lugar, Klaus. Al menos, no ahora, entiéndelo, no te conozco, creía que sí, pero en realidad, solo sé que tienes padre, madre, hermano, hermana y que vives en Berlín.

—No te olvides de la casa en Wansee.

—Por favor, no intentes bromear, Klaus. Ya no estoy segura de nada.

—Puedes estar segura de una cosa y es que te amo y quiero pasar mi vida contigo. No te sientas presionada, no te estoy pidiendo una respuesta, pero quiero que lo sepas. Si cuando te explique cuál es mi situación de mi país y qué estoy haciendo yo no quieres volver a verme, lo entenderé. No volveré a esta playa y nuestros caminos se separaran.

—Ahora tengo miedo.

—Pero ¿quieres saber? María, ¿qué quieres saber?

—Todo, Klaus, quiero saberlo todo.

Estuvimos más de dos horas hablando; a veces me cogía de la mano y se acercaba a mí, tanto que nuestras caderas se tocaban. La sensación era tan maravillosa que no quería que la noche acabara.

Me habló de su niñez, de cómo era, cómo vivía, una infancia totalmente diferente a la mía. Opuesta en todos los sentidos.

—Te dije que mi padre era banquero. Lo que no te dije es que mi familia proviene de la nobleza, vivimos en una mansión en Grönewald, uno de los barrios más lujosos de Berlín. Perteneemos a la clase alta, lo que nos da muchos derechos, muchos lujos. Privilegios y buena vida en general. Por eso, mi madre se dedica a ayudar a otros, es su manera de agradecer todo lo que tiene y resarcir a las personas que no tienen tanto. Mi niñez fue estupenda; Hans, el jardinero, me enseñó a montar en bicicleta, a subirme a los árboles, a saltar vallas. Me enseñó todo lo que un padre enseña a un hijo. Gertud, la cocinera, me curaba las rodillas cuando me caía, me acunaba entre sus enormes pechos cuando lloraba y, si me portaba bien, me hacía *apfelstrude*, que me daba a escondidas de *miss* Grey, nuestra *nanny*. Era una señora muy rígida, no nos permitía correr dentro de casa, ni gritar. Solo nos dejaba comer dulces una vez a la semana, y teníamos que bañarnos todos los días, dos veces. ¿Sabes lo que es eso? Yo estaba muy orgulloso de mis churretes. Además, teníamos que ir a dormir a las siete y media aunque no estuviéramos cansados. Una vez nos pilló deslizándonos por la barandilla para ir al comedor, nos castigó y amenazó con decírselo a mis padres. Mis hermanos y yo tuvimos una reunión y llegamos a un consenso, bueno, mi hermana tendría unos cuatro años, era pequeña, así que hacía lo que le decíamos. En fin, que esa noche, cuando *miss* Grey se retiró a su habitación, fuimos los tres y nos sonamos los mocos en sus cortinas. Aún puedo escuchar el eco de sus gritos. Una semana después se marchó, pero aprendimos inglés, que era lo que interesaba.

—Hablas de jardinero, cocinera, *nanny*, que no sé lo que es, pero ¿tus padres no os cuidaban?

—*Nanny* es una niñera, una persona que cuida de los hijos de los demás. Y sí, mis padres nos cuidaban, no como los tuyos te han cuidado a ti, pero sí más que a otros niños de nuestra esfera social. ¿Sabes? La mayoría de los amigos de mis padres creen que los niños están solo para ser vistos, solo un rato, eso sí. Los padres trabajan en sus negocios, las madres toman té, compran y organizan cenas con los socios de sus maridos. Procuran al principio de esas cenas que los niños, perfectamente vestidos y aseados, reciten algún poema o toquen algún instrumento, demostrando así lo educados e inteligentes que son. Una vez satisfecho el ego de los padres, los niños se retiran a sus habitaciones acompañados de la *nanny*.

—Es horrible. ¿Tus padres os trataban así?

—No, nosotros siempre desayunábamos juntos; por la tarde, mi madre nos ayudaba con los deberes y después jugábamos un rato antes de que se fuera a arreglarse para la cena. Si era de gala, venía un rato a estar con nosotros antes de bajar al comedor; era bellísima, parecía un ángel con aquellos vestidos y joyas. Si no teníamos invitados, cenábamos los cinco en el comedor pequeño. Eso es lo que quiero, pasar el máximo tiempo posible con mis hijos.

—No puedo imaginármelo, Klaus, tú lo ves muy normal, dices comedor pequeño, pero seguro que es más grande que mi casa de una habitación. ¿Y lo de los niños? Tienen hijos para mostrarlos, es increíble. Yo he jugado mucho con mi madre, y aún más con mi padre, me llevaba en su barca y jugábamos a ser piratas. Si la vida de ricos es así, prefiero ser pobre, pero con unos hijos a los que querer y que me quieran.

—Mis padres nos quieren muchísimo, y probablemente no han pasado tanto tiempo con nosotros como tus padres, pero sí que nos han dedicado todo el tiempo que han podido. Mi padre preparaba un juego los domingos: después de desayunar nos daba un sobre con una nota dentro, en ella había un acertijo que teníamos que adivinar, la respuesta nos dirigía a otra nota, y esta a otra y a otra. Las notas estaban repartidas por toda la casa y los jardines. Cuando descifrábamos el último acertijo encontrábamos el tesoro, que siempre eran caramelos y dulces. Cuando éramos pequeños las notas eran muy fáciles, conforme íbamos creciendo iba aumentando la dificultad;

además, si él veía que acertábamos demasiado pronto la respuesta, intervenía para intentar confundirnos. ¿Estáis seguros? Quizá no sea una montaña, sino un árbol. Y se volvía a alejar mientras nosotros deliberábamos. Era muy divertido buscar en los armarios, arbustos o subirnos a los árboles. Acabábamos muy sucios y la casa desordenada, pero lo pasábamos muy bien.

—¿Y la *nanny* no decía nada?

— Los domingos tenía fiesta, creo que hasta mi padre le tenía miedo y por eso jugábamos ese día y no otro.

Nos reímos mucho y continuamos hablando un buen rato más. Se me hizo muy tarde y tuve que despedirme, pero antes le hablé de un risco, que aunque no quedaba muy cerca, nos daría privacidad.

Creo que ya no voy a escribir más. Me he divertido, me he distraído, y sí, me encanta escribir, pero me parece tan infantil esto de escribir un diario... Además, ya tengo tantas libretas que no sé dónde esconderlas para que mis padres no las encuentren.

No sé cómo despedirme de mis diarios. Adiós será apropiado.

María.

CAPÍTULO 11

2007
Puerto del Rosario
Klara

—¿Cómo? No, no puede ser. ¿Se supone que esto es lo que me va a hacer entenderlo todo? ¡Si no explica prácticamente nada! Solo su niñez y eso no significa nada.

Apartándose el pelo de la cara una y otra vez, se levantó de la cama y se puso a pasear por la habitación. Salió al balcón y volvió a entrar. Tiene que haber algo más, si no, no tiene sentido. De repente, recordó que su madre le había dicho que pasó a máquina los diarios. Quizá ahí estaba todo; salió disparada a la habitación pequeña donde había guardado cajas con cosas de su madre que quería conservar. Ahí estaría el resto.

Acababa de abrir la primera caja cuando sonó el móvil, lo dejó sonar y empezó a revisar el contenido. Quien llamaba era muy exigente, pues el móvil empezó a sonar de nuevo. Con un bufido se levantó del suelo, donde estaba sentada, y fue al comedor. Cuando iba a contestar se cortó la llamada. Decidió llevarse el móvil para tenerlo cerca mientras buscaba los diarios. Ni siquiera miró quién había llamado.

De haber hecho ella las cajas, las habría rotulado para saber qué había en su interior, pero algunas ya las había dejado preparadas su madre y las otras las había hecho Conchi, que le preguntaba si quería conservar algo o no. Ella ni siquiera sabía qué contestaba. Había acabado la primera caja sin encontrar lo que buscaba cuando volvió a sonar el móvil. Era el contratista. Klara había vaciado la casa, solo había dejado unos cuantos muebles, entre ellos, el banco de su padre, y el hombre, algo avergonzado, quería saber si quería deshacerse de los muebles: sus hijos iban a independizarse y les irían muy bien.

—Por supuesto que pueden quedárselos, todos menos el banco que hay en el recibidor.

—¿Está segura de que quiere quedarse el banco? —Su tono de voz era incrédulo; si antes el banco no encajaba, con la reforma que Klara tenía planeada aún menos.

—Sí, el banco se queda.

Se despidió sintiéndose un poco mal por su respuesta tan tajante. El contratista era bueno en su trabajo, pero muy parlanchín y ella necesitaba abrir esas cajas ya.

De todas maneras, la interrupción le vino muy bien, pues la ayudó a parar el frenesí con el que quería ir abriendo el resto de cajas. Las contempló y decidió que continuaría por las que había hecho su madre. En una había un fino juego de café de porcelana; abrió otra donde, con letra muy pequeña en una esquina, había puesto ropa para donar. Iba a abrir otra que, también en letra pequeña, ponía *documentos*; ya le extrañaba a ella que su madre no lo dejara todo organizado y rotulado, cuando vio otra caja de menor tamaño. Esta no recordaba haberla traído a casa, le llamaron la atención los dos pequeños rectángulos superpuestos dibujados en la esquina superior derecha. Nada en su exterior hacía presagiar el mimo y el cuidado con el que se había guardado el secreto familiar. Entre papel de seda y jaboncillos, había un sobre blanco abierto del que salía un popurrí de pétalos rosas y blancos. Con manos temblorosas abrazó su pasado y dejó fluir las lágrimas hacia un liberador futuro.

María
1946
Tefía

Han pasado cuatro años y dos meses desde la última vez que escribí algo.

Me han ocurrido tantas cosas que quiero y necesito dejarlo por escrito, pero no como antes, en un infantil diario, sino como una mujer de veintitrés años, soltera y con una hija.

Sí, tengo una hija, se llama Idaira y tiene catorce meses. Es una niña muy sana y alegre, muy despierta y observadora. A veces, al mirarme con sus oscuros ojos, parece saber más de lo que cabría esperar a su corta edad. En el físico se parece a mí, pero en carácter e inteligencia se parece a Klaus, su padre.

Nada de lo que aquí escriba podrá describir totalmente lo que siento por Klaus. Decir que es mi amor no me parece suficiente, es mi guía, mi despertar, mi luz, mi todo. Sé que para mi hija será difícil entender nuestro amor, pero con paciencia y explicándole todo, lo entenderá. Así como también comprenderá por qué tanto secreto y tantas mentiras. Intentaré escribir lo que ha pasado en estos últimos cinco años.

Nuestro amor surgió poco a poco, al menos, por mi parte; Klaus siempre me dijo que para él fue mirarme y enamorarse.

El camino para ir desde Cofete a Morro Jable es muy dificultoso. Klaus tardaba horas en llegar, solo para estar un rato juntos y después volver. En la playa podía vernos cualquiera, así que cambiamos nuestro lugar especial y nos fuimos tierra adentro, detrás de un risco. Nadie pasaba por allí de noche, aunque había pequeñas casas cerca.

Allí, Klaus empezó a sincerarse más. Me comentó que estaba construyendo una casa.

—Es bastante grande, no como la que tenemos en la isla Darby, pero casi. Además, el fin de las dos casas es diferente.

—¿Por qué?

—Bueno, la casa de Darby, los lugareños la llaman el Castillo, fue construida en 1938 por un inglés que nos la ha cedido. Está en una pequeña isla del mar Caribe, verde y frondosa. Sirve para guiar a los submarinos que necesitan protección. Es muy lujosa, suelos de caoba y buenos muebles. Tiene dos torres y amplias terrazas. La que yo estoy construyendo solo tendrá una torre. Desde allí se guiará a los submarinos hasta otras de vuestras islas para abastecerse. España es neutral, en principio no deberían hundir ningún submarino en vuestras aguas, aunque ya lo han hecho.

—Dicen que la casa que se está construyendo sirve para que las tripulaciones se diviertan con chicas, que los soldados se emborrachan y otras cosas igual de malas. ¿Es cierto, Klaus?

—No, sirve para que los altos mandos que lo deseen descansen con total privacidad. También, y esto ya lo tengo listo, dispone de quirófanos y salas médicas en el sótano. En caso de perder la guerra, esos altos mandos necesitarán cirugía para cambiarles la cara y evitar ser reconocidos en Sudamérica, que es adonde huirían.

—¿Estás haciendo una casa para proteger a personas que están provocando el horror? Sus manos están manchadas de sangre, si les ayudas también lo estarán.

—María, en mis viajes a Alemania estoy viendo muchas cosas. Los judíos viven encerrados en *ghettos*, familias enteras. Mujeres, niños y ancianos hacinados en pequeñas habitaciones, sin

prácticamente nada, solo las pocas pertenencias que han podido recoger antes de que los echaran de sus casas. Pero eso no es lo peor. El destino que les espera en los campos de trabajo sí lo es.

—¿Campos como los que tenemos aquí?

—No, María, los de España son terribles. Los que Alemania ha construido y sigue construyendo en Europa son peores que eso. Son la muerte.

—Klaus, tú... tú no estarás metido en eso, ¿verdad? —Recuerdo que lo miré con lágrimas en los ojos.

—No, María, no. Pero sí sirvo a los que lo han planificado todo. Se han reunido en Wansee, mi lugar preferido, donde he pasado tan buenos momentos en mi infancia y me relajo de adulto. Lo han mancillado, allí han planificado la solución final al problema judío. Cómo eliminarlos en el menor tiempo posible y al menor costo. Los campos y sus cámaras de gas están funcionando de día y de noche. Y, de momento, yo no puedo hacer otra cosa más que construir la maldita casa.

Klaus siguió explicándome cómo los trasladaban, cómo los seleccionaban al llegar, entre los que iban a morir y los que podían trabajar hasta que cayeran muertos, si no es que se suicidaban antes de la siguiente selección. A todo el que no pareciera ser mínimamente fuerte lo gaseaban.

Klaus lloró, recuerdo muy bien esa noche. Porque lo conocí de verdad.

—María, tú amas tu isla. Eso es lo que siento yo por mi país, pero no entiendo en qué se ha convertido, en qué nos hemos convertido. Somos una nación de grandes músicos, escritores, químicos, a la vanguardia en industria y tecnología. ¿Y qué hemos hecho? Pues poner todo eso al servicio de un hombre cuya locura nos arrastra a la bajeza más absoluta, y lo peor es que no nos importa. Pero eso cambiará, María, no todos en Alemania estamos de acuerdo con Hitler. Cuando ascendió al poder yo tenía unos quince años, una edad difícil, me impresionaron los desfiles, el futuro que decía querer para nosotros, el pueblo alemán. Hablaba con tanta fuerza que le creí. Y si yo, que tenía una vida llena de privilegios, lo apoyaba, las personas que habían salido de la pobreza aún más. Sí, María, soy culpable, porque hasta que te conocí, yo tampoco me cuestioné lo que estábamos haciendo.

Ahora fue mi turno para llorar, por él, por nosotros. Por una humanidad sumida en lo que parecía una locura colectiva sin fin. Nos abrazamos y besamos dulcemente, fue la primera vez que le dije que yo también lo amaba.

Nos volvimos a ver pocos días después, hicimos muchos planes para nuestra vida en común.

—¿Cuántos hijos quieres tener?

—Cuatro o cinco. Yo no tengo hermanos y es algo que he echado de menos.

—No sé, María, eres pequeñita, no quiero que te enfermes por tener tantos hijos, yo me conformo con uno. Y mejor si es una niña que se parece a ti.

—Bueno, ya veremos. Klaus, ¿dónde vamos a vivir? ¿Cuándo tendremos todos esos niños?

—Tenemos que hacerlo bien, María. No puedo casarme contigo sin que nadie se entere. En la casa hay un oficial de las SS, Hans Schak. No confío en él, me vigila y creo que sabe de nuestra relación. Ya ha hecho varios comentarios. Los arios tenemos que casarnos con arios. A los españoles, al igual que a cualquier persona no aria, se les considera *untermenschen*, subhumanos. No quiero que te investiguen y acaben deteniéndote por cualquier motivo. Si tenemos que esperar a que acabe la guerra, esperaremos. Sobre todo, no hables de nosotros con nadie, Hans es peligroso.

—No hablo de nosotros con nadie —sellé mis palabras con un beso—. ¿Sabes si tendremos que esperar mucho?

—La guerra no va bien para Alemania, quieran verlo o no. Además, ¿recuerdas que te dije que

no todos estamos de acuerdo con Hitler? Ya ha sufrido algunos atentados por parte de civiles mal preparados. Pero entre los que no estamos de acuerdo hay algunos militares que sí están preparados. Y yo me encuentro entre ellos. María, pertenezco a la Abwehr, el servicio de inteligencia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que soy espía, pertenezco a la Amstgruppe Ausland, la rama en el extranjero. Nos ocupamos de la evaluación de documentos y noticias. Pero yo soy diferente, me ocupo de la inteligencia económica y también de la inteligencia técnica del ejército, las comunicaciones. No reporto al jefe de mi sección, sino a Canaris. Por mi formación me enviaron aquí, a preparar el dispositivo de huida en caso de perder la guerra, ya sabes, la casa Winter. Pero eso no es todo, la casa me facilita la excusa perfecta para dar apoyo a los militares que quieren acabar con Hitler y esta maldita guerra. Me comunico con ellos, acordamos una fecha segura y nos reunimos en la villa.

—Klaus, eso es peligroso, te encarcelarán si te pillan.

—No, María, lo que estoy haciendo es un delito de alta traición, me ahorcarán o me fusilarán. Pero tranquila, no va a pasarme nada. Nos reunimos cuando Hans tiene permiso y viaja a Alemania. Ya tenemos los planes muy avanzados, Canaris ha dado su visto bueno. Solo faltan los detalles finales y en breve esta guerra acabará.

—Y podremos casarnos y tener muchos niños. Podremos viajar, y quiero ir a la universidad. Vamos a ser muy felices, Klaus.

—Por supuesto. María, me encanta que me llenes de besos, pero esto es importante. El trabajar en Inteligencia Económica es lo que me ha permitido crear una red en la que, si a mí me pasa algo, tú estarás cubierta económicamente. Parte de mi herencia ya está depositada en España. Le voy a pedir a mi padre el resto de lo que me corresponde y transferirlo para que el total nos permita vivir escondidos si hace falta.

—Klaus, me estás asustando; deja lo que estás haciendo y huyamos.

—¿Adónde? Para los alemanes seré un traidor y para el resto del mundo seré alemán, con todo lo que eso conlleva. Había pensado marcharnos a Suiza, es un país neutral. ¿Qué te parece? Podríamos ir al cantón francés, con papeles falsos puedo pasar por ciudadano suizo del cantón alemán.

—¿Es segura Suiza? Voy sin dudarlo. Te he dicho que quiero viajar, ¿no?

—Hay espías de todos los países en contienda, de ahí lo de hacerme pasar por ciudadano suizo que se ha casado con una linda española. Tú también necesitarás documentación falsa.

Después de mucho hablar, nos decidimos por Suiza; allí esperaríamos a que acabara la guerra, que, según preveía Klaus, no duraría mucho tiempo más. Siempre y cuando los planes para acabar con Hitler salieran bien.

Esa noche nos amamos con frenesí. No veíamos el cielo plagado de estrellas, ni la gran luna, testigo de nuestras apasionadas caricias, solo nos veíamos y sentíamos el uno al otro.

Nos vimos en nuestro risco un par de veces más hasta que se nos presentó una oportunidad única. Mi amiga Amparo se había casado con un guardia civil, Alfredo, muy serio y con bigote. A Alfredo, en un principio, lo habían destinado a Fuerteventura, pero al parecer, ahora era necesario en Gran Canaria, así que en una semana se tenían que trasladar. Hablé con Amparo y, sin decirle el motivo exacto, le pedí que me dejara acompañarles con la excusa de ayudarla a montar su hogar allí.

—Pero ¿por qué quieres acompañarnos? Viviremos en un edificio, Alfredo ya se ha ocupado de que haya los muebles necesarios para empezar a vivir. ¿Qué estás tramando? ¿No pensarás

fugarte?

—¡Claro que no! Pero diremos a todos que necesitas ayuda para montar la casa, ya sabes, platos, vasos...

—No me estás diciendo la verdad, María.

—Por favor, Amparo, ¡confía en mí! No voy a hacer nada malo, de verdad. Deja que vaya con vosotros, cuando lleguemos os dejaré solos. Estaré fuera una o dos semanas, pero de verdad, necesito salir de esta isla, necesito un cambio.

—Hablaré con mi marido, veremos qué dice. Pero como hagas una locura, por los bigotes de Alfredo que te traigo de vuelta, aunque sea a nado.

Dos días después, Amparo vino a casa a decirles a mis padres que se marchaba y que, por favor, me dejaran ir con ellos para ayudarles. Hubo bastante resistencia, mi madre volvía a encontrarse mal y me necesitaban; al final, fue mi padre el que dio su consentimiento alegando que ya se las arreglarían. Mi madre dudó un poco más y hasta la mañana siguiente no dio el sí.

—Sé que necesitas un cambio de aires, María. No te encuentras bien, ¿verdad? Quizá estas semanas fuera te ayuden a pensar en tu futuro. ¿Has visto que feliz es Amparo desde que se casó?

Mi alegría se disipó un poco al reconocer que Klaus no sabía nada de esto. Mi plan era pasar con él esas semanas, estar juntos sin miedo a que nos vieses, vivir juntos sin tener que contar el tiempo.

Vi a Klaus al día siguiente, le conté mis planes, me abrazó tan fuerte que casi me hizo daño.

—Justo en el mejor momento: hemos acabado una de nuestras últimas reuniones, Hans está en Alemania y no volverá hasta dentro de ocho días. Cuando vuelva yo no estaré, no tendré que darle explicaciones.

—Podemos ir a un hotel apartado y estar tranquilos. ¿Verdad que es estupendo?

—Tengo algo mejor. Hay una villa en Santa Brígida, puedo arreglarlo para que esté acondicionada para cuando lleguemos. Estaremos solo nosotros dos, yo cocinaré, si quieres — Klaus sonreía mientras me abrazaba.

—¡Ah! Pero ¿sabes cocinar?

—Pues no, pero tú me enseñarás.

Fue el momento que elegí para decirle que estaba embarazada. No era el mejor momento para tener un hijo, no cuando aún no estábamos casados, no cuando el padre de la criatura estaba inmerso en un acto de traición y, sobre todo, no cuando nuestros planes de futuro solo acababan de germinar. Todo esto se lo dije a Klaus mientras lloraba a mares. Él se levantó de un salto, me abrazó y bailamos sin música.

—María, es la mejor noticia que me podrías dar. Todo ocurre por una razón, este bebé significa el inicio, el comienzo de nuestra vida juntos.

—Pero, Klaus...

—No tienes que preocuparte, María, solo tengo que cambiar un poco los planes. En un par de meses nos vamos a Suiza.

—¿Un par de meses? Ya tengo dos faltas, Klaus. Se me notará antes de que nos vayamos.

—Intentaré que sea un mes, seis semanas, como mucho. No te preocupes, solo cuídate mientras tanto.

Las dos semanas en Santa Brígida fueron las más felices de mi vida. Allí supe lo que era convivir con él, el amor y el cuidado que me dedicaba. También sus rarezas, como que prácticamente no hablaba hasta después de desayunar, cosa que hacía casi dormido.

—¿El señor ha comido bien? ¿Ya ha recuperado la voz?

—¡Ay, María, María! ¿Cómo puedes estar tan despierta por las mañanas? Por cierto, ¿cómo te encuentras? ¿Tienes bien el estómago? ¿Náuseas? Tenemos que ver a un médico.

—Estoy bien, solo tengo el cuerpo raro cuando me levanto, me mareo un poco, pero se me pasa pronto.

—¿Seguro? Ilse, una de nuestras doncellas, se quedó embarazada, se dice que del chófer de los Von Pauls, y siempre estaba mareada y vomitando. Ni qué decir tiene que el chófer no estuvo a la altura y la dejó sola, alegando que Ilse era una fresca, lo cual no era cierto. ¿De qué te ríes?

—Porque se dice que las mujeres somos cotillas, pero por lo que veo, algunos hombres también.

—¡Uf! Eso ha dolido. Lo cierto es que mi madre se ocupó de Ilse, no la dejó trabajar hasta que se encontró mejor. Se aseguró de que tuviera al bebé en las mejores condiciones y, una vez nacido el niño, la ascendió a ser la doncella de mi hermana, con lo cual el sueldo era más alto.

—Tu madre es una gran mujer, ¿crees que le gustaré?

—Le encantarás y a mi padre también. Sí, mi madre es una gran mujer. En cuanto se enteró del embarazo de Ilse, nos llamó a mi hermano y a mí, nos largó un sermón sobre el respeto a las mujeres. «Si sois lo bastante hombres para hacer un bebé fuera del matrimonio, debéis ser lo bastante hombres para asumir la responsabilidad. No quiero que os aprovechéis de ninguna mujer, y menos aún de una que no sepa cuidarse. Con asumir la responsabilidad no me refiero a arreglarlo con dinero, así que ya sabéis, aunque me encantaría ser abuela, no aceptaré que mi nieto o nieta crezca fuera del matrimonio. Supongo que os ha quedado claro lo que quiero decir». A lo que nosotros contestamos que por supuesto y a partir de entonces extremamos precauciones.

—¿Sí? ¿En serio? ¿De verdad esperas que me lo crea? —le pregunté sin dejar de acariciar mi incipiente barriga, mientras Klaus se reía a carcajadas.

—Contigo me olvido de todo. Además, me alegro de tener un bebé. Va a ser la niña más alegre, inteligente y sana de todo el mundo.

Nuestros días eran tranquilos, dedicados a pasear por el valle, nadar en la piscina, hacer el amor, leer y, de vez en cuando, Klaus me daba clases de alemán. Se reía mucho de mi pronunciación, pero aprendí bastante.

Hablábamos de nuestro futuro juntos. Le preguntaba cómo iban los preparativos para huir a Suiza, me decía que estaban en marcha, pero yo sabía que algo le preocupaba; no quise insistir, sabía que me lo diría cuando estuviera preparado para hacerlo.

También hablábamos de nuestras familias; yo deseaba conocer a su madre, y él decía que mi padre seguramente lo odiaría.

—Y lo sé porque el que quiera casarse con mi niña va a tener que demostrarme muchas cosas.

—¿Por qué estás tan seguro de que será niña?

—Porque quiero otra pequeña María a quien mimar, los chicos son más brutos.

Me había hablado de sus padres en muchas ocasiones, pero de sus hermanos no tanto; le pregunté por su hermana Kirsten y su hermano Karl.

—¿Has mimado mucho a tu hermana?

—No se dejaba mimar, quería ser como mi hermano y como yo. María, mi hermana se ha echado a perder. Cree firmemente en Hitler y en su visión de Alemania; siempre ha sido una chica con carácter, pero ahora dice unas cosas terribles, como que el mundo mejorará cuando no existan los judíos, los gitanos, los homosexuales, los tullidos, cosas así. Creo que ha perdido la cabeza, mi madre no puede enmendarla y en casa ya no se habla de política.

Lo abracé, intentando consolarlo. Así, abrazados, me explicó que su hermano Karl había muerto en el este, donde lo habían trasladado como castigo. Perteneía a la Wehrmacht, habían llegado a

un pequeño pueblo, insignificante, situado en un punto estratégico. Extrañamente, no encontraron resistencia. Sus órdenes eran quedarse allí y defender el puente. Todo iba bien hasta que aparecieron las Waffen SS y juntaron en la plaza a las pocas personas que aún quedaban en el pueblo, las encerraron en la iglesia, atrancaron la puerta y la incendiaron. Reían como locos escuchando los llantos y gritos de terror. Varios de los compañeros de Karl y él mismo intentaron salvarlos, pero no pudieron hacer nada. Karl se abalanzó sobre uno de ellos, un oficial, y lo agredió provocándole una fractura de mandíbula, entre otras cosas. Tuvo suerte, no lo fusilaron al momento, pero fue destinado al frente ruso; murió en Stalingrado.

—No quiero entristecerte, mi bella María. Todos sufrimos en una guerra, vosotros también sufristeis mucho en la vuestra.

—Sí, pero ya se acabó, ahora sufrimos las consecuencias. Tú harás que esta guerra acabe pronto y nadie tenga que sufrir más. Haced público lo que me has explicado de los judíos y los campos. No puede volver a suceder.

—Se hará público, es algo tan monstruoso que será imposible ocultarlo. Pero ahora, María, vamos a bailar, no más tristeza.

Seguíamos felices en nuestra pequeña burbuja, aprendiendo todo el uno del otro. Me sorprendió ver que Klaus era muy pulcro y ordenado. Lo tenía todo perfectamente organizado. Había pensado que, al tener un montón de criados y criadas, se lo harían todo y él no se tenía que ocupar de nada. Se lo dije y me contestó que era cierto, no tenía que ocuparse de nada, pero prefería saber dónde estaban todas sus cosas y que su espacio estuviera despejado. No quería perder el tiempo buscando un libro o una raqueta. No se sentía a gusto en medio del caos.

Los días fueron pasando plácidamente y ya se acercaba el día en que teníamos que volver. Yo quería quedarme allí, incluso lo hablé con Klaus. «No puede ser, mi amor, ¿qué pasará con tus padres?». Era cierto, no podía hacerles eso, pero éramos tan felices allí...

Sentados en la terraza hablamos del viaje de vuelta, lo haríamos en el mismo barco, pero separados, por si nos encontrábamos con alguien que me conociera.

El último día, antes de salir hacia el puerto, me explicó los planes que tenía: iba a volver a Alemania, a visitar a sus padres, a reclamar su herencia y a ultimar los detalles de su plan. Intenté que no se fuera, tenía tanto miedo. No hacía falta su herencia, que otros acabaran los planes, lo necesitaba vivo y a mi lado.

—María, tengo que hacerlo, no me sentiré hombre si no hago algo para acabar con esta guerra. Quiero ser digno de ti y no lo seré si no restauro mi honor, si no enmiendo mi error. Recuerda esto, María: te amo. Y por eso te digo que seas libre, que antes de confiar en alguien primero lo conozcas. Haz caso a tu corazón, pero no olvides la cabeza. Antes de decidir, procura tener la máxima información posible, eso te ayudará. Te amo, a ti y a nuestro bebé.

Me besó con tanta dulzura que se me anegaron los ojos de lágrimas. Nos mantuvimos abrazados un tiempo que me pareció muy corto, antes de subir al coche para dirigirnos al puerto. Me dejó bastante cerca, no tuve que andar mucho para llegar. Hicimos el viaje más juntos de lo que era prudente, pero sin hablar. Me moría por besarlo, tocarlo y abrazarlo, pero me mantuve muy quieta en el asiento con las manos en el regazo. Habíamos acordado que yo sería de las primeras en bajar del barco, él saldría de los últimos.

Vi a mis padres al llegar a puerto, estaban los dos en el muelle esperándome. Los abracé y, al echar a andar, me giré a mirar el barco; allí estaba Klaus, como al descuido, pero mirándome fijamente. Sonriendo, se puso la mano en el corazón y luego la extendió hacia mí.

Fue la última vez que lo vi.

CAPÍTULO 12

1944
Wansee
Klaus

Se había despedido de su madre antes de pasear hasta el lago, sus padres estaban de acuerdo con sus planes. Su hermana estaba cegada por su prometido, por el poder que lo envolvía y no podía entender como él iba a dejarlo todo por una chica que, además, no era alemana, una chica pequeña y morena que iba a desentonar muchísimo en el círculo en el que ellos se movían, si alguna vez volvía a Alemania con ella.

Mirando las tranquilas aguas del lago al anochecer, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba una foto de él y María abrazados. Una rama crujió a su espalda al mismo tiempo que una voz decía:

—¿Klaus Von Glaussberg?

Klaus se giró. Un hombre y una pistola, eso es todo lo que vio antes de caer con una foto en la mano y una bala en el corazón.

Klara
13 octubre 2007
Puerto del Rosario

Klara dejó el diario, subió las piernas hacia su pecho y se quedó así, abrazada a ellas; las lágrimas caían suavemente por su piel. No sabía qué pensar, estaba confusa, una miríada de sentimientos que ni siquiera podía identificar revoloteaba en su interior.

Al parecer, su abuelo, fruto de su juventud y de las circunstancias que le tocó vivir, se dejó engañar por toda la parafernalia del nazismo, toda la propaganda que ocultaba la maldad absoluta. Ella había visto películas y documentales, podía entender que un chaval se sintiera impresionado con aquellos desfiles multitudinarios. Pero, a la vez, era un joven inteligente y que vivía una vida privilegiada. ¿Cómo fue posible que se dejara engañar?

Al menos intentó rectificar, ser una buena persona. ¿Eso contaba para algo? ¿Lo absolvía de haber pertenecido a ese grupo de bárbaros? Hubo un momento en el que ella se sintió bastante parecida a su abuelo, también detestaba el desorden y el caos.

Sintió miedo; no solo se parecía físicamente, sino que había rasgos de carácter muy similares. ¿Qué habría hecho ella de haberse encontrado en la posición de su abuelo? ¿También se habría dejado arrastrar por la vorágine del terror absoluto? Quería pensar que no, pero tampoco tenía la certeza, y eso le provocó un inmenso nudo en el corazón.

No supo cuánto tiempo estuvo así, abrazándose a sí misma, antes de continuar con la lectura de los diarios.

María
Enero 1947
Tefía

Mi hija tiene dos años, es una niña muy parlanchina, coge todo lo que está a su alcance, lo observa y con su lengua de trapo pregunta y vuelve a preguntar ¿qué es? ¿Por qué no se rompe? Puede preguntar sin descanso hasta que otra cosa le llama la atención y vuelta a empezar. Es muy alegre y cariñosa, cuando me abraza con sus regordetes bracitos el amor me inunda por dentro. Abrazos de algodón, los llamo yo. Una pena que no conozca a su padre. Ni a sus abuelos.

Me duele, pero tengo que explicarlo. Tengo que soltar en papel todo lo que ocurrió en los últimos tres años.

Los dos primeros meses tras volver de Gran Canaria no fueron buenos. Iba todas las noches a nuestro rincón y Klaus nunca estaba.

Ya hacía más de dos meses que habíamos vuelto, cuando alguien que no era Klaus apareció detrás del risco donde nos veíamos.

—¡Vaya, vaya! Aquí estás, la zorrita de Klaus. Me llamo Hans, ¿estás esperándolo? No va a venir. Ese traidor está muerto, al igual que sus compañeros golpistas. ¿No me crees? Bueno, puedes venir todas las noches de tu vida si quieres, él no vendrá.

Yo no podía hablar, el miedo me había cerrado la garganta. Él se dio cuenta y aprovechó para seguir soltando veneno por su boca.

—¿Sabes que querían matar al Führer, rendirse y acabar con la guerra? ¡Jamás! Pandilla de cobardes. Sí, pequeña puta, tu Klaus era débil. ¿Sabes quién está construyendo la casa? Prisioneros de vuestros campos y cárceles. Ya casi está acabada, podría haberlo estado hace tiempo si Klaus los hubiera hecho trabajar; pero no, él se preocupaba de que estuvieran bien, les dejaba descansar y procuraba que estuvieran bien alimentados. ¡Panda de vagos! Pero no me importa, vamos a ganar la guerra y esta casa no servirá para nada. ¿Sigues sin hablar? Ve a la casa, verás los agujeros de bala, yo mismo maté a los tres compañeros de Klaus que conspiraban mientras él estaba en Alemania informando a Canarias. Otro traidor a la patria que correrá la misma suerte.

Intenté hablar, abría y cerraba la boca, ningún sonido salía de ella. Era incapaz de articular palabra.

—¿Quieres saber dónde murió Klaus? Para que veas que soy un buen hombre, te lo diré. A Klaus lo han matado en su querido Wansee. Una ejecución limpia, sin juicios; con mis informes no hacía falta. ¿Estás llorando? ¿Por qué? Un solo tiro bastó para acabar con él. Siempre fue un hombre de suerte, podría haber sido detenido y torturado antes de morir. ¡Sucia española de mierda, casi me manchas con tus vómitos!

—Pues no te acerques —dije casi sin respiración, entre espasmo y espasmo.

—¿Qué, no quieres hacer conmigo lo que hacías con él? ¿Crees que no le seguí y vi lo que hacías con él? ¡Eh, no huyas! —dijo con su vozarrón y fuerte acento cuando salí corriendo hacia casa—. Jamás ensuciaría mis manos acariciando a una pequeña zorra apestosa como tú. —Seguí corriendo y tropezando mientras le escuchaba decir—: Puedes respirar tranquila, mi trabajo aquí está hecho y, en unas horas, un submarino me recogerá y volveré a Alemania. Pero mira siempre hacia atrás, aún quedan aquí compatriotas a los que quizá no les importe pasar un rato contigo.

Solo pensaba en llegar a casa y respirar. No pude hacerlo, cuando abrí la puerta bañada en lágrimas, vi a mis padres esperándome.

—Te hemos visto rara estas últimas semanas, ¿de dónde vienes? —Mi madre miraba mi barriga sin disimulo. Me di cuenta de que, en realidad, no les importaba dónde había estado. Se habían dado cuenta, casi no se me notaba el embarazo, pero mi cuerpo ya estaba cambiando.

—¿Es cierto, estás embarazada? —Mi padre sacudió un papel delante de mi cara—. ¿De un alemán? ¿Sabes lo que hacen? Nosotros sí, se han encargado de decírnoslo.

—Está muerto, papá, lo han matado por no estar de acuerdo, por querer solucionar las cosas. Íbamos a casarnos, era un buen hombre, nos amábamos, papá.

Creí que él me entendería y no vi venir el bofetón. Me ardió la cara, pero ya nada podría hacerme daño. Klaus, mi Klaus, había muerto.

—¿Cuándo pensabas decírnoslo? Ha tenido que venir un hombretón a entregarnos este papel de parte de un tal Hans, aquí lo explica todo. —Mi madre, aún con el miedo en la cara, continuó diciendo—: Has traído la vergüenza a esta casa. ¿Cómo has podido hacer algo así? Te hemos dado todo lo que hemos podido, te hemos educado bien. ¿Y así nos pagas? ¿Comportándote como una fulana?

—Mañana te vas, María, no te quiero aquí, no te hemos educado para que te acuestes con cualquiera. Tu madre te ha preparado ese saco de ahí. Te llevaré a Tefia con tu tía Adela; si quiere, te quedarás con ella; si no, tú sabrás qué harás, pero aquí no vuelvas.

—Pero papá...

—No vuelvas a hablarme, María, nunca más —sentenció con otro bofetón.

Me giré en busca de mi madre, pero me encontré con la decepción en su prematuramente arrugado rostro.

Al día siguiente, mi padre me llevó a Tefia. No hablamos, todos mis intentos de explicarme fueron en vano. En ningún momento se giró hacia mí, solo veía su rostro de perfil, como tallado en piedra.

Al llegar a casa de mi tía Adela, mi padre me hizo esperar en la puerta mientras él hablaba con ella. Tardó mucho en salir y, sin mirarme ni dirigirme la palabra, se marchó, dejándome allí. No sabía si la tía Adela y tito Agustín me aceptarían, si por mí fuera no tendría importancia, pero ahora tenía que pensar en mi bebé.

—Mi pobre niña —dijo mi tía Adela al abrir la puerta—. Ven, entra, tienes que descansar. Tu padre nos lo ha explicado todo. Ahora me lo explicarás tú también. Agustín, vete a dar un paseo, pero antes cierra la contraventana.

Entramos directamente al comedor en penumbra, me senté en una dura silla con mis pocas pertenencias encima de mis rodillas y todo lo que había callado salió como un torrente. Tía Adela me escuchó hasta el final con una dulce mirada, sin interrumpirme. Cuando acabé me abrazó, meciéndome como si fuera una niña.

—No puedo imaginarme por todo lo que has pasado ocultando tu embarazo, el terror con ese Hans, lo que pasó anoche con tus padres y, sobre todo, con la pérdida de tu amor. Quisiera decirte que no te preocupes, pero no puedo hacerlo. Van a ser tiempos difíciles, tendrás que ser fuerte, mi niña. Tu tío Agustín y yo te ayudaremos, aquí estarás segura. Y no temas, tus padres te quieren mucho y recapacitarán. Podrás volver con ellos. Mientras tanto, ven, te enseñaré tu habitación, es pequeña y la utilizamos para guardar aperos, pero hay una cama. Acuéstate un rato en mi habitación mientras yo arreglo esta. Ya verás qué bonita va a quedar.

Pasaron los meses, mi embarazo ya estaba en la recta final. Pese a la tristeza y el dolor, fue un

embarazo tranquilo, sin demasiado malestar. El parto fue otra cosa. La niña era muy grande y yo muy pequeña, perdí bastante sangre y el dolor fue terrible. Pero tuve a mi hija, lo mejor y más bonito que Klaus podría haberme dado. Esa misma noche miré al cielo a través de la ventana, me levanté de la cama, cogí a mi hija, la puse de cara a las estrellas y susurré:

—Klaus, mira nuestra pequeña. Como tú querías, niña y que se pareciera a mí. ¿Ves sus manitas? ¿Qué deditos más largos? En eso se parece a ti, ¿verdad? Le hablaré de ti, de cuánto la querías. Sé que estás con nosotras y nos cuidas. Te amo. Viviré por esta niña, pero deseo que llegue el día en que nos volvamos a encontrar.

Mi vida en Tefia era buena. Tía Adela y tito Agustín nos quieren muchísimo; ellos no tuvieron hijos, así que Idaira, mi pequeña, es una bendición para ellos.

A los vecinos les explicaron que me había quedado viuda de un pescador. «¡Pobrecita, tan joven!», escuché que decía una de las vecinas. Yo no hablaba mucho con nadie, tengo miedo de que alguien acaba enterándose de mi historia y entonces ¿qué dirían de mi niña? La guerra aún no había acabado por aquel entonces y sabía que todavía había alemanes en la isla. ¿Y si alguno hablaba o quería vengarse por lo que ellos llamaban la traición de Klaus? Era mejor que nadie supiera quién era el padre de Idaira, por su seguridad seguimos con el engaño.

A los pocos días de nacer Idaira, vino un señor a visitarnos, muy bien vestido, con un traje impoluto a pesar de que hacía bastante calor. Pidió quedarnos a solas, a lo que mis tíos, por supuesto, se negaron. Se presentó como abogado y volvió a insistir en que tenía que tratar de un asunto privado, confidencial.

—No hay nada confidencial entre nosotros, señor... Perdone, no ha dicho su nombre.

—Mi nombre es Juan Martínez, como ya he dicho, soy abogado; llevo los asuntos de Klaus Von Glaussberg en España. Por favor, siéntese. ¿Se ha mareado, necesita agua?

—Mi sobrina hace pocos días que ha tenido un bebé. No sabemos nada de ese tal Klaus no sé qué. Creo que se equivoca.

—Siguiendo las instrucciones que dejó el señor Von Glaussberg he ido a la casa de su sobrina en Morro Jable, sus padres me han dado esta dirección. Señora, entiendo que quiera proteger a su sobrina, pero permítame que le diga que yo estoy aquí para hacer exactamente lo mismo. ¿Podemos hablar con claridad?

Los cuatro nos sentamos a la mesa y el señor Martínez comenzó a hablar. Klaus había conseguido gran parte de su herencia y había tejido una red para hacerla llegar a España antes de morir. A los extranjeros no se les permitía tener grandes empresas ni tampoco grandes fincas. Esa gran fortuna era un asunto muy difícil de manejar legalmente.

—A las mujeres no se les permite abrir solas una cuenta bancaria —continuó el abogado—. Tengo varias opciones que tenemos que considerar. El señor Von Glaussberg tenía una idea de cómo hacerlo, pero sin él no es posible. También tuvo en cuenta su propia muerte y dejó esbozado un plan económico que, aunque haga falta pulirlo, es factible.

Estuvimos horas hablando, se quedó a comer con nosotros, le hizo carantoñas a mi hija y marchó al atardecer, pero ya teníamos un plan.

Pasaron los meses, tranquilos y con Idaira creciendo sin problemas. La tía Adela escribió a mis padres para decirles que había dado a luz una niña y que las dos estábamos bien. Recibió una escueta respuesta dando las gracias por acogernos. Pocos días después, Antonio vino con una propuesta. Me quería a mí, pero no a mi hija.

—Podemos casarnos, María, volver a Morro Jable, tus padres están de acuerdo. Yo te tengo estima, ya lo sabes, pero no criaré a la hija de otro hombre.

—No necesito que un hombre me tenga estima, necesito que me ame. Tú no sientes eso por mí, y yo ya conocí a mi amor. Antonio, jamás dejaré a mi hija.

—¿Por qué no? Puede quedarse con tus tíos, tú vendrías a visitarla de vez en cuando. A cambio, tendrías un marido y unos padres. Creo que estoy siendo muy generoso contigo. ¿No lo entiendes? Es lo mejor que puedes hacer.

—No, no es lo mejor. Es lo que vosotros queréis que haga. ¿Cómo podéis proponerme que me separe de mi hija? Ahora soy yo la que no quiere tener relación con vosotros. Espero que encuentres una mujer a quien amar de verdad, Antonio. Ahora, por favor, vete. Te deseo de todo corazón que seas feliz, pero no vuelvas con otra propuesta parecida porque no la aceptaré.

Fueron días muy duros los que pasé después de esta visita, pero Idaira me ayudó a sobrellevarlos, tan dulce y tierna, mi niña.

A finales de febrero de 1946 recibí otra visita del abogado. El señor Martínez me traía un abultado sobre procedente de Alemania. Había sido muy dificultoso sacarlo de allí para que me llegara. Se hizo a través de un amigo de la familia Von Glaussberg. En el sobre había una carta en la que explicaba que había traducido fielmente la carta de Karla Von Glausberg, pero que, lamentablemente, esta había fallecido poco después de escribirla, por lo que rogaba que no me pusiera en contacto con él, ya que no quería tener más problemas, había firmado simplemente como Frederik. La segunda carta era la original que había escrito Karla, con una cuidada, bella y elegante letra; adjuntaba una foto de Klaus y yo juntos en Gran Canaria, la atesoraré de por vida. La tercera carta era la traducción.

Navidades de 1945

Querida María,

Aunque no te conozco personalmente, eso eres para mí, mi querida María. Gracias a Klaus puede saber de ti, de cómo eres y de cuánto os amabais. Estoy tan agradecida de lo feliz que fue contigo...

A Klaus se le iluminaban los ojos cuando hablaba de ti, de los planes para vuestro futuro y de la pequeña que iba a nacer. Porque estaba seguro de que sería niña. ¡Estaba tan emocionado! Y Otto, mi marido, también.

Cuando supimos que íbamos a ser abuelos, mi marido salió corriendo a comprar muñecas y un vestido azul con florecitas blancas. ¡Él, que nunca había comprado ropa para sus propios hijos!

Otto, al igual que Klaus, también estaba seguro de que sería niña y hacía planes para poder viajar con seguridad a conoceros, algo que no pudo ser y que, con todo el dolor de mi corazón, ya no podrá ser. A través del señor Martínez supe que, como Otto y Klaus querían, habías tenido una niña y que estabais bien. También supe que vives con tus tíos, no sabes cómo lamento la situación con tus padres.

Como sabrás, Alemania ha perdido la guerra; no quiero causarte más tristeza, pero debes saber que mi marido murió en Berlín, los últimos días de la ofensiva. Mi hija no pudo soportar la pérdida de poder, tampoco darse cuenta de que no somos superiores. Creció en un país con ideas supremacistas y el choque con la realidad, el frío y el hambre, sumado a la pérdida de nuestra fortuna fue demasiado para ella y decidió irse de este mundo el mes pasado.

Ahora estoy viviendo con Erns y Gertrud, que han sido tan amables de acogerme, en un edificio que más o menos se mantiene en pie. No tenemos mucho, pero Erns es un chico listo y

nos las arreglamos bien.

Estas Navidades son diferentes a las que he vivido hasta ahora y probablemente serán las últimas, mi salud flaquea bastante, pero ¿sabes una cosa? Estoy satisfecha, mi vida ha valido la pena, he sido feliz y siempre he ayudado a quien lo necesitaba. Lo único que lamento es no poder conocerte, ni a ti ni a Idaira.

Por favor, cuando creas que Idaira tiene la edad suficiente, háblale de mi marido y de mí. Dile que la queríamos muchísimo. Y, sobre todo, háblale de Klaus.

Sé que tienes mucho dolor y miedo en tu corazón, pero permíteme un consejo. Haz que tu vida valga la pena, que cuando llegue la hora de encontrarte con Klaus puedas sentir esa paz y serenidad que da el saber que has vivido tu vida de acuerdo con tus ideales y que has hecho todo el bien del que has sido capaz.

Vive tu vida con sueños y metas, no hay vida peor que una vida sin rumbo. Sigue a tu corazón, actúa con la cabeza y todo saldrá bien.

Entiendo que estás en una situación difícil, en un país con una situación aún más difícil, protégete y protege a Idaira; si es necesario que nadie sepa quién es su padre, que así sea. No creo que haya muchas personas en la situación actual que entienda vuestra historia de amor; hemos hecho mucho daño y, aunque no todos los alemanes somos crueles y malvados, para el resto del mundo sí que lo somos y me temo que lo seremos durante mucho tiempo.

No tengas miedo, María, es muy dañino para el alma y no te deja avanzar. Cuando lo sientas, porque a veces es inevitable, cierra los ojos e imagina un abrazo de Klaus; eso te ayudará. Decide cuando te calmes y no te equivocarás.

Una decisión basada en el miedo casi nunca resulta bien. Por supuesto, hay que tener precaución, sobre todo en estos tiempos, pero no te dejes vencer, María. Por ti y, sobre todo, por Idaira.

Sé que os irá bien, Klaus siempre me hablaba de lo activa e inteligente que eres, de tu alegría, de tus ganas de vivir, de que eras una soñadora con los pies en la tierra. Recupera eso, cueste lo que cueste.

Os quiero y solo deseo que seáis muy felices. Mi consejo ha sido muy largo, ofreceros mi visión y experiencia para una vida feliz es la única manera que tengo actualmente de demostraros mi amor.

Mi querida María, junto a estas páginas os envío mi posesión más preciada, espero que pueda aliviar tu dolor, aunque solo sea un poco.

Un abrazo a Idaira y para ti, os deseo una feliz vida.

Vuestra madre y abuela,

Karla

Leí la carta varias veces; lloraba por Klaus, por Karla, por mi hija, que no conocería a estas maravillosas personas. Aunque no iba a enviarla, quise escribirle una carta con todo mi amor a Karla.

Mi querida Karla,

Tu carta ha sido un bálsamo para mí y también lo será para tu nieta en cuanto tenga la edad suficiente para entender. Quiero que sepas que me ha hecho mucho bien y que tus consejos son muy sabios. Klaus me habló mucho de su familia y siento como si os conociera.

¡Te estoy tan agradecida por tanto! Cuando me invade la tristeza pienso en la sonrisa de Klaus, no sabes cuánto me anima. A partir de ahora también tengo tu carta, que junto con la foto, guardaré como mi más querido tesoro.

Idaira es una niña muy sana, con un gran apetito y muy tranquila. Casi nunca llora, solo cuando tiene sueño y no se puede dormir. Le hablo de todos vosotros, de Karl, Kerstin, Otto y tú. Le enseñé a decir «abuela Karla» y solo dice «ela ala». ¡Es tan graciosa y cariñosa! Ojalá pudiéramos conocernos.

Recibe todo nuestro amor, allá donde estés.

Tu hija y nieta

María e Idaira.

María
Junio de 1953
Tefía

Idaira ya tiene ocho años y medio, aún no tiene edad para saber ni entender quién fue su padre. Ella cree lo que le hemos dicho a todos: que su padre fue un pescador que murió en el mar antes de que ella naciera. O lo creía, se ha enterado de la verdad de la peor manera posible.

El tío Agustín llevaba unos meses enfermo y hace una semana murió. Mi padre vino al funeral y después a casa de la tía Adela, al igual que hicieron los vecinos y conocidos.

Para Idaira, tío Agustín y tía Adela son como sus abuelos, los quiere muchísimo, fue muy dura para ella la muerte del tío. Cuando volvimos del cementerio, se encerró en la habitación y no quiso hablar con nadie. Poco a poco, los vecinos se fueron yendo a sus casas. Todos menos mi padre. Tía Adela se fue a la habitación con Idaira, me quedé sola con él. Fue el primero en hablar.

—¿Esa es la niña? No se parece a su padre.

—No puedes saberlo, no lo conociste.

—¿Por qué no aceptaste la propuesta de Antonio? ¿Prefieres quedarte aquí con tu hija a casarte, tener una familia? ¿Tan poco te importamos tu madre y yo?

—No, soy yo la que no os importo, me echasteis de casa, ¿recuerdas? No os importamos ni mi hija ni yo.

—Porque te acostaste con un hombre sin estar casada, como una fulana, una puta. Pensé que recapacitarías, que te desharías de ella, la hija de un espía alemán. Pero no, tú siempre has hecho lo que has querido. Ya verás, ya, cuando esa niña crezca y sea tan mala como su padre.

Siguió gritando insultos hasta que la tía Adela salió llorando de la habitación.

—¡Por Dios, José! No respetas nada, Idaira lo ha escuchado todo. Vete de mi casa y no vuelvas hasta que aprendas a perdonar y ser perdonado.

Mi padre salió dando un portazo. Si alguna vez había tenido la esperanza de volver con mis padres, murió en ese momento.

Desde entonces, Idaira no habla, ya son cuatro días que ni una sola palabra sale de su boca. No conseguimos que ni siquiera salga a la calle a jugar con sus amigas. Le hablo de su padre, Klaus, endulzando un poco la verdad para que pueda entenderla; se limita a mirarme y no decir nada. Su mirada ha cambiado, ya no es alegre y casi no permite que la abraze. En muchas ocasiones le he pedido un abrazo de algodón, y me abraza, sí, pero con los brazos flojos. Abrazos cortos y obligados.

Que la visita de mi padre haya acarreado un problema grave en Idaira es lo que más me duele, pero además, no es lo único que ha provocado. En las pocas veces que he salido a la calle siento las miradas de las vecinas, sus cuchicheos. Mi padre gritó tanto que es imposible que no escucharan todo lo que me dijo. La mentira se ha desvelado y no puedo seguir aquí, no quiero que Idaira pague más de lo que ya lo ha hecho. No quiero que se vea señalada por ser hija de quien es, que sea el blanco de burlas y cotilleos. He pensado mudarme a Antigua con tía Adela, si es que ella quiere.

—Tía Adela, he pensado que estaría bien que nos mudásemos a Antigua. —le expliqué el porqué deseando que dijera que sí. Podríamos mudarnos Idaira y yo solas, pero no quería dejar a mi tía—. ¿Qué te parece?

—María, mi niña, sabes que muchas veces te he dicho que con todo ese dinero no tienes por qué vivir aquí. Podrías haberte ido a otro sitio, donde nadie te conociera ni se preguntara de dónde sale el dinero. Podrías haberle dado a Idaira otra vida, más juguetes, ropa, un buen colegio. Tendrías que haberos quedado a vivir en Tenerife o Gran Canaria y no solo pasar allí las vacaciones del colegio. La vida que tiene allí es muy diferente de la de aquí, donde no puede estrenar tantos vestidos ni juguetes sin que la gente se pregunte cómo los has conseguido.

—Esta es mi isla, aquí conocí a Klaus y tuve a mi hija; cuando Idaira sea más mayor le pediré su opinión y, si quiere marchar a otra isla, lo haremos.

—¿Estás segura, María? Yo no tengo ningún problema en marcharme de aquí.

Ni tía Adela ni yo vimos a Idaira apoyada en el marco de la puerta. Siempre hablábamos cuando ella se iba a dormir. Pero ese día nos descuidamos y fue el que ella eligió para volver a hablar. Pronunciando cada palabra con firmeza, nos dejó muy clara su decisión.

—Yo sí, no me moveré de aquí. Pero solo si me prometes una cosa, mamá, que no volverá ese señor que dijo que tú eras una puta y que yo soy mala. Tampoco quiero que me hables de mi padre, no quiero que vuelvas a engañarme, mamá.

—Idaira, cariño, siento tanto haberte engañado... Aún eres pequeña y no tendrías que haberlo sabido así. Jamás volveré a engañarte, te lo prometo, y cuando quieras saber de tu papá yo te lo explicaré todo.

Intenté abrazarla, contenta de que por fin hablara, tenía la esperanza de que se recuperara y volviera a ser la niña de antes. Mis brazos bajaron lentamente hacia mis costados cuando Idaira se apartó de mí muy seria.

—Nunca, mamá, no querré saber de él nunca.

María
Enero de 1990
Antigua

Finalmente, nos mudamos a Antigua, nunca más volví a saber de mis padres. Idaira crecía sana, pero algo cambió en ella el día del funeral del tío Agustín. Se convirtió en una niña silenciosa, retraída, que se sumía en las matemáticas. Solo tenía una amiga, Carmen, les encantaba salir a lo que ellas llamaban *explorar*. Hice lo que Otto hizo con Klaus y sus hermanos; como no vivíamos en una mansión, escondía el tesoro compuesto de dulces y caramelos por el pueblo y les iba dejando pistas hasta que lo encontraban. Les encantaba ese juego. Cada vez se parecía más a su padre, no físicamente, pero sí en todo lo demás.

Se convirtió en una adolescente seria, pero muy bella, y conoció al que hoy es su marido, un gran hombre. Fue entonces cuando me preguntó por su padre; juntas, en mi cama, se lo expliqué todo, le enseñé mis diarios, la carta que nos envió su abuela Karla y las fotos. Fue una de las pocas veces que vi llorar a mi hija.

Se casó en 1966 y dos años después nació su hija. Me impactó cuando la vi, era igual que Klaus, y cuando Idaira me dijo que se iba a llamar Klara porque tenía las mismas letras que el nombre de su abuela, lloré como nunca lo había hecho.

Para mí, Klara ha cerrado el círculo. Todo empezó en mi juventud con Klaus y ella, tan parecida a él, me confortará en el final.

Sé que no estoy bien, pero no tengo miedo, mi hija y mi querida Klara son felices, eso es lo más importante para mí. Mi etapa aquí está terminando. He vivido lo mejor que he podido y estoy orgullosa de mi vida, pero ahora solo deseo encontrarme pronto con Klaus.

María.

Klara
Madrugada del 14 octubre 2007
Puerto del Rosario

Klara dejó la última libreta. Había sentido rabia hacia el padre de su abuela, él había provocado el cambio en su madre. Él, con sus palabras a gritos, le había hecho saber de quién era hija. Si lo hubiera sabido con la edad apropiada, su madre habría tenido una infancia feliz y no hubiera sido una adulta retraída.

Y entonces lo entendió: su madre había vivido con el miedo a las miradas y el qué dirán, debatiéndose entre querer a su padre o no. Y había querido evitar que ella pasara por ese dolor, que tuviera miedo de que, quizá, hubiera en ella algo de maldad, que tuviera que decidir si quería a su abuelo o no.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que sí lo quería. Su abuelo cometió un error, pero intentó subsanarlo aun sabiendo que le podía costar la vida, como finalmente sucedió. Era una buena persona, como Karla, su bisabuela, una mujer extraordinaria. Acarició la carta y las fotos mientras pensaba en cómo le habría gustado conocerlos. También pensó en su abuela. ¡Qué mujer! ¡Qué vida tan azarosa! Y aun así, salió a flote. Klara se sentía orgullosa de su familia, sus raíces. En un pequeño espacio en el margen izquierdo del último diario de su abuela escribió: «Me habéis dado grandes lecciones, os quiero y estoy muy agradecida y orgullosa de vosotros. Hoy, a mis treinta y nueve años, empieza mi vida. Haré que merezca la pena. Klara».

Recogió todo con mucho cariño y a primera hora de la mañana llamó a Conchi.

—¿Puedo pasar a verte? Necesito explicarte algo.

EPÍLOGO

Klara hizo honor a lo que escribió doce años antes en el diario de su abuela. Se volcó en asociaciones y en voluntariado, sobre todo, con niños. Una vez al año dedicaba un mes a las vacaciones solidarias.

Hacía dos días que había vuelto de África y había quedado con Conchi para comer. Klara sonrió cuando la vio entrar en el restaurante intentando arreglarse el pelo, a la vez que se quitaba las gafas de sol y cogía la cadena del bolso que se deslizaba por su hombro. Por supuesto, no lo consiguió; gafas y bolso acabaron en el suelo. Los rizos, como tenían por costumbre, iban cada uno por su cuenta, a su libre albedrío.

—Ya estoy aquí —dijo mientras se sentaba aún intentando controlar su cabello—. Cuéntame, ¿cómo te ha ido? En tu última conexión me dijiste que ya sabías qué hacer con los diarios de tu abuela.

—Sí, tu marido y tú sois los únicos, aparte de mi abogado y su hija, que conoce el secreto de mi historia familiar, y quiero que siga siendo así. No por miedo, sino porque no beneficia a nadie el que se descubra; pero, por otra parte, no puedo destruirlos sin más. Desvelaré el secreto sin desvelarlo.

—Explícame eso, creo que me he bebido el Martini demasiado rápido.

—He escrito una novela basada en la historia de mis abuelos, cambiando nombres y lugares. Es una historia muy bonita que merece ser contada, ¿no crees?

Conchi se emocionó, la animó a publicarla y la bombardeó a preguntas, sobre nombres, lugar donde transcurría la historia. ¿Salía ella aunque fuera de refilón? Klara pensó en cuánta suerte tenía de tenerla, su querida y alocada Conchi.

Por la noche, ya en casa tranquila, leyó la carta que había escrito.

A las tres mujeres de mi vida,

Sí, a las tres, porque a ti, bisabuela Karla, aunque no te he conocido, te siento. He leído tantas veces tu carta que la tengo grabada en mi memoria, además de en mi corazón. Ojalá en algún momento y lugar podamos conocernos.

Abuela María, gracias, gracias por todo lo que me quisiste, me enseñaste en vida y con tus diarios.

A ti, mamá; tardé, pero al final comprendí, siempre fuiste buena y me apena que alguna vez llegases a dudarlo. Recuerdo que te marchaste de este mundo con la certeza de que no había nada malo en ti y te reconciliaras con los sentimientos hacia tu padre. Eso me reconforta.

Deciros que sigo siendo sencilla en mis gustos, no necesito mucho para vivir y estoy siguiendo vuestro ejemplo de ayuda a los demás.

No he tenido hijos, pero sí he tenido alguna aventura por ahí, no quería atarme a nadie hasta estar segura de que era amor de verdad, como el que sentisteis vosotras. Y me alegra deciros que hace cinco años lo encontré. Adler es una persona maravillosa, activo, inteligente, con sentido del humor y muy atractivo. Con él he viajado a Alemania, he visitado Berlín, el barrio del abuelo Klaus y Wansee. ¿Porque sabéis qué? Adler es familiar de Frederik, el que nos hizo llegar la carta de la bisabuela Karla; nos conocimos porque, después de mucho buscarme, vino a traerme personalmente una caja que había pertenecido al abuelo Klaus y había quedado en el olvido.

Os quiero y espero que, hasta que nos volvamos a encontrar, mis sentimientos hacia vosotras os lleguen de alguna forma.

Klara

Esa misma noche, bastante más tarde, Klara fue a la playa; estaba solitaria, el mar en calma y soplaba una leve brisa. Preparó todo para encender el fuego, poco a poco fue quemando todos los diarios y la carta que ella había escrito. Las palabras, a veces dulces, a veces amargas, se convirtieron en motas de cenizas y humo que ascendía hacia el cielo. Ahora, el secreto pertenecía al viento.